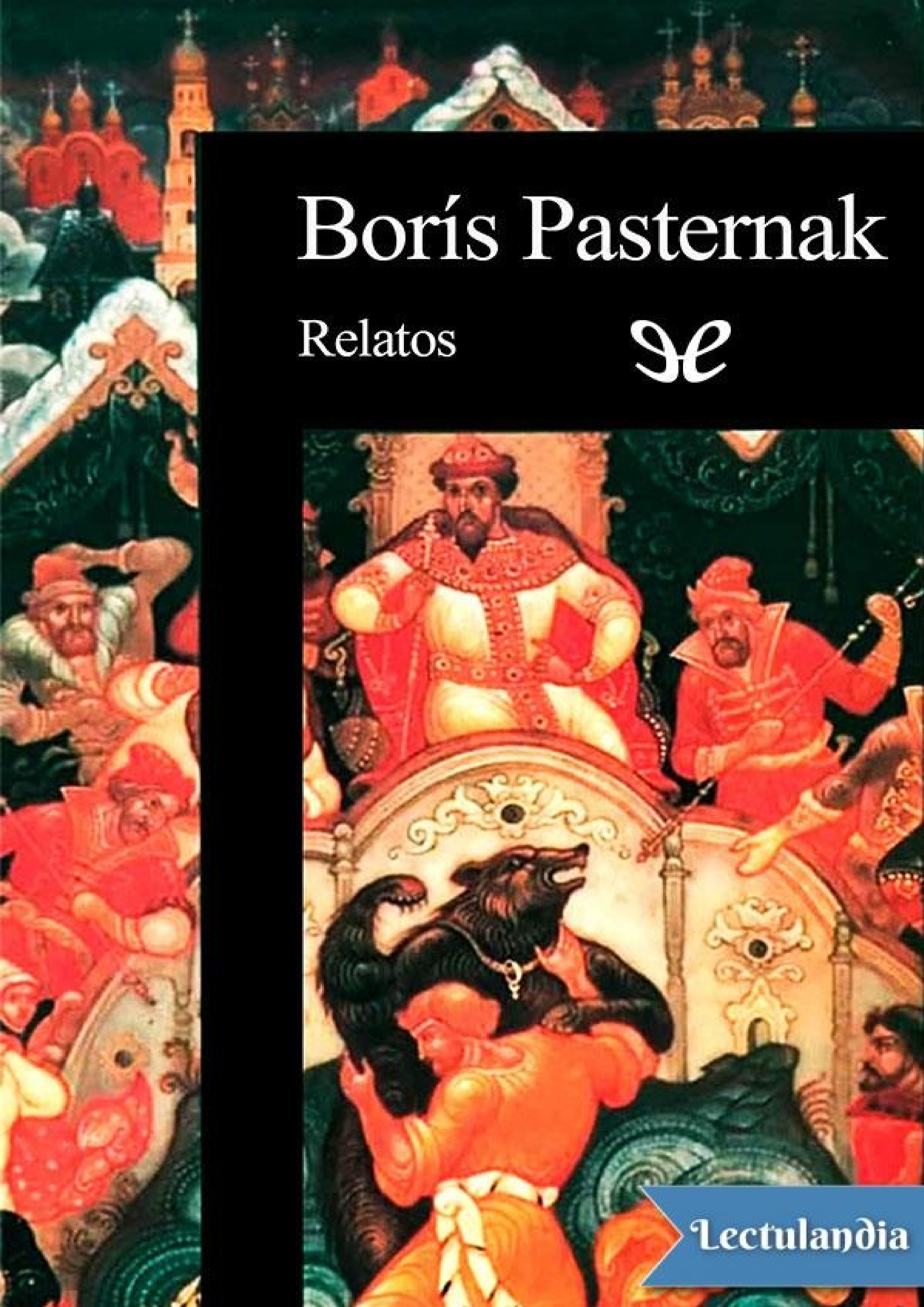


Borís Pasternak
Relatos
Lectulandia

La obra narrativa de Borís Pasternak se caracteriza por la delicada interpretación filosófica de los problemas de la vida y de la muerte, la integridad espiritual del individuo, el amor, la íntima unidad con la naturaleza y la creación poética. Sus descripciones de las emociones y estados de ánimo de los personajes resultan siempre inolvidables, y el autor suele comunicarlas de manera indirecta, a través de los fenómenos naturales del campo ruso —la lluvia, la tormenta, la nieve—. Todo ello confluye en una obra narrativa de una originalidad y riqueza que emocionan casi tanto como deslumbran.

Los cuatro *Relatos* que componen este libro son bellísimos esfuerzos por descubrir el significado de la vida a partir de la conciencia. Todos ton magistrales, pero uno de ellos, *La infancia de Zhennia Liubers* —una muchacha que empieza a mirar el mundo desde los ojos intactos de la primera adolescencia—, tiene ya la consideración de clásico contemporáneo.

Borís Pasternak

Relatos

ePub r1.0
Titivillus 18.12.2021

Borís Pasternak, 1929
Traducción: Lydia Kúper

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

RELATOS

Incluye los relatos:

La infancia de Zhennia Liubers
Un relato
La raya de Apeles
Vías aéreas

La infancia de Zhennia Liubers

Días largos

I

Zhenia Liubers nació y se crió en Perm. Sus recuerdos más tardíos, igual que los de antes, cuando eran de muñecas y barquitos, se perdían en las afelpadas pieles de oso que tanto abundaban en las casas. Su padre, gerente de las minas de Lúniev, contaba con numerosos clientes entre los fabricantes de Chúsovo.

Las pieles regaladas eran de color marrón oscuro, casi negras y muy suntuosas. La osa blanca de la habitación de los niños parecía un crisantemo enorme de hojas caídas: la habían adquirido para la «habitación de Zheñechka»; fue elegida, regateada en el almacén y enviada a la casa por un recadero.

Durante los veranos vivían en una finca, en la orilla opuesta del Kama. En aquellos años acostaban a Zhenia muy temprano. No podía ver las luces de Motovílija. Pero un día el gato de Angora, asustado por algo, se movió bruscamente durante el sueño y despertó a Zhenia. Vio entonces a los mayores en el balcón. El aliso que pendía sobre los travesaños era tan espeso y tornasolado como la tinta. El té de los vasos se veía rojizo, los puños y las cartas amarillas, el paño verde. Parecía una pesadilla, pero la pesadilla tenía un nombre y Zhenia también lo conocía: jugaban a las cartas.

Pero no podía comprender lo que ocurría en la otra orilla, lejos, muy lejos; aquello no tenía nombre, ni color definido, ni contornos exactos. Aunque inquietaba, resultaba familiar, entrañable, no era una pesadilla como aquello que se movía y murmuraba entre vaharadas de humo de tabaco, despidiendo sombras ondulantes, frescas, sobre las ocres vigas del balcón. Zhenia se echó

a llorar. Entró el padre y le explicó. La institutriz inglesa se volvió hacia la pared. La explicación del padre fue corta.

—¡Si es Motovílija! ¡Qué vergüenza! ¡Una niña tan grande!… Duerme.

La niña no comprendió nada, pero satisfecha, sorbió una lágrima que resbalaba por su mejilla. Sólo necesitaba aquello, conocer el nombre de lo desconocido, ¡Motovílija! Aquella noche eso lo explicó todo porque aquel nombre tenía un significado total, infantilmente tranquilizador.

A la mañana siguiente, sin embargo, empezó a hacer preguntas sobre Motovílija y lo que hacían allí por la noche; supo que Motovílija era una fábrica, una fábrica del Estado y que en ella hacían hierro, y que del hierro…, pero eso ya no le importaba; quería saber si aquello que llamaban «fábricas» no eran unos países especiales y quiénes eran los que vivían allí, pero no hizo esas preguntas, se las guardó intencionadamente para sí.

Aquella mañana salió de su primera infancia en la cual había permanecido aún por la noche. Por primera vez en su vida sospechó que había algo que convenía esconder para uno mismo y de revelarlo a alguien, hacerlo tan sólo a personas que sabían gritar y castigar, que fumaban y cerraban las puertas con pestillo. Por primera vez, como aquella nueva Motovílija, no dijo todo lo que había pensado, reservándose lo más esencial, concreto e inquietante.

Los años iban pasando. Los niños se habían acostumbrado tanto a las ausencias del padre desde su nacimiento que un aspecto esencial de la paternidad era para ellos almorzar con él de vez en cuando y no verle jamás durante la cena. Eran cada vez más y más frecuentes las partidas de cartas, las discusiones; comían y bebían en habitaciones completamente vacías, solemnemente deshabitadas, y las frías lecciones de la inglesa no podían sustituir la presencia de la madre que llenaba la casa con la grata pesadumbre de su irascibilidad y obstinación, como una especie de entrañable fluido eléctrico. A través de las cortinas se filtraba el apacible, pero no jubiloso, día norteño. El aparador de roble parecía blanquecino, la plata se amontonaba pesada y grave. Por encima del mantel se movían las manos de la inglesa, perfumadas de lavanda; repartía las viandas por igual y poseía una inagotable reserva de paciencia; el sentimiento de equidad le era inherente en el mismo elevado grado en el cual su habitación y sus libros estaban siempre limpios y ordenados. La doncella, al servir la comida, se quedaba en el comedor y se iba a la cocina sólo en busca del plato siguiente. Todo era confortable y cómodo, pero terriblemente triste.

Y como aquellos años eran para la niña de suspicacia y soledad, sentimiento de pecado y de aquello que me gustaría denominar «cristianismo»

en francés, por la imposibilidad de calificarlo de «cristiandad», le parecía a veces que no podía existir nada mejor, no debía existir, que lo tenía todo merecido por su depravación y falta de arrepentimiento. Sin embargo —eso jamás llega a la conciencia de los niños—, era al revés. Su ser entero divagaba estremecido, incapaz de comprender la actitud de sus padres frente a ellos cuando estaban en la casa, cuando ellos no es que volvieran a la casa, sino que entraban en ella.

Las raras bromas del padre eran, en general, poco afortunadas y siempre inoportunas. Él se daba cuenta y sentía que los niños lo comprendían. Un matiz de melancólica confusión jamás abandonaba su rostro. Cuando el padre se irritaba, se convertía en un ser ajeno a ellos, decididamente extraño en el momento justo que perdía el dominio de sí mismo. No les conmovía ese ser extraño. Los niños jamás se insolentaban con él.

Pero a partir de un cierto tiempo la crítica que procedía de la habitación de los niños, y que sin hablar se leía en sus miradas, le dejaba indiferente. No la notaba. Invulnerable a todo, desconocido y lastimoso, ese padre causaba miedo en oposición al padre irritado, el extraño, el ajeno. Era más severo con la niña que con el hijo.

Ninguno de ellos comprendía a la madre: les colmaba de caricias, de regalos, pasaba en su compañía horas enteras cuando ellos menos lo deseaban, cuando eso pesaba en sus conciencias como inmerecido y no se reconocían en aquellos cariñosos epítetos que brotaban de su disparatado instinto maternal.

A veces, cuando una excepcional serenidad, clara, insólita, se adueñaba de su espíritu y cuando no se sentían culpables y se alejaba de su conciencia todo lo misterioso que tanto temía ser descubierto, parecido a la fiebre que precede a la erupción, veían a su madre como ajena a ellos, como si los evitara y se enfadara sin motivo. Venía el cartero. La carta iba destinada a la madre. La recogía sin dar las gracias. «Ve a tu cuarto». Golpeaba la puerta. Con la cabeza gacha, silenciosos, aburridos, se sumían en una larga y triste perplejidad.

Al principio, lloraban; luego empezaron a tener miedo después de un enfado particularmente violento; más tarde, con el transcurrir de los años, acabaron por sentir una hostilidad oculta, cada vez más arraigada.

Todo cuanto les venía de los padres era a destiempo, de rebote, no estaba provocado por ellos, sino por causas ajenas y sabía a lejanía y a misterio, como los gemidos nocturnos en los puestos de vigilancia cuando todos se van a dormir.

En ese ambiente se educaron los niños. No eran conscientes de ello, ya que son pocos los adultos que saben y entienden aquello que les sustenta, ajusta y conforma. La vida inicia a muy pocos en lo que hace con ellos. Le gusta demasiado su labor y durante su trabajo habla tan sólo con aquellos que le desean éxito y admiran su quehacer. Nadie puede ayudarle, pero estorbarle pueden todos. ¿De qué modo? Pues del siguiente. Si se confía a un árbol el cuidado de su propio crecimiento todo él se llenará de ramas, o se convertirá en raíz, o gastará su fuerza entera en una sola hoja porque se olvidará del universo, del cual debe tomar ejemplo, y al producir uno entre mil seguirá produciendo en miles siempre lo mismo.

Y para que no haya nudos en el alma, para que el crecimiento no se detenga, para que el ser humano no se entrometa torpemente en la hechura de su esencia inmortal fueron instituidas muchas cosas que distraen su banal curiosidad por conocer la vida, que no quiere que vea su trabajo y lo evita valiéndose de todos los medios. Con tal fin se crearon todas las religiones auténticas, todos los conceptos generales y todos los prejuicios humanos, y el más destacado entre ellos, el que más le distrae, la psicología.

Los niños habían salido ya de su primera infancia. Los conceptos de castigo, regalo, recompensa y justicia habían penetrado en su alma de modo infantil y distraían su atención, dejando que la vida hiciese con ellos aquello que consideraba preciso, importante y bello.

II

Miss Hawthorn no lo habría hecho. En uno de sus inmotivados accesos de ternura por sus hijos, la señora Liubers zahirió por motivos fútiles a la inglesa, y ella desapareció de la casa. Muy pronto, y casi sin que ellos se diesen cuenta, apareció en su lugar una francesa enclenque. Más tarde, Zhenia sólo recordaba que la francesa se parecía a una mosca y que nadie la quería. Su nombre se había perdido por completo y Zhenia era incapaz de recordar entre qué sílabas y sonidos podía encontrarse. Recordaba únicamente que la francesa la había reñido primero y luego cogió unas tijeras y recortó con ellas los pelos de la osa que estaban manchados de sangre. Le parecía que desde ahora todos le gritarían, que jamás se le quitaría el dolor de cabeza y que ya nunca más comprendería aquella página de su libro predilecto que se embarullaba ante sus ojos como un manual después del almuerzo.

Aquel día se le hizo terriblemente largo. Su madre no estaba en casa y Zhenia no lo lamentaba. Le parecía, incluso, que se alegraba de que no estuviese.

Poco tiempo después, aquel día tan largo fue olvidado entre las formas de «passé» y «futur antérieur», riego de los jacintos y paseos por las calles de Sibírskaia y Ojánskaia. Lo había olvidado a tal punto que la largura de otro, el segundo en la cuenta de su vida, lo notó y percibió sólo al anochecer, cuando leía a la luz de la lámpara y el relato, en su indolente avance, le sugirió centenares de reflexiones ociosas. Cuando recordaba más tarde la casa de la calle Ossínskaia en la que vivían entonces, la veía siempre tal y como la viera en aquel segundo día largo, cuando ya estaba a punto de finalizar. Fue un día realmente largo. Era primavera. En los Urales la primavera madura dificultosamente, parece estar enferma, pero luego irrumpe tempestuosa y amplia. Las luces de las lámparas matizaban la vaciedad del aire vespertino. No daban luz, se inflaban por dentro como frutos enfermos de hidropesía turbia y clara que hinchaba las panzudas pantallas. Era como si estuviesen ausentes. Se hallaban en los lugares precisos, encima de las mesas, descendían de los techos escayolados en las habitaciones donde la niña estaba acostumbrada a verlas. Diríase, sin embargo, que las lámparas tenían mucha menos relación con las habitaciones que con el cielo primaveral al que se encontraban tan próximas como la bebida de la cama del enfermo. Su alma estaba en la calle donde sobre la tierra húmeda pululaba el parloteo de la servidumbre y se inmovilizaba por el frío nocturno la cada vez más escasa agua del deshielo. Era allí donde se perdía la luz de las lámparas por las tardes. Los padres estaban de viaje, pero a la madre, al parecer, se la esperaba aquel día. Ese día tan largo o en los próximos. Sí, probablemente. O tal vez se presentaría de pronto. Tal vez haría eso.

Zhenia se preparaba para acostarse, pero vio que el día era largo por la misma razón que aquel otro; pensó primero en usar las tijeras y cortar esos lugares en la camisa y la sábana, pero decidió luego que sería mejor usar los polvos de la francesa y ocultar así las manchas con lo blanco; tenía la polvera en las manos cuando ésta entró y la golpeó. Todo el pecado quedó concentrado en los polvos.

—¡Se pone polvos! ¡Sólo eso faltaba!

Ahora al fin había comprendido. Lo sospechaba hace tiempo.

Zhenia se echó a llorar por los golpes, los gritos y la ofensa, por sentirse inocente de aquello que sospechaba la francesa; sabía que era culpable de algo —ella lo sentía— mucho peor que aquellas sospechas. Era preciso —lo

sentía con todas las fibras, hasta el embotamiento, lo sentía en sus piernas y sienes— ocultar eso como fuera, a toda costa. Le dolían las articulaciones, no le parecían suyas en su hipnótica sugestión. La agobiante y angustiosa sugestión era obra del organismo que ocultaba a la niña el sentido de todo y, comportándose como un criminal, la obligaba a suponer un mal vil y nauseabundo en aquella pérdida de sangre. «¡*Menteuse*!»[1]. No tenía más remedio que negar, defenderse obstinadamente de lo que era peor de todo, de lo que estaba entre el bochorno del analfabetismo y la vergüenza de un suceso callejero. Había que temblar, apretando los dientes y, ahogándose en lágrimas, pegarse a la pared. No podía lanzarse al Kama porque aún hacía frío y los últimos hielos bajaban río abajo.

Ni ella ni la francesa oyeron en su momento el timbre. El jaleo armado fue absorbido por la densidad de las oscuras pieles y cuando entró la madre ya era tarde. Encontró a su hija bañada en lágrimas y a la francesa arrebolada. Exigió explicaciones. La francesa le declaró sin rodeos que Zhenia, no dijo Zhenia, sino «votre enfant», su *hija* se ponía polvos y que ella ya se había dado cuenta antes, lo sospechaba. La madre no la dejó proseguir, su error no era fingido, la niña no había cumplido aún los trece años.

—Zhenia… ¿Tú?… ¡Dios mío, a lo que hemos llegado! (a la madre le parecía en aquel momento que esa palabra tenía sentido, como si ya supiera antes que la niña se degradaba y corrompía, que ella no había tomado a tiempo las medidas oportunas y por eso la encontraba en un escalón tan bajo de la caída). Zhenia, ¡di toda la verdad, si no será peor! ¿Qué hacías con…? —probablemente la señora Liubers quería decir la polvera, pero dijo «con esa cosa» y sujetando la «cosa» en la mano, la agitó en el aire.

—Mamá, no creas a Mademoiselle, yo nunca… —y prorrumpió en sollozos.

Pero la madre percibía en ese llanto entonaciones malévolas que no existían en él; sentíase culpable y, en su fuero interno, horrorizada de sí misma; en su opinión había que tomar medidas, era preciso, aunque fuera en contra de su naturaleza maternal, «alzarse hasta racionales medidas pedagógicas». Decidió no dejarse llevar por la compasión, esperar a que pasara ese torrente de lágrimas que tanto la atormentaban.

Se sentó en la cama, fijando una mirada serena y vacía en un extremo del estante de libros. Olía a perfume caro. Cuando la niña se recobró volvió a su interrogatorio. Zhenia dirigió la mirada de sus ojos llorosos hacia la ventana y sollozó. El hielo bajaba ruidosamente por el río; brillaba una estrella. La noche, desierta, de áspera negrura, sin reflejos, era fría y hueca. Zhenia apartó

la vista de la ventana. En la voz de la madre sonaban la impaciencia y la amenaza. La francesa de pie junto a la pared, era toda seriedad y pedagogía concentrada. Con el gesto de un ayudante de campo su mano descansaba en el cordón del reloj. Zhenia volvió a mirar las estrellas y el Kama. Se había decidido. A pesar del frío y de los hielos. Y se lanzó. Embrollándose en las palabras, aterrorizada, contó a su madre eso, de forma inconexa. La madre la dejó hablar hasta el fin porque estaba sorprendida de la emoción que había puesto la niña en su relato. En cuanto a comprender, lo había comprendido todo desde la primera palabra. Incluso antes, por la profunda aspiración que hizo Zhenia cuando empezó a hablar. La madre escuchaba palpitante de gozo, llena de amor y ternura por aquel frágil cuerpecito. Sentía deseos de abrazarla y llorar. Pero, ¡la pedagogía! Se levantó de la cama y levantó la manta. Llamó a la niña y empezó a acariciarle la cabeza muy, muy despacio, con ternura.

—Buena ni… —esas palabras se le escaparon rápidamente. Se acercó a la ventana con amplio y ruidoso ademán apartándose de ellas.

Zhenia no veía a la francesa. Las lágrimas y la madre llenaban toda la habitación.

—¿Quién hace la cama?

La pregunta no tenía sentido. La niña se estremeció. Sintió lástima de Grusha. Luego se dijo algo en el para ella familiar idioma francés: algo muy severo. Y luego, dirigiéndose de nuevo a ella, pero con entonación completamente distinta, la madre dijo:

—Zheñechka, ve al comedor, nenita; yo iré en seguida y te hablaré de la maravillosa finca que hemos alquilado papá y yo para vosotros…, para nosotros este verano.

Las lámparas volvían a ser suyas, como en invierno, estaba con los Liubers, cariñosos, serviciales, abnegados; la piel de marta de mamá retozaba sobre un mantel de lana azul. «Causa ganada. Parada en Blagodat, espérame finales Semana Santa si…», el resto no podía leerse por estar doblado el telegrama en una esquina. Zhenia tomó asiento en un borde del diván, feliz y cansada. Se sentó con aire modesto y correcto, exactamente igual a como medio año después tomó asiento en el pasillo del liceo de Ekaterinburg en un extremo del largo banco amarillo cuando después de recibir un sobresaliente en el examen oral de lengua rusa supo que «podía irse».

A la mañana siguiente, la madre le explicó lo que debía hacer en casos semejantes; le dijo que no tenía importancia, que no debía tener miedo, que eso se repetiría y más de una vez. No le dio ningún nombre y nada le explicó,

pero añadió que a partir de ahora ella misma le daría las clases porque ya no volvería a marcharse.

La francesa fue despedida por negligencia, sólo estuvo unos meses en la casa. Cuando vino a buscarla el coche y descendía por la escalera, tropezó en el descansillo con el doctor que subía. Él respondió a su saludo con gesto desabrido y nada le dijo como despedida; ella comprendió que él ya lo sabía todo, frunció el ceño y se encogió de hombros.

En la puerta estaba la doncella, esperando que pasara el doctor y, por ello, en el pasillo donde se hallaba Zhenia, el ruido de los pasos y su eco sobre las piedras del empedrado perduró más tiempo de lo habitual.

Y así quedó grabado en su mente la historia de su primera madurez juvenil: la plena resonancia de la gorgojeante calle matinal que, deteniéndose en la escalera, envolvió con su tibieza la casa; la francesa, la doncella y el doctor, dos delincuentes y un iniciado, purificados y lavados por la luz, el frescor y la sonoridad de la marcha. El mes de abril era soleado y tibio. «¡Los pies, secaos los pies!», resonaba de una esquina a otra del largo y claro pasillo desnudo.

Las pieles se guardaban en verano. Las habitaciones lucían limpias, distintas, aliviadas; respiraban dulcemente. El día entero de tan tardío anochecer, tan largamente impuesto en todas las esquinas, en el centro de las habitaciones, en los cristales adosados a las paredes, en los espejos, en las copas con agua y en el aire azulado del jardín, jugueteaba insaciable, infatigable, frenético, riente, el cerezo silvestre y la madreselva se agitaba jubilosa como si se atragantara. A lo largo del día y la noche se oía el tedioso parloteo de los patios; declaraban depuesta la noche y repetían machacones, con voces fraccionadas y entrecortadas que las noches jamás volverían y que ellos no dejarían dormir a nadie.

«¡Los pies, los pies!» Pero ellos tenían prisa, volvían borrachos de libertad, les zumbaban los oídos y no podían comprender claramente cuanto les decían; se apresuraban a beber, a comer lo más deprisa posible para apartar las sillas con chirriante ruido y volver de nuevo al día no terminado aún, que se quebraba en la cena, donde el árbol al secarse emitía su breve crujido, donde el azul del cielo gorjeaba estridente y relucía grasienta la tierra como manteca fundida. Había desaparecido la frontera entre la casa y el patio. La bayeta no alcanzaba a borrar las huellas de las pisadas. Los suelos se cubrían con un enlucido seco y claro que crujía bajo los pies.

El padre había traído un montón de golosinas y de maravillas. El ambiente en la casa era maravilloso. Las piedras advertían con húmedos susurros su

aparición de entre el papel de fumar que se iba coloreando paulatinamente, haciéndose cada vez más y más transparente, a medida que capa a capa se desenvolvían aquellos paquetes blancos y suaves como la gasa. Unas se parecían a gotas de leche de almendras, otras a salpicaduras de acuarela azul, las terceras a una lágrima solidificada de queso. Algunas piedras eran ciegas, somnolientas o soñadoras, otras tenían chiribitas juguetonas como el zumo congelado de las naranjas chinas. No apetecía tocarlas. Eran bellas sobre el fondo del espumoso papel que las destacaba igual que destaca la ciruela su opaco brillo.

El padre estaba muy cariñoso con sus hijos y con frecuencia acompañaba a la madre a la ciudad. Regresaban juntos y parecían contentos. Y, sobre todo, tenían el ánimo tranquilo, eran afables y constantes, y cuando la madre, a hurtadillas, lanzaba miradas de alegre reproche al padre, diríase que extraía esa paz de sus ojos pequeños y no bellos y la expandía después con los suyos grandes y hermosos sobre sus hijos y todo cuanto les rodeaba.

Un día los padres se levantaron muy tarde. Luego, no se sabe por qué, decidieron almorzar en un barco anclado en un puerto y llevaron consigo a los niños. A Seriozha le dieron a probar cerveza fría. Les gustó tanto todo ello que otro día volvieron al barco. Los niños no reconocían a sus padres. ¿Qué les había pasado?

Zhenia, perpleja, rebosaba de felicidad y le parecía que ahora siempre sería así. No se pusieron tristes al saber que aquel verano no les llevarían al campo. El padre partió poco después. Aparecieron en la casa tres baúles enormes, amarillos, con sólidos herrajes.

III

El tren salía de noche. El padre, que se había trasladado un mes antes, escribía que la casa ya estaba dispuesta. Algunos coches bajaban al trote hacia la estación; su proximidad se notaba en el color del pavimento. Estaba negro y la luz de las farolas de la calle golpeó de pronto ocres hierros. En aquel momento, desde el viaducto, se abrió ante sus ojos el panorama del río y debajo de ellos apareció atronador un barranco negro como el hollín, trajinante y angustioso. Corría como una flecha hacia adelante y allá lejos, muy lejos, en el otro confín, se expandió terrorífico haciendo oscilar los parpadeantes abalorios de las lejanas señales. Hacía viento. Se perdían los contornos de las casuchas y las vallas y como las cascarillas de los cedazos

ondeaban vacilantes en el aire revuelto. Olía a patatas. El cochero rebasó una fila de carros saltarines llenos de cestas y bultos que tenía delante, y vieron de lejos el gran carro que llevaba su bagaje. Llegaron a su altura. Desde el carro, Uliasha gritó algo a la señora, pero el fragor de las ruedas ahogó su voz; saltaba sacudida en los baches y también su voz saltaba.

La novedad de todos aquellos ruidos nocturnos, la noche y el frescor disipaban la tristeza de Zhenia. Lejos, muy lejos, negreaba algo misterioso. Tras las barracas del puerto se agitaban unas lucecitas, la ciudad las enjuagaba en el agua de la orilla y de las lanchas. Después se hicieron numerosas, se reproducían densas y lustrosas, ciegas como gusanos. En el muelle de Liubimov azuleaban sobriamente las chimeneas, los techos de los depósitos, las cubiertas. Panza arriba, las barcazas miraban al cielo. «Aquí debe haber muchas ratas», pensó Zhenia. Les rodearon los porteadores. Seriozha fue el primero en saltar a tierra. Miró en torno suyo y quedó muy sorprendido al ver que ya estaba allí el carrero que llevaba sus bagajes; el caballo había alzado la cabeza, la collera, grande de pronto, parecía un gallo enhiesto; el caballo retrocedió apoyándose en la parte posterior de un carro. ¡Y él que estuvo preocupado todo el tiempo por el retraso que llevarían!

De pie, con su blanca camisa de liceísta, Seriozha sentíase radiante ante la perspectiva del viaje. Para los dos constituía una novedad, pero él ya conocía y amaba las palabras depósitos, locomotora, vía muerta, directa, y el sonido de la palabra «clase» tenía para él un sabor agridulce. También a Zhenia le atraía todo eso, pero a su modo, sin la sistematización que distinguía a su hermano.

Inesperadamente, como si saliera de las entrañas de la tierra, apareció la madre. Ordenó que llevaran a los niños a la cantina. Desde allí, abriéndose paso majestuosamente por entre la muchedumbre, se encaminó hacia aquel que fue denominado por primera vez, en voz alta y amenazadora, «jefe de estación», término que se mencionó después con frecuencia en diversos lugares y con distintas variantes, entre las más diversas bataholas.

Los niños no dejaban de bostezar, sentados junto a una de las ventanas llenas de polvo, recargadas y enormes, que parecían más bien oficinas hechas de cristal de botellas donde era preciso quitarse el sombrero. Zhenia veía por la ventana algo que no era una calle, sino más bien una habitación, sólo que más adusta y grave que esa de la jarra de cristal; en aquella habitación penetraban lentamente las locomotoras y se detenían sembrando la oscuridad, y cuando se iban, dejando vacía la habitación, resultaba que no era una habitación, porque había cielo tras unos postes y al otro lado un montículo y

casitas de madera, y la gente, alejándose, iba hacia allí; tal vez ahora cantaran allí los gallos y acabara de pasar el aguador, dejando sucias huellas de su paso…

Era una estación de provincias, sin el ajetreo de la capital, sin esplendores; los viajeros acudían con tiempo anticipado desde la ciudad sumida en la noche, dispuestos a una larga espera; estación silenciosa, con emigrantes dormidos en el suelo, entre perros de caza, baúles, máquinas enfundadas en lonas y bicicletas sueltas.

Los niños se acostaron en las literas de arriba. Seriozha se durmió de inmediato. El tren no había partido aún. Amanecía y Zhenia fue dándose cuenta de que el vagón era azul, limpio y fresco. Y también se dio cuenta… pero ya dormía.

Era un hombre muy grueso. Leía el periódico y se balanceaba. Mirándole se veía claramente el balanceo que, como el sol, inundaba, invadía todo el vagón. Zhenia le contemplaba desde lo alto con la misma perezosa meticulosidad con que piensa en algo o mira algo una persona completamente despierta con la mente fresca, que sigue acostada porque espera tan sólo que la decisión de levantarse llegue por sí misma, sin su ayuda, clara y libre al igual que sus restantes pensamientos. Al contemplarle, pensaba al mismo tiempo cómo es que estaba en su compartimento y cuándo había tenido tiempo de vestirse y lavarse. No tenía ni idea de la hora que era. Acababa de despertarse; debía de ser, lógicamente, la mañana. Zhenia le miraba, pero él no podía verla: las literas se inclinaban hacia la pared. Él no la veía, porque aunque de vez en cuando miraba por encima del periódico hacia arriba, de lado, al sesgo, sus miradas no se cruzaban cuando las dirigía hacia su litera; o bien veía la colchoneta o bien… Zhenia recogió y estiró las medias que había aflojado. «Mamá está de seguro en aquel rincón, ya arreglada y leyendo un libro —decidió, analizando las miradas del gordinflón—. A Seriozha no le veo abajo. ¿Dónde se habrá metido?» Zhenia bostezó placenteramente y se desperezó «¡Qué calor tan terrible!». Tan sólo ahora se dio cuenta de ello y miró desde lo alto por la ventanilla semiabierta. «Pero ¿dónde está la tierra?», pensó conmocionada en lo más íntimo de su ser.

Lo que veía era realmente indescriptible. La rumoreante nogalera por donde corría, serpenteando, el tren, habíase convertido en mar, en el universo, en todo cuanto se quisiera. El bosque susurrante, frondoso, descendía en toda su amplitud cuesta abajo, haciéndose más y más espeso; luego se achicaba y terminaba bruscamente, ya negro del todo. Y aquello que se alzaba al otro lado del precipicio parecía una inmensa nube de tormenta, llena de rizos y

bucles de color verde pajizo. Zhenia, absorta en sus pensamientos, retuvo el aliento y percibió de inmediato la fluidez de aquel aire inmóvil e ilimitado; comprendió de pronto que la nube de tormenta era una comarca, una región que llevaba un nombre sonoro de montaña, todo expandido en derredor, lanzado hacia abajo con las piedras y la arena, hacia el valle; que la nogalera sólo sabía susurrar ese nombre, susurrarlo sin descanso: aquí y allí, y más a-ll-á-á; tan sólo ese nombre.

—¿Son los Urales? —preguntó a todo el compartimento, incorporándose en la litera.

El camino restante lo pasó Zhenia pegada a la ventanilla del pasillo, sin apartarse ni por un momento, como adherida a ella, asomando a cada instante la cabeza. Tenía ansia por ver. Descubrió que era más agradable mirar hacia atrás que hacia delante. Los majestuosos picos conocidos se cubrían de bruma y retrocedían. Después de una breve separación, durante la cual se ofrecían a la vista nuevas cordilleras maravillosas, volvía a encontrarlos. El panorama montañoso era cada vez mayor y más amplio. Algunos picos se veían negros, otros iluminados, aquéllos oscurecidos, los de más allá a punto de estarlo. Se juntaban y separaban, descendían y volvían a subir. Todo se realizaba de acuerdo a un lento girar, como la rotación de las estrellas, con la cautelosa reserva de los gigantes, que a un pelo de la catástrofe cuidan la integridad de la tierra. Dirige esos complejos desplazamientos un zumbido uniforme, grandioso, inaccesible al oído humano, con la vista puesta en todo. Su mirada de águila lo abarca todo; mudo y oscuro pasa revista a cuanto le rodea. Así se construyen, se construyen y reconstruyen los Urales.

Zhenia entró un instante en el compartimento, guiñando los ojos por la intensidad de la luz. La madre charlaba con el desconocido y se reía. Seriozha, sentado en el diván de felpa roja, sostenía en la mano una especie de correa adosada a la pared. La madre escupió en el puño la última pepita, sacudió del vestido las que habían caído en él e inclinándose, rápida y ágil, tiró todos los desperdicios debajo del banco. En contra de lo que cabía suponer, el gordinflón tenía una vocecita cascada y ronca. Probablemente era asmático. La madre se lo presentó a Zhenia y él le tendió una mandarina. Era divertido y, al parecer, bondadoso; al hablar se llevaba constantemente la gordezuela mano a la boca. Sus palabras parecían inflarse y, de pronto, como ahogándose, se interrumpían con frecuencia. Supo que era de Ekaterinburg, que había viajado a lo largo y ancho de los Urales y conocía muy bien la comarca, y cuando extrajo un reloj de oro del bolsillo de su chaleco y se lo llevó a los ojos hasta casi rozar la nariz, guardándolo después, Zhenia observó

que sus dedos inspiraban confianza. Como es frecuente en la naturaleza de los gordinflones sus movimientos eran como los de alguien que da; su mano se balanceaba todo el tiempo como si la tendiese para el besamanos y saltaba suavemente como si golpeara una pelota contra el suelo.

—Ya falta poco —dijo, ladeando la vista y alargando los labios en dirección contraria a Seriozha, aunque se dirigía a él precisamente.

—Sabes, él dice que hay un poste en la frontera de Asia y Europa y que tiene escrito «Asia» —desembuchó de golpe Seriozha bajando rápidamente del diván, y corrió al pasillo.

Zhenia no entendió nada y cuando el gordinflón le explicó de lo que se trataba, también corrió hacia allí para esperar el poste, temerosa de haberlo dejado pasar. En su desbordada imaginación, «la frontera con Asia» se alzaba en forma de un límite fantasmagórico, algo así como unos barrotes de hierro como los que se colocan entre el público y la jaula de los pumas, como una franja que indicara un peligro negro como la noche, amenazador y hediondo. Esperaba aquel poste como la subida del telón en el primer acto de una tragedia geográfica sobre la cual había oído contar muchas fábulas por todos cuantos la conocían, solemnemente emocionada de tener la suerte de estar allí y poderlo ver muy pronto.

Sin embargo, lo que antes la impulsó a volver al compartimento donde estaban los mayores continuaba sin variación: a la grisácea nogalera que bordeaba la línea férrea desde hacía media hora no se le veía fin, y la naturaleza no parecía prepararse para el próximo acontecimiento. Zhenia sentía rabia contra la aburrida y polvorienta Europa que tan fastidiosamente aplazaba el advenimiento del milagro. ¡Qué desilusión la suya cuando al grito frenético de Seriozha desfiló ante la ventana, de costado a ellos, y quedó atrás algo semejante a un monumento funerario, llevando consigo el tan esperado nombre mágico hacia el aliso de los alisos que le perseguían! En aquel instante, multitud de cabezas, como puestas de acuerdo, se asomaron por las ventanillas de todas las clases y el tren, que descendía cuesta abajo en medio de una nube de polvo, se animó. En Asia ya existían muchas estaciones desde hacía tiempo y, sin embargo, seguían agitándose los pañuelos en las cabezas asomadas, la gente intercambiaba miradas, había hombres rasurados, barbudos, y volaban todos entre nubes giratorias de arena; volaban y volaban dejando atrás los alisos polvorientos hace poco aún europeos, pero asiáticos desde hace mucho tiempo.

IV

La vida tomó un rumbo nuevo. La leche no llegaba a la casa, a la cocina, con un repartidor, sino que la traía Uliasha por las mañanas recién ordeñada y el pan era distinto del de Perm. Las aceras eran de mármol o de alabastro, de ondulado brillo blanco; sus losas relucían hasta en la sombra como soles congelados, absorbiendo ávidamente las sombras de los esbeltos árboles que, extendidos a sus lados, se diluían y fundían en ellas. Aquí el salir a la calle, ancha, luminosa, con vegetación, era complemente distinto.

—Igual que en París —repetía Zhenia las palabras del padre.

Lo había dicho el primer día que llegaron. La casa era confortable y espaciosa. El padre había tomado un tentempié antes de ir a la estación, y no participó del almuerzo. Su cubierto quedó tan limpio y reluciente como Ekaterinburg; se limitó a extender la servilleta, a sentarse de lado y a contar algo. Se había desabrochado el chaleco y la pechera asomaba fresca y retadora. Decía que era una magnífica ciudad de tipo europeo; llamaba cuando había que recoger o traer alguna cosa, llamaba y contaba. Y por caminos desconocidos de habitaciones desconocidas aparecía silenciosamente una doncella morenucha vestida de blanco, con frunces almidonados, a la que se hablaba de «usted» y ella, la nueva, sonreía a la señora y a los niños. Se le daban órdenes respecto a Uliasha, que se hallaba en la cocina, no conocida aún y probablemente muy, muy oscura, donde habría seguramente una ventana desde la cual podría verse algo nuevo: un campanario o una calle o pájaros. Uliasha, seguramente, estaría allí preguntándole algo a esa señorita, poniéndose lo más viejo para ir colocando las cosas; estaría allí preguntándole y mirando en qué rincón está el horno para ver si es el mismo que en Perm o bien otro distinto.

El padre dijo a Seriozha que el liceo no estaba lejos, más bien muy cerca, y que tenían que haberlo visto al venir. El padre bebió un sorbo de agua mineral y continuó:

—¿Será posible que no te lo haya enseñado? Desde aquí no se ve, tal vez desde la cocina (calculó un instante), pero será en todo caso el tejado…

Tomó otro sorbo de agua y llamó.

La cocina resultó ser clara y fresca, exactamente igual, así se lo pareció a Zhenia un minuto más tarde, a como se la había imaginado en el comedor: refulgían los azulejos blanquiazulados del fogón y había dos ventanas

dispuestas en el orden que ella esperaba; Uliasha se había cubierto los desnudos brazos y la cocina se llenó de voces infantiles; por el tejado del liceo había gente y se veían las partes altas de unos andamios.

—Sí, lo están reparando —dijo el padre cuando todos en fila, empujándose y riendo, pasaron al comedor por un pasillo ya conocido, pero no explorado, al que tendría que volver al día siguiente después de haber colocado los cuadernos, colgado del gancho su manopla de baño y haber acabado con mil quehaceres semejantes.

—Es una mantequilla extraordinaria —dijo la madre, tomando asiento.

Pasaron a la sala de estudio, que habían ido a ver aún sin cambiarse de ropa, tan pronto como llegaron.

—¿Por qué esto es Asia? —pensó Zhenia en voz alta.

Pero Seriozha, extrañamente, no comprendió aquello que habría comprendido en otro tiempo: hasta aquel entonces vivían al unísono. Corrió hacia el mapa colgado de la pared y trazó con la mano una raya a lo largo de la cordillera de los Urales y miró a su hermana vencida, a su parecer, por semejante argumento.

—Simplemente se pusieron de acuerdo para trazar un límite natural, y eso es todo.

Zhenia recordó el mediodía, tan lejano ya. No podía creer que el día, en el cual había cabido todo eso, el día que continuaba ahora en Ekaterinburg, no hubiera terminado aún. Pero al pensar que todo eso ya pertenecía al pasado, conservando su inanimado orden en la lejanía correspondiente, experimentó un sentimiento de asombroso cansancio espiritual tal como al anochecer lo siente un cuerpo después de un arduo día de trabajo. Como si también ella hubiera participado en el apartamiento y traslado de aquellas pesadas bellezas y estuviera rendida. Convencida, no se sabe por qué, de que ellos, sus Urales estaban allí, dio media vuelta y corrió a la cocina a través del comedor donde ya había menos vajilla, pero aún permanecía la asombrosa mantequilla con hielo sobre sudorosas hojas de arce y la quisquillosa agua mineral.

El liceo estaba reparándose, los vencejos cortaban bruscamente el aire como descosían con los dientes las costureras el madapolán, y abajo —Zhenia asomó la cabeza— relucía un coche junto al hangar abierto de par en par; brotaban chispas de un torno de afilador y olía a todo cuanto habían comido, pero mejor y más apetecible que cuando se sirvió; era un olor melancólico y tenaz, como en un libro. Zhenia olvidó para qué había ido a la cocina y no se dio cuenta que sus Urales no estaban en Ekaterinburg; observó, en cambio, cómo iba anocheciendo en el patio y cómo cantaban en el piso de abajo

haciendo, probablemente, un trabajo fácil: habrían fregado, tal vez, el suelo, y con manos aún calientes extendían las esteras, tiraban el agua del cubo de fregar y aunque la tiraron abajo, ¡qué silencioso era todo! Y cómo brotaba el agua del grifo y cómo… «Y bien, señorita…», pero Zhenia evitaba aún a la nueva doncella y no quería escucharla… y cómo abajo —seguía pensando—, en el piso inferior al de ellos ya conocían su venida y dirían seguramente: «Hoy han llegado unos señores al número dos».

Uliasha entró en la cocina.

Aquella primera noche los niños durmieron profundamente y despertaron Seriozha en Ekaterinburg y Zhenia en Asia, como pensó de nuevo con extrañeza y asombro. En los techos se irisaba alegremente el estratiforme alabastro.

Se lo habían comunicado en verano. Le hicieron saber que ingresaría en el liceo. La nueva era agradable, desde luego. Pero se lo notificaron. No era ella quien había invitado al profesor a la sala de estudio donde la luz solar se adhería tanto a las paredes pintadas al temple que tan sólo el atardecer se conseguía arrancar el día con sangre. No fue ella quien le llamó cuando en compañía de la madre entró en la sala para que él conociese a «su futura discípula». No fue ella quien le adjudicó el absurdo apellido de Dikij[2]. ¿Acaso era ella quien quería que los soldados torpones, resoplantes y sudorosos, como el rojo espasmo del grifo cuando se rompe la cañería, hicieran siempre la instrucción al mediodía y que sus botas fueran pisoteadas por la violácea nube de tormenta que en cuanto a los cañones y ruedas sabía mucho más que las blancas camisas, las blancas tiendas de campaña y sus blanquísimos oficiales? ¿Acaso había pedido ella que desde ahora dos cosas como la palangana y la toalla, combinados como los carbones en la lámpara de arco, provocaran en el acto la tercera idea que se evaporaba de inmediato, la idea de la muerte, como aquella muestra del barbero donde eso le había ocurrido por vez primera? ¿Acaso estaba ella conforme con que las barreras rojas que «prohibían detenerse» se convirtieran en lugares misteriosos, prohibidos en la ciudad y los chinos en algo personalmente terrible, algo que le pertenecía y la horrorizaba? No todo, como es natural, se aposentaba tan dolorosamente en su alma. Muchas cosas, como su próximo ingreso en el liceo, eran agradables. Pero como todo lo restante, se le era notificado. La vida dejó de ser una bagatela poética para fermentar en áspero cuento negro, en tanto en cuanto era prosa y se había convertido en un hecho. Los elementos de la existencia cotidiana penetraban opacos, dolorosos y obtusos en su alma en formación que parecía estar en un estado de constante desembriaguez. Se

depositaban en su fondo reales, endurecidos y fríos como somnolientas cucharas de estaño. Y allí, en el fondo, el estaño comenzaba a flotar, se fundía en bolas y goteaba en ideas fijas.

V

Les visitaban con frecuencia los belgas. Así les llamaban. Así les llamaba el padre cuando decía: «Hoy vendrán los belgas». Eran cuatro. El que no llevaba bigotes venía raras veces y no era locuaz. En ocasiones se presentaba solo y de imprevisto, entre semana, eligiendo algún día que hacía mal tiempo o llovía. Los otros tres eran inseparables. Sus rostros parecían tabletas de jabón fresco, intacto, envueltas todavía en papel, perfumadas y frías. Uno de ellos llevaba barba; era espesa, esponjosa y castaña, también era esponjosa su cabellera castaña. Se presentaban siempre en compañía del padre de vuelta de no se sabe qué reuniones. En la casa todos les querían. Hablaban como si vertieran agua en el mantel: de forma ruidosa, refrescante y siempre de cosas distintas, inesperadas para todos; sus limpios chistes y anécdotas, comprensibles para los niños, dejaban en ellos profundas huellas y saciaban su sed.

Surgía en derredor de ellos el bullicio, brillaba el azucarero, la niquelada cafetera, los blancos y fuertes dientes, las ropas sólidas. Corteses y amables, bromeaban con la madre. Aquellos colegas del padre poseían el fino don de frenarle oportunamente cuando, en respuesta a sus rápidas alusiones y comentarios sobre asuntos y personas que en aquella casa sólo ellos, los profesionales, conocían, el padre se ponía a hablar detalladamente, con parsimonia, en un francés deficiente, de las contrataciones, *les réferences approuvées* y las *ferocités*, es decir, *bestialités, ce que veut diré en russe*[3], latrocinios en Blagodat.

El belga sin bigotes se había dedicado desde hacía algún tiempo a estudiar el ruso, y probaba con frecuencia sus fuerzas en ese nuevo campo, en el cual naufragaba todavía. Como resultaba violento reírse de las palabras del padre dichas en lengua francesa y sus *ferocités* turbaban a todos, los esfuerzos de Negarat proporcionaban una bendita ocasión para reírse a mandíbula batiente.

Se llamaba Negarat; era valón de la parte flamenca de Bélgica. Le recomendaron a Dikij como profesor. Anotó su dirección en ruso, trazando de muy cómica manera las letras que no existían en su alfabeto. Le salían dobles, como desparramadas. Los niños se permitían ponerse de rodillas sobre los

cojines de cuero de los sillones y apoyar los codos sobre la mesa: todo estaba permitido, todo se hallaba revuelto. Reían a carcajadas, se retorcían de risa al ver las letras que había trazado. Evans golpeaba la mesa con el puño y se secaba las lágrimas; el padre, temblando de risa, se paseaba todo rojo por la habitación: «¡Ya no puedo más!» repetía y estrujaba el pañuelo.

—*Faites de nouveau* —decía Evans, añadiendo leña al fuego—. *Commencez*[4].

Y Negarat, entreabierta la boca, titubeante como un tartamudo, meditaba en la forma de trazar aquellas letras rusas tan desconocidas como las colonias del Congo.

—*Dites*: «uvy nievygodno» —proponía el padre con voz ronca y húmeda.

—Ouvoui, niévoui.

—*Entends-tu*? Ouvoui nievoui, ouvoui nievoui. Oui, oui, chose inouie, charmant —reían los belgas.

El verano se acabó. Zhenia pasó los exámenes con buenas notas, algunas excelentes. El rumor frío y transparente de los pasillos del liceo fluía como si saliese de algún manantial. Todos se conocían allí. Las hojas del jardín amarilleaban con destellos dorados. En su claro y saltarín reflejo se angustiaban los cristales de las aulas, opacos en el centro, brumosos e inquietos en su parte inferior. Los postigos se retorcían en azules espasmos; las ramas broncíneas de los arces rayaban su fría claridad.

Zhenia no sabía que todos sus temores quedarían convertidos en aquella divertida broma. ¡Dividir ese número de *arshin* y *vershok*[5] por siete! ¿Valía la pena haber estudiado los *zlotniki, doli, funty, pudy*[6], etcétera, que siempre le habían parecido las cuatro edades del escorpión? En el examen de gramática se demoró en la respuesta, porque todas las fuerzas de su imaginación estaban concentradas en el intento de representarse las desafortunadas razones que podían haber producido esa palabra que escrita de otro modo resultaba tan hirsuta y salvaje. No acabó de comprender el porqué no la mandaron al liceo, aunque quedó admitida e inscrita y ya le habían cortado el uniforme de color café, se lo habían probado con alfileres en pruebas tediosas y largas durante horas enteras, y en su habitación se le abrieron horizontes nuevos en forma de cartera, portaplumas, una cestita para llevar el almuerzo y una calcomanía asombrosamente repulsiva.

El desconocido

I

La niña estaba envuelta, desde la cabeza, en una toquilla de lana gruesa que le llegaba hasta las rodillas y se paseaba por el patio como una gallinita. Zhenia intentó acercarse a la pequeña tártara y hablar con ella. Pero en aquel mismo instante golpearon con fuerza las hojas de una pequeña ventana, «¡Kolka!» —gritó Anisia—. La niña parecida a un hatillo de campesino al que se le hubieran enfundado unas botas de fieltro se dirigió presurosa a la portería.

Llevarse los deberes al patio significaba siempre memorizar hasta el embotamiento alguna excepción de la regla y recomenzar todo de nuevo de regreso en la casa. Ya desde la misma entrada en las habitaciones sentíase invadida por una especial semipenumbra y frescor, por la familiaridad peculiar siempre inesperada de los muebles que, una vez ocupados los lugares prescritos, no se movían de ellos. Era imposible predecir el futuro, pero podía verse cuando se entraba en la casa desde fuera. Estaba a la vista su plan, la distribución a la que él, rebelde a todo lo demás, se sometía. No existía ningún sueño inspirado por el aire de la calle que no desechara el espíritu animoso y fatal de la casa que podía con todo tan pronto como se cruzaba el umbral de la puerta.

Esta vez era Lérmontov[7]. Zhenia manoseaba el libro, doblado con las tapas hacia dentro. Si en la casa lo hubiera hecho Seriozha, ella se indignaría por «semejante asquerosa costumbre», pero en el patio era otra cosa.

Projor colocó la heladera sobre la tierra y regresó a la casa. Cuando abrió la puerta que conducía al zaguán de los Spitzyn, brotó de allí un remolino de ladridos feroces de los pelados perritos del general. La puerta se cerró con breve tintineo.

Mientras tanto, el Terek[8], saltando como una leona de hirsuta melena en la espalda, seguía rugiendo tal como le correspondía y Zhenia dudó ahora si todo lo descrito se refería al río o a la cordillera. Le daba pereza consultar con el libro y las doradas nubes de los países meridionales, que apenas si habían tenido tiempo de acompañar a Projor al norte, le recibían ya de nuevo en el umbral de la cocina con un cubo y un estropajo.

El ordenanza dejó el cubo, desmontó la heladera y se puso a lavarla. El sol agosteño quebró el follaje de los árboles y se posó en la cintura del soldado.

Había penetrado todo rojo en el desteñido paño del uniforme y lo impregnaba ávidamente como si fuera trementina.

El patio era espacioso, con caprichosos recodos, profundo y pesado. Empedrado hacía tiempo en el centro, sus piedras se habían cubierto de espesas yerbas rizosas y planas que por las tardes exhalaban un olor ácido y medicamentoso como el que suele respirarse cuando hace calor en las proximidades de los hospitales. Uno de sus ángulos, entre la portería y la cochera, adhería a un jardín vecino.

Y hacia allí se dirigió Zhenia. Sujetó la puerta baja de la escalera con un tronco plano para evitar que se deslizara, la fijó bien en los sueltos leños y tomó asiento en los peldaños intermedios; aunque estaba incómoda resultaba interesante estar allí como si de un juego se tratara. Luego subió más, colocó el libro sobre el roto peldaño superior decidida a estudiar el poema: consideró seguidamente que antes estaba más cómoda, volvió a bajar dejando olvidado el libro sobre los troncos, pero no volvió a acordarse de él porque tan sólo ahora se dio cuenta que al otro lado del jardín había algo que ella no sospechó antes y, como encantada, se quedó contemplándolo con la boca abierta.

No había arbustos en el jardín ajeno y los árboles seculares se llevaban a lo alto, hacia el follaje, como a la noche, sus ramas inferiores dejando desnudo el jardín sumido siempre en una semipenumbra aérea y solemne de la que jamás salía. Esas ramas secas, violáceas durante las tormentas y cubiertas de líquenes, permitían divisar claramente una callejuela desierta, poco transitada, a la que daba el jardín vecino por la otra parte. Había allí una acacia amarilla. Los matorrales ahora secos se retorcían y arrugaban dejando caer sus hojas.

La recóndita callejuela, sacada del mundo sombrío del jardín a éste, se iluminaba con la misma luz que tienen los hechos en los sueños, es decir, muy brillantemente, con gran detalle y silencio, como si el sol con las gafas puestas rebuscara entre los renánculos.

¿Qué había sorprendido tanto a Zhenia? Su descubrimiento la ocupaba más que la gente que la había conducido a él.

«Entonces, allí hay un banco. Tras la cancela, en la calle. ¡En una calle así! ¡Qué felices!», pensó con envidia. Las desconocidas eran tres.

Negreaban como la palabra «reclusa» de la canción. Eran tres nucas lisas, cubiertas con sombreros de alas redondas, inclinadas de tal modo que la del extremo, semioculta por los arbustos, parecía dormir en algo y las otras dos, abrazadas a ella, también dormían. Los sombreros, de un negro azulado, tan pronto relucían al sol como se apagaban, semejantes a insectos. Una banda de

crespón negro los rodeaba. En aquel instante las desconocidas volvieron las cabezas en otra dirección. Algo seguramente había llamado su atención en el otro extremo de la callejuela. Durante un instante fijaron la vista en aquel lugar, igual a como se contempla en verano un momento que se alarga y diluye en la luz, cuando se hace preciso entornar los ojos y proteger la vista con la palma de la mano, fue un momento el que miraron así y de nuevo recayeron en su estado de unísona somnolencia.

Zhenia se encaminó a la casa, pero se acordó del libro sin saber bien dónde lo había dejado. Volvió por él y cuando subió hacia la leñera vio que las desconocidas se habían levantado y se disponían a irse. Una tras otra cruzaron la cancela. Tras ellas, con un caminar extraño, deforme, pasó un hombre no muy alto. Llevaba bajo el brazo un álbum grandísimo o un atlas. En eso estaban ocupadas cuando miraban unas por encima del hombro de las otras y ¡ella creía que dormían! Las vecinas cruzaron el jardín y desaparecieron tras las dependencias. El sol iba descendiendo. Al recoger el libro, Zhenia alteró la pila de los leños que, alertada, se movió como si tuviera vida. Algunos troncos se deslizaron hacia el suelo y cayeron sobre la yerba, haciendo un leve ruido. Fue como una señal, como el golpear del vigilante en la carraca. Llegó el crepúsculo. Nacieron multitud de sonidos, suaves, brumosos. El aire empezó a silbar algo muy antiguo, algo del otro lado del río.

El patio estaba vacío. Projor, terminado su trabajo, había salido fuera del portón. El rasgueo melodioso y tristón de la balalaika del soldado se posaba allí bajo, muy bajo, a nivel mismo de la yerba. Sobre él giraba, danzaba, se interrumpía y descendía, inmovilizándose en el aire, un fino enjambre de mosquitos silenciosos que volvía a descender, se inmovilizaba y sin alcanzar la tierra se elevaba en el aire. Pero aún más fino y silencioso era el tintineo de la balalaika. Descendía más bajo que ellos sobre la tierra y sin cubrirse de polvo, ni ensuciarse, volvía a ascender, mejor y más aéreo que el enjambre, titilando y quebrándose, con recaídas, sin apresurarse.

Zhenia regresaba a la casa. «Cojea —se dijo pensando en el desconocido del álbum—, cojea, pero como es un señor no usa muletas». Entró por la puerta de servicio. Un olor a manzanilla se extendía tenaz y dulzón por el patio. «Desde hace algún tiempo mamá se ha montado toda una farmacia, multitud de tarros azules con tapones amarillos». Subía lentamente por las escaleras. La barandilla de hierro estaba fría, los peldaños chirriaban en respuesta al roce de sus pies. De pronto acudió a su mente un pensamiento extraño. Subió de golpe dos escalones y se detuvo en el tercero. Se le ocurrió

pensar que entre su madre y la portera existía desde algún tiempo una semejanza imperceptible. En algo completamente imperceptible. Zhenia se detuvo. Era algo, se dijo pensativa, algo a lo que se refieren cuando dicen: todos somos humanos, o estamos hechos de la misma pasta… o bien el destino juega a ciegas… Con la punta del pie apartó un frasco caído que voló escaleras abajo, cayó sobre unas bolsas de basura y no se quebró. Es decir, algo que era muy, en una palabra, muy, muy común a todas las personas. Pero entonces, ¿por qué no existía esa semejanza entre ella y Aksinia? ¿O, por ejemplo, entre Aksinia y Uliasha? Eso le pareció a Zhenia tanto más extraño porque era difícil hallar a personas más dispares; había en Aksinia algo térreo, recordaba las huertas, a una patata gigantesca o el verdor de una calabaza desenfrenada, mientras que mamá… Zhenia sonrió tan sólo de pensar en la posibilidad de la semejanza.

Sin embargo, era precisamente Aksinia la que daba pie a esa comparación obsesiva y era ella quien llevaba la ventaja en aquella semejanza. No ganaba la campesina, la que perdía era la señora. En un segundo, a Zhenia se le figuró algo salvaje. Le pareció que en su madre se había implantado un cierto principio pueblerino y se la imaginó deformando las palabras al modo campesino, diciendo «me se» y pensó que llegaría un día en el cual, luciendo su nueva bata de seda, sin cinturón, contoneándose como un barco, soltaría de pronto un exabrupto.

En el pasillo olía a medicinas. Zhenia fue a ver a su padre.

II

Los Liubers renovaban el mobiliario. El lujo hizo su aparición en la casa. Adquirieron un equipaje y compraron caballos. El cochero se llamaba Davletash.

En aquel entonces los neumáticos constituían una gran novedad. En todas las calles se volvían y seguían el coche con los ojos: la gente, las tapias, las capillas y los gallos.

Tardaron mucho en abrirle la puerta y mientras que el coche por respeto a ella se alejaba al paso, la señora Liubers gritó tras él:

—¡No los lleves lejos! Hasta la barrera y vuelta. Cuidado al bajar la cuesta.

El blanquecino sol que la introdujo desde el porche al gabinete del doctor, seguía calle adelante y alcanzando el cuello cárdeno, prieto y pecoso de

Davletash, lo calentaba y estremecía.

Entraron en el puente y comenzó la charla maliciosa, redonda y cabal de las vigas, concebida en tiempos lejanos para todas las épocas; el barranco la tenía piadosamente presente y la recordaba siempre tanto al mediodía como durante el sueño.

Vykormish trató de subir la cuesta por la tierra de sílice que se desprendía bajo sus patas y dificultaba su marcha; todo extendido en un esfuerzo superior a él, hacía pensar en una langosta trepadora; de pronto, al igual que esa criatura voladora y saltarina por naturaleza, cobró momentánea belleza en la humillación de sus esfuerzos sobrenaturales. Diríase que de un momento a otro agitaría furioso las relucientes alas y saldría volando. Y, en efecto, el caballo dio un tirón, lanzó hacia adelante las patas delanteras y avanzó a corto trote por la superficie desierta. Davletash procuró sujetarle, acortando las riendas. Un perro lanzó tras ellos unos ladridos agónicos, desgranados, breves. El polvo parecía pólvora de fusil. El camino torcía bruscamente a la izquierda.

La calle negra se embotaba en un callejón sin salida y terminaba en la roja empalizada del depósito ferroviario. Se veía llena de gente. El sol que la iluminaba de costado, tras los arbustos, parecía envolver en pañales unas extrañas figuritas con chaquetas de mujer. Los iluminaba con luz blanca, hiriente, como si brotase de un cubo derribado por una bota de un puntapié; era como húmeda cal que corriese en torrente por la tierra. La calle hervía. El caballo marchaba al paso.

—¡Tuerce a la derecha! —ordenó Zhenia.

—No hay paso —respondió Davletash, señalando con el látigo la roja terminal de la empalizada—. Es un callejón sin salida.

—Párate entonces. Quiero ver.

—Son nuestros chinos.

—Ya lo veo.

Davletash comprendió que la señorita no tenía ganas de hablar con él, canturreó un lento ¡So-o-o!, y el caballo, balanceando todo el corpachón, se paró en seco. Davletash lanzó un silbido fino, entrecortado, incitándole a mantenerse como era debido.

Los chinos cruzaban el camino sujetando en las manos enormes hogazas de pan de centeno. Vestían de azul y parecían campesinas con pantalones. Las cabezas destocadas terminaban en una coleta en lo alto del occipucio que parecía hecha de pañuelos anudados. Algunos se detenían. Y Zhenia podía

examinarles. Sus rostros eran pálidos, terrosos, sonrientes. De tez oscura y sucia como el cobre oxidado por la miseria.

Davletash sacó la petaca y se dispuso a liar un cigarrillo. En aquel instante, desde la esquina hacia donde se dirigían los chinos, salieron algunas mujeres. Seguramente también ellas iban en busca del pan. Los que estaban en el camino comenzaron a reír y a acercarse a ellas cimbreándose como si tuvieran las manos atadas a la espalda. La sinuosidad de sus movimientos era subrayada por el hecho, sobre todo, de que todo su cuerpo, desde el cuello hasta los tobillos, estaba cubierto por el mismo ropaje como si fueran acróbatas. No había en ello nada terrible, las mujeres no echaron a correr, sino que se detuvieron y también ellas rompieron a reír.

—¿Qué haces, Davletash?

—El caballo, el caballo se escapa, no quiere estarse quieto —respondió Davletash con voz entrecortada al tiempo que golpeaba al caballo con las riendas y tiraba de ellas.

—Cuidado, vas a volcar, ¿por qué le fustigas así?

—Es preciso.

Tan sólo cuando salió al campo y tranquilizó al caballo, que había empezado ya a cabriolar, el astuto tártaro, habiendo evitado que la señorita viera un espectáculo bochornoso sacándola de allí con la velocidad de una flecha, tomó las riendas con la mano derecha y guardó la petaca, que seguía teniendo en la mano, en el bolsillo del chaquetón.

Regresaron por un camino distinto. La señora Liubers debió de verles por la ventana de la casa del doctor. Salió al porche justo cuando el puente acabó de contarles su cuento y lo empezaba de nuevo al paso del carro del aguador.

III

A Liza Defendov, la niña que trajo unas bayas arrancadas del serbal al liceo, la conoció Zhenia un día de exámenes. La hija del sacristán volvía a examinarse de francés; a Zhenia Liubers la hicieron sentar en el primer sitio libre y se conocieron así, sentadas en pareja, ante una misma frase.

—*Est-ce Pierre qui a volé la pomme*[9]

—*Oui, C'est Pierre qui vola…, etc.*

El que Zhenia estudiara en casa no puso fin a la amistad de las niñas. Siguieron viéndose. Sus encuentros, debido a las ideas de la señora Liubers,

eran unilaterales. A Liza se le permitía visitarles. A Zhenia, por ahora, se le prohibía ir a la casa de los Defendov.

Esos espaciados encuentros no impidieron que Zhenia se encariñara con su amiga. Se había enamorado de Liza, es decir, pasó a ser el sujeto pasivo en sus relaciones, su manómetro, vigilante, apasionadamente ansioso. Toda mención que hacía Liza de sus compañeras, que Zhenia no conocía, suscitaba en ella un sentimiento de amargura y vaciedad. Se le caía el alma a los pies: eran los primeros accesos de celos. Sin motivo, debido a su propia suspicacia. Zhenia estaba convencida de la perfidia de Liza que, aparentemente sincera, se reía en el fondo de todo cuanto se refería a los Liubers, tanto a sus espaldas como en la clase y en su casa, pero lo aceptaba como algo lógico, como algo que subyacía en la naturaleza del afecto. Sus sentimientos eran casuales en la elección del objeto, ya que respondían en su origen a la imperiosa necesidad del instinto que desconoce el amor propio y sólo sabe sufrir y sacrificarse a mayor gloria del fetiche elegido por primera vez.

Ni Zhenia ni Liza se influían recíprocamente en nada: Zhenia seguía siendo Zhenia y Liza. Se veían y se separaban, aquélla con gran sentimiento, ésta sin ninguno.

El padre de los Ajmedianov, comerciante en hierro, había hecho una gran fortuna en el año que mediaba entre el nacimiento de su hijo Nuretdin y Smaguil. Smaguil pasó a llamarse Samoil y el padre decidió dar a los muchachos educación rusa; no omitió ningún detalle del espléndido tren de vida de los grandes señores rusos y en diez años de esfuerzos lo había sobrepasado con creces. Los hijos salieron victoriosos de la prueba, es decir, se adaptaron al modelo prescrito y el amplio impulso de la voluntad paterna se imprimió en ellos, ruidoso y destructor, como en un par de aspas que se hacen girar y se dejan luego a merced de la inercia. Los hermanos Ajmedianov eran los alumnos más emprendedores del cuarto curso. Estaban constituidos por tiza quebradiza, perdigones de escopeta, estruendo de pupitres, obscenos insultos y rostros de rubicundas mejillas que se despellejaban en invierno, narices respingonas y aire de suficiencia. Seriozha hizo amistad con ellos en agosto. A finales de septiembre había perdido su personalidad. Era lógico. Ser un liceísta típico, y después algo más, significaba estar de acuerdo en todo con los Ajmedianov y lo que Seriozha ansiaba era ser liceísta.

Liubers no se opuso a las amistades de su hijo. No observó en él ningún cambio y si de algo se daba cuenta lo atribuía a la edad de transición. Además, tenía la mente ocupada por otras preocupaciones. Desde hacía algún

tiempo había empezado a comprender que estaba enfermo y que su mal era incurable.

IV

A Zhenia no era él precisamente quien le daba pena, aunque todos en torno hablaban de lo increíblemente inoportuno y fastidioso que resultaba semejante convocatoria. Negarat era demasiado complicado hasta para los padres y todo cuanto ellos sentían hacia los demás se transmitía confusamente a los niños, lo mismo que a los animales domésticos demasiado mimados. Lo único que entristecía a Zhenia era que ahora todo fuera distinto y que los belgas serían tan sólo tres y ya no podrían reírse como antes. Sucedió aquella tarde cuando todos estaban sentados ante la mesa y Negarat dijo a la madre que le habían llamado para el reclutamiento militar y debía salir para Dijon.

—Pero ¡qué joven es usted entonces! —exclamó la madre y comenzó a compadecerle de mil modos.

Negarat seguía sentado sin alzar la cabeza; la conversación no cuajaba.

—Mañana vendrán a enmasillar las ventanas —comentó la madre y le preguntó si no quería que la entornase un poco.

Negarat contestó que no era preciso, que no hacía frío y que en su país no las enmasillaban.

Poco después llegó el padre; también él, al conocer la nueva, se deshizo en lamentaciones. Pero antes de comenzar a lamentarlo preguntó sorprendido, enarcando las cejas.

—¿A Dijon? Pero ¿no es usted belga?

Negarat contó entonces la historia de la emigración de «sus viejos» de manera tan divertida como si no fueran sus padres y tan tierna como si hablara de unos extraños cuya historia hubiera leído en un libro.

—Perdone que le interrumpa —dijo la madre—. Hijita, a pesar de todo, cierra un poco la ventana; mañana vendrán a enmasillarla. Bueno, continúe. Su tío me parece un auténtico miserable. ¿Es posible que lo haya hecho hallándose *realmente* bajo juramento?

Negarat reemprendió el relato interrumpido. Cuando llegó al documento del consulado, remitido por correo en la víspera, se dio cuenta que Zhenia no comprendía nada y se esforzaba por entender. Entonces se volvió hacia ella y comenzó a explicarle lo que significaba el servicio militar sin hacerle ver con qué fin lo hacía para no herir su amor propio. «Sí, sí, comprendo. Sí,

comprendo, comprendo», repetía Zhenia de manera maquinal, llena de agradecimiento.

—Pero ¿por qué tiene que irse tan lejos? Sea soldado aquí, haga la *instrucción* como todos —precisó imaginándose con toda claridad los prados que se divisaban desde la colina del monasterio. «Sí, sí, lo comprendo. Sí, sí, sí», repetía y los Liubers sentados sin hacer nada pensaban que el belga atiborraba a la niña de detalles superfluos e introducía observaciones somnolientas y simplonas. De pronto llegó un momento en el cual Zhenia sintió compasión por todos aquellos que hacía tiempo o recientemente tuvieron que ir, como Negarat ahora, a diversos lugares lejanos y emprender, después de despedirse, un viaje inesperado, como caído del cielo, que los traía aquí, al extraño para ellos Ekaterinburg para ser soldados. Así de bien se lo explicó aquel belga. Jamás nadie se lo había hecho entender así. El panorama de las blancas tiendas de campaña dejó de serle indiferente, se puso de manifiesto su evidencia: las compañías se ensombrecieron, convirtiéndose en conjuntos de personas aisladas con uniforme de soldados por los cuales empezó a sentir lástima en el mismo momento en que se les infundió sentido y cobraron vida, haciéndose próximos y entrañables. Negarat se despedía.

—Parte de mis libros se los dejaré a Zvetkov. Es el amigo de quien tanto les hablé. Por favor, madame, utilícelos como antes. Su hijo sabe dónde vivo, suele visitar a la familia del propietario: he cedido mi habitación a Zvetkov. Se lo diré.

—Dígale que venga a vernos. ¿Dice que se llama Zvetkov?

—Sí, Zvetkov.

—Que venga. Nos conoceremos. En mi primera juventud conocí a personas como él —dijo la madre y miró a su marido que de pie ante Negarat, sujetando con las manos el ribete de su gruesa chaqueta, esperaba con aire distraído el momento oportuno para acordar con el belga lo preciso para el día siguiente.

—Que venga, pero no ahora. Le llamaré. Tenga, llévese este libro, es suyo. No lo terminé. Lloraba al leerlo y el doctor me aconsejó que lo dejara para evitar emociones.

Y volvió a mirar a su marido quien con la cabeza baja, de pie, haciendo crujir el cuello almidonado de su camisa y abombando el pecho, parecía interesado por saber si llevaba botas en los dos pies y si estaban bien limpias.

—Así es, bueno, no olvide el bastón. ¿Confío en que nos veamos aún?

—¡Oh, naturalmente! Me voy el viernes. ¿Qué día es hoy? —preguntó asustado de pronto como suelen asustarse los que se van.

—Es miércoles. ¿Verdad, Víctor?… ¿Es miércoles?

—Sí, *ecoutez* —intervino el padre al conseguir, por fin, su turno—, *demain*…[10].

Y ambos salieron a la escalera.

V

Hablaban sin dejar de caminar. Y Zhenia tenía que apresurarse de vez en cuando para no quedar rezagada de Seriozha y no perder el paso. Marchaban muy deprisa y el abrigo le bailoteaba, porque para ayudarse a caminar movía los brazos y tenía las manos en los bolsillos. Hacía frío y bajo sus chanclos la fina capa de hielo se quebraba sonoramente. Iban a cumplir el encargo dado por la madre de comprar un regalo a Negarat y no dejaban de hablar.

—Entonces, ¿lo llevaban a la estación?

—Sí.

—¿Y por qué estaba sentado en el heno?

—¿Qué quieres decir?

—En el carro. Todo él, con las piernas dentro. Así no se sienta nadie.

—Ya te lo dije. Porque es un criminal.

—¿Lo llevaban al presidio?

—No, a Perm. Aquí no tenemos administración penal. Mira por dónde pisas.

Su camino pasaba por delante de una fábrica de herrajes de cobre. Durante todo el verano las puertas de la fábrica permanecían abiertas de par en par y Zhenia estaba acostumbrada a ver aquella encrucijada en medio de un trajinar unísono y general que brotaba de las ardientes fauces de los talleres abiertas de par en par. Todo el mes de julio, agosto y septiembre se detenían allí los carros, dificultando el tránsito; iban y venían los mujiks tártaros en su inmensa mayoría; tirados por el suelo se veían cubos, trozos de planchas de hierro rotas y oxidadas. Más que en cualquier otra parte era frecuente ver cómo se aposentaba en el polvo el cruento y denso sol que transformaba a la muchedumbre en un campamento de gitanos y disfrazaba de gitanos a los tártaros justo a la hora en que, tras las tapias, degollaban a los pollos; se hundían allí en el polvo las varas delanteras, liberadas de los carros, con sus desgastados discos junto a las clavijas maestras.

Ahora se veían tirados los mismos cubos y hierros, pero espolvoreados de nieve. Las puertas estaban herméticamente cerradas como en los días de fiesta

a causa del frío y la encrucijada se veía desierta; tan sólo por el redondo respiradero se filtraba algo semejante al rancio olor a gas grisú, familiar para Zhenia, que se esparcía en sonoro aullido, golpeaba la nariz y se posaba en el paladar como barata agua espumosa con sabor a pera.

—¿Es que en Perm hay administración penal?

—Sí, la hay. Creo que debemos ir por aquí, es más cerca. En Perm la tienen porque es capital de provincia, y Ekaterinburg que es pequeña, de distrito.

El camino que pasaba por delante de las villas señoriales estaba revestido de ladrillos rojos y flanqueado de arbustos. Perduraban en él las huellas de un sol turbio, impotente. Seriozha procuraba pisar con la máxima fuerza.

—Si este agracejo se toca con un alfiler cuando florece, sus hojitas baten rápidamente como si estuviese vivo.

—Ya lo sé.

—¿Le temes a las cosquillas?

—Sí.

—Entonces eres nerviosa. Los Ajmedianov dicen que cuando alguien teme a las cosquillas…

Seguían caminando. Seriozha daba unos pasos anormalmente grandes, y Zhenia corría, bailoteándole el abrigo sobre los hombros. Vieron a Dikij justo en el momento en que la portezuela, que giraba como un torniquete en el poste hundido en medio del camino, les detuvo. Lo vieron desde lejos, cuando salió de la misma tienda hasta la cual les faltaba media manzana para llegar. Dikij no iba solo, le seguía un hombre no muy alto que procuraba ocultar su ligera cojera. Zhenia tuvo la impresión de haberle visto antes una vez. Se cruzaron sin verse. Dikij y su acompañante torcieron por un camino transversal. Dikij no vio a los chicos, caminaba con sus grandes chanclos y alzaba con frecuencia los brazos con los dedos abiertos. *No estaba de acuerdo* y trataba de demostrar con los diez dedos que su interlocutor… (Pero ¿dónde le había visto antes? Hacía tiempo, desde luego. Pero ¿dónde? Seguramente en Perm, cuando era una *niña* todavía.)

—¡Espera!… —a Seriozha le ocurrió un percance y apoyó una rodilla en la tierra—. Espera.

—¿Te has enganchado?

—Sí. Esos idiotas no saben clavar un clavo como es debido.

—Vamos.

—Espera, no sé dónde está el enganchón. Conozco al cojo ése. Ya está, gracias a Dios.

—¿Se te ha roto?

—No, felizmente está entero. El agujero lo tengo en el forro, pero es viejo y la culpa no es mía. Bueno, vámonos, espera que me limpie la rodilla. Ya está, vamos. Le conozco, vive en el patio de los Ajmedianov. ¿Recuerdas que te conté que Negarat por las noches reunía a la gente, que bebían y tenían las luces encendidas toda la noche? ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas que el día del cumpleaños de Samoil dormí en su casa? Pues bien, él es uno de esos.

Zhenia se acordaba. Comprendió que en ese caso estaba equivocada, no había podido ver al desconocido en Perm, se le había figurado. Sin embargo, seguía pareciéndoselo; sumida en aquellos pensamientos, pasaba revista a toda su vida en Perm y seguía sin hablar a su hermano. Tuvo que franquear algo, sujetarse a algo y cuando miró en torno suyo se encontró en la semipenumbra de unos mostradores, rodeada de livianas cajas, estantes, obsequiosos saludos y ofrecimientos… Seriozha hablaba.

El librero que comerciaba con toda clase de tabacos, no tenía los libros que pedían, pero les aseguró que Turguéniev ya estaba enviado desde Moscú, que venía de camino y que hace unos minutos decía lo mismo al señor Zvetkov, su profesor. Hicieron gracias a los jóvenes los cumplimientos del librero y el error en que, se hallaba: se despidieron y se fueron con las manos vacías.

Al salir, Zhenia preguntó a su hermano.

—Dime, Seriozha, ¿cómo se llama la calle que se ve desde nuestra leñera? Nunca me acuerdo de su nombre.

—No lo sé; jamás estuve en ella.

—No es cierto, yo misma te vi.

—¿En la leñera? Es que tú…

—No, en la leñera no, pero sí en la calle, la que está detrás del jardín de Cherep-Savich.

—¡Ah, te refieres a eso! Es cierto, cuando se pasa delante se la ve. En lo profundo del jardín, hay allí unos hangares y leña. Pero ¡si es nuestro patio! Claro, es una parte del patio. ¡Qué gracia! La de veces que habré pasado por delante pensando en el modo de llegar hasta allí… Primero a la leñera, desde allí a la buhardilla, hay allí una escalera, la he visto. Entonces, ¿aquella parte del patio es nuestra?

—Seriozha, ¿me vas a enseñar cómo se llega allí?

—¡Otra vez! Pero si es nuestro patio. ¿Qué quieres que te enseñe? Tú misma…

—Seriozha, no me has entendido. Yo te hablo de la calle y tú del patio. Te hablo de la calle. Enséñame el modo de llegar a ella. ¿Me lo enseñarás, Seriozha?

—No te entiendo. Hoy pasamos por ella… y ahora dentro de poco la dejaremos de lado.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. El calderero está en la esquina.

—Entonces es la que está tan llena de polvo…

—Sí, la misma por la que preguntas. Y el jardín de Cherep-Savich está al final, a la derecha. No te rezagues, no vayamos a llegar tarde a comer. Hoy tenemos cangrejos.

Se pusieron a hablar de otras cosas. Los Ajmedianov habían prometido enseñarle a estañar los samovares. Y en respuesta a su pregunta sobre qué era el «estaño», Seriozha contestó que se trataba de un mineral opaco que se utilizaba para soldar pucheros y calcinar ollas; los Ajmedianov sabían hacer todas esas cosas.

Tuvieron que correr para evitar que una caravana de carros les cortara el paso. Y se olvidaron: ella de su ruego de que le enseñara el paso a la calleja desierta y Seriozha de su promesa de hacerlo. Pasaron por delante de la calderería y al respirar el cálido y grasiento tufo que suele haber cuando se limpian picaportes y candelabros de cobre, recordó Zhenia de pronto dónde había visto al cojo y a las tres desconocidas; y al momento siguiente comprendió que Zvetkov, a quien mencionó el librero, era justamente él.

VI

Negarat se iba por la tarde. El padre fue a despedirle, regresó de la estación ya avanzada la noche y su aparición en la portería produjo un gran revuelo que tardó en calmarse. Salían con luces, llamaban a alguien. Llovía a raudales y graznaban unos gansos que habían dejado escapar.

La mañana se presentó brumosa y friolenta. Azotada por una lluvia ruin, que giraba salpicando lodo, la húmeda calle gris rebotaba como si fuera de goma, saltaban los carros y chapoteaban los chanclos de los transeúntes al cruzar la calzada.

Zhenia regresaba a casa. Aquella mañana el eco del revuelo nocturno resonaba todavía en el patio; no le dejaron el coche y se dirigió a pie a la casa de su amiga, diciendo que iba a la tienda en busca de semillas de cáñamo. Sin

embargo, a medio camino se convenció de que no llegaría sola desde el centro comercial de la ciudad a la casa de Liza y dio la vuelta. Recordó, además, que como era temprano Liza, de todas formas, aún estaría en el liceo. Se había mojado por entero y sentía frío. Aunque el tiempo mejoraba, el cielo seguía cubierto. Un esplendor frío y blanco recorría las calles, se pegaba a las mojadas losas como una hoja. Las nubes oscuras se apresuraban a salir de la ciudad, se apretujaban atolondradas, pánicamente inquietas al final de la plaza, pasadas las farolas de tres brazos.

El hombre que se trasladaba debía ser muy desordenado o anárquico. Los enseres de un despacho modesto no estaban cargados, sino tirados simplemente en el fondo de la carreta tal como estaban en la habitación; las ruedecillas de los sillones, que asomaban bajo sus blancas fundas, giraban sobre su fondo como si fuera parquet a cada vaivén del carro. Las fundas eran blancas como la nieve y a pesar de que estaban impregnadas de agua hasta el último hilo resaltaban tanto que parecían difundir su color a las piedras raídas por la intemperie, al agua aterida bajo las vallas, a los pájaros que volaban desde las cocheras, a los árboles que, sacudidos por el viento, volaban en pos de ellos, a fragmentos de plomo y hasta al ficus que en su cubeta se mecía saludando desmañadamente a todos cuantos desfilaban velozmente ante él.

El aspecto de la carreta era inaudito y llamaba involuntariamente la atención. El cochero caminaba al lado y el fondo, muy ladeado, avanzaba al paso, rozando los guardacantones. Por encima de todo ello sobrevolaba como un andrajo mojado y plúmbeo la palabra ciudad, haciendo nacer en la mente de Zhenia multitud de ideas que eran tan fugaces como el frío resplandor de octubre que recorría las calles y caía al agua. «Enfermará tan pronto como coloque sus cosas», se dijo pensando en el desconocido dueño de las pertenencias de la carreta. Y se imaginó al hombre, *a un hombre en general, de caminar inestable, desparejo* que colocaba sus muebles por los rincones. Se imaginó vivamente sus movimientos y gestos, en particular el modo como sujetaba el trapo y cómo, cojeando en torno a la cubeta, secaba las hojas del ficus empañadas por el frío. Pescará un resfriado, tendrá escalofríos y fiebre. Así sucederá sin duda alguna. También eso se lo imaginó Zhenia muy vivamente. Muy vivamente. La carreta trepidó cuesta abajo en dirección a Iseti. Zhenia tenía que ir a la izquierda.

Esto sucedía, seguramente, a causa de alguien que pisaba con fuerza detrás de la puerta. El té del vaso subía y bajaba en la mesilla de noche junto a la cama. Subía y bajaba la rajita de limón en el té. Las franjas de sol se balanceaban por las empapeladas paredes. Se balanceaban verticalmente igual

que el jarabe que se vende en las tiendas en cubos de cristal detrás de los rótulos donde un turco fuma en pipa. En los cuales un turco… fuma… en pipa. Fuma… en pipa.

Sucedía a causa, seguramente, de unos pasos. La enferma volvió a dormirse.

Zhenia enfermó al día siguiente de la marcha de Negarat, el mismo día que supo, después de su paseo, que Axinia, por la noche, había dado a luz un niño; el día en que al ver la carreta con los muebles decidió que a su dueño le amenazaba una enfermedad.

Zhenia tuvo fiebre durante dos semanas; su cuerpo, cubierto de sudor, quedó densamente sembrado de pesada pimienta roja que hacía arder sus párpados y pegaba las comisuras de la boca. La vencía la transpiración y el sentimiento de estar horriblemente gorda se mezclaba con el sabor a vinagre. Era como si la llama que la había inflado fuera introducida en ella por una avispa, como si su fino aguijón, tan delgado como un pelo, se hubiera quedado en su cuerpo y ella quisiera extraerlo más de una vez y de distinto lugar. Bien de un pómulo violáceo o de un hombro inflamado que sentía latir bajo el camisón, bien de alguna otra parte.

Ya estaba en vías de curación. La sensación de debilidad, sin embargo, se hacía sentir por su cuenta y riesgo en una extraña geometría *propia* que provocaba en ella un leve mareo y náuseas.

El sentimiento de debilidad que podía iniciarse por alguna parte de la manta comenzaba a superponer encima diversas capas vacías que iban creciendo gradualmente, se hacían de pronto inmensas en las horas crepusculares, tomando la forma de la superficie que subyacía en aquella demencia espacial. Otras veces, separándose de un dibujo del empapelado de la pared, hacía desfilar ante ella, franja tras franja, diversas amplitudes que se relevaban unas a otras con suavidad, como si estuvieran engrasadas. Todas esas sensaciones la agotaban por el incremento sucesivo, regular, de sus proporciones. A veces la atormentaban mediante profundidades que descendían sin fin, haciéndole ver desde el principio, desde la primera raya del entarimado, su insondable hondura, lanzando su cama muy, muy suavemente, hacia el fondo con ella dentro. Su cabeza, como un terroncito de azúcar, caía al abismo de la estremecedora vorágine del caos vacío, insípido; se disolvía, se diluía en él.

Se debía todo ello a la elevada sensibilidad de los laberintos del oído.

Tenían la culpa aquellos pasos. Bajaba y subía el limón. Subía y bajaba el sol por el empapelado de los muros. Entró la madre y la felicitó por su

restablecimiento. Zhenia tuvo la impresión de que ella leía los pensamientos de otros. Había oído algo semejante al despertar. La felicitaban sus propios brazos y piernas, codos y rodillas, felicitaciones que ella, desperezándose, admitía. Fueron sus parabienes los que la despertaron. Y también los de la madre. Era una extraña coincidencia.

Los de casa entraban y salían, se sentaban y se levantaban; Zhenia hacía preguntas y recibía respuestas. Algunas cosas habían cambiado durante su enfermedad, otras permanecían invariables. Estas no le importaban, aquéllas no la dejaban en paz. Su madre, al parecer, no había cambiado, el padre no cambió en nada, era el de siempre. Los que cambiaron fueron ella misma y Seriozha, la situación de la luz en el cuarto, el silencio en todos los demás, algunas otras cosas, muchas más. ¿Había nevado? No, de vez en cuando caía algo de nieve, pero se deshelaba, el suelo se helaba un poco, en fin, nada en concreto, no había nieve. Apenas notaba a quién dirigía las preguntas. Las respuestas se daban a porfía.

Los que estaban sanos venían y se iban. Apareció Liza. No querían dejarla pasar, luego recordaron que el sarampión no se repetía y Liza entró a verla. Vino Dikij. Zhenia ni cuenta se daba de quién respondía a sus preguntas.

Cuando se fueron todos a comer y quedó a solas con Uliasha se acordó de lo mucho que se rieron aquella vez en la cocina al oír una estúpida pregunta suya. Ahora ya no se le habría ocurrido hacerla. Para ella fue una pregunta sensata, inteligente, hecha con el tono de una adulta. Preguntó si Axinia estaba embarazada de nuevo. La cucharilla tintineó en las manos de la sirvienta al retirar el vaso.

—Pero, nena —dijo ocultando el rostro—. Déjala que descanse, no es cosa de que esté siempre…

Y salió corriendo, dejando a medio cerrar la puerta; toda la cocina retumbó de pronto como si se hubieran desplomado los estantes con la vajilla y tras las risas se oyó un vocerío, del cual participaban la asistenta y Halim, vocerío que se acrecentaba entre ellos sonoro, presto y retador, como si acabada la riña se enzarzaran en una pelea; después, alguien se acercó y cerró la puerta olvidada.

No tenía que haber preguntado eso. Era todavía más estúpido.

VII

¿Será posible que de nuevo esté deshelando? Eso significa que tampoco hoy sacarán el coche de ruedas y no podrá ser enganchado el trineo. Zhenia se pasaba las horas junto a la ventana; se le quedaba fría la nariz y entumecidas las manos. Acababa de salir Dikij. Hoy se fue descontento de ella. Pero ¡quién puede estudiar cuando cantan los gallos en el patio, zumba el cielo y cuando cesa el rumor vuelven los gallos a entonar su cántico! ¡Las nubes peladas y mugrientas se parecen a una manta sarnosa. El día hinca su hocico en el cristal como un ternero en busca de leche. Es como si fuera primavera. Pero a partir del almuerzo el aire frío, azulado, atenaza como un aro, el cielo se encoge y hunde, se oye la anhelante respiración de las nubes y las horas en su apresurado correr hacia el norte, hacia el crepúsculo invernal, arrancan la última hoja de los árboles, barren los parterres, pinchan a través de las rendijas, cortan la respiración. Tras las casas asoman las bocas de las armas invernales, apuntan a su patio cargadas del poderoso noviembre. Pero es octubre todavía!

Es octubre todavía. No se recuerda un invierno semejante. Dicen que la siembra de otoño está perdida y hay temores de hambre. Como si algún hechicero hubiese alzado su varita mágica, rodeando con ella chimeneas, tejados y las casitas que el hombre hizo para los estorninos. Allá habrá humo, aquí nieve, allí escarcha. Pero no hay todavía ni lo uno ni lo otro. Un crepúsculo desnudo, macilento, los echa de menos.

Tensa los ojos; a la tierra le duelen las luces de las casas, de las farolas encendidas tan temprano como duele la cabeza de fijar la vista durante una larga y angustiosa espera. Todo está en tensión y en acecho; preparada la leña en las cocinas, rebosantes de nieve las nubes y el aire preñado de brumas… ¿Cuándo pronunciará el hechicero, que ha rodeado todo cuanto la vista alcanza con sus mágicos círculos, el conjuro para invocar el invierno cuyo espíritu ya está a la puerta?

¡Cómo es posible tanto descuido! Claro, nadie se fija en el calendario de la sala de estudio; es un calendario infantil de hojas arrancables. Pero… ¡señalaba el 29 de agosto! ¡Qué cosas!, como diría Seriozha. Estaba en rojo. «La decapitación de San Juan el Precursor». Como se desprendía fácilmente del clavo y Zhenia no tenía nada que hacer se dedicó a arrancar sus hojas. Las arrancaba sin dejar de aburrirse y muy pronto dejó de comprender lo que hacía; de vez en cuando se decía a sí misma: «treinta, mañana treinta y uno».

—Lleva tres días sin salir de casa.

Estas palabras dichas en el pasillo la hicieron salir de su ensimismamiento y vio cuán lejos había ido en su ocupación. Ya llegaba a últimos de

noviembre. La madre rozó su mano.

—Dime, hija, si…

Lo que siguió era increíble. Interrumpiendo a su madre, como en sueños, le pidió Zhenia que dijese «Decapitación de San Juan el Precursor». Perpleja, la madre cumplió su ruego: no dijo «Percursor» como decía Axinia.

Al momento siguiente la propia Zhenia quedó asombrada. ¿Qué le había pasado? ¿Qué la impulsó? ¿De dónde había salido? ¿Fue ella, Zhenia, quien hizo la pregunta? ¿Podía pensar, acaso, que mamá…? ¡Qué raro e inverosímil! ¿Quién habrá inventado?…

La madre seguía de pie ante ella. No podía creer en sus oídos y la miraba con los ojos muy abiertos. La salida de Zhenia la había dejado perpleja. Parecía una pregunta burlona; su hija, sin embargo, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Sus confusos presentimientos se cumplieron. Durante el paseo percibió con toda claridad cómo se dulcificaba el aire, se ablandaban las nubes y se hacía más suave el golpear de los cascos del caballo. No habían encendido todavía las luces cuando empezaron a girar, a vagabundear por el aire, secos copos grisáceos. Tan pronto como salieron del puente desaparecieron esos copos aislados y cayó un chaparrón continuo de espesa nieve. Davletash bajó del pescante y subió la capota de cuero. Zhenia y Seriozha quedaron en la oscuridad y con poco espacio. Zhenia sintió deseos de enfurecerse a la manera de la furiosa intemperie que les rodeaba. Comprendieron que regresaban a la casa porque oyeron de nuevo los cascos del caballo golpeando el puente. Las calles estaban irreconocibles. La noche llegó de pronto y la ciudad, como enloquecida, movió infinidad de gruesos labios empalidecidos. Seriozha se asomó al exterior y con la rodilla apoyada en el fondo le ordenó que les llevara al barrio de los artesanos. Zhenia quedó muda de admiración: había conocido todos los secretos y encantos del invierno en el modo como sonaron en el aire las palabras dichas por su hermano. Davletash gritó en respuesta que era preciso regresar a la casa para no cansar al caballo, que los señores iban al teatro y tendría que enganchar el trineo. Zhenia se acordó de que los padres se iban y ellos se quedarían solos.

Decidió instalarse lo más cómodamente posible ante la lámpara y leer hasta bien entrada la noche aquel tomo de «Cuentos del Gato Ronroneador» que no era para niños. Debía buscarlo en la alcoba de mamá. Y también chocolate. Leería, chupando el chocolate, y oiría cómo la nevasca cubría de nieve las calles.

También ahora caía la nieve a raudales cubriendo las calles. Trepidaba el cielo y desde él, misteriosos y terribles, se desprendían incontables países y comarcas. Era evidente que aquellos países caídos no se sabe de dónde, jamás habían oído hablar de la vida, ni de la tierra, y ciegos, casi nocturnos, la cubrían sin verla, sin conocerla.

Aquellos reinos eran deliciosamente espantosos, satánicamente encantadores. Zhenia los contemplaba con arrobamiento. El aire se tambaleaba, aferrándose a todo cuanto podía, y lejos, muy lejos, ululaban los campos como azotados brutal y dolorosamente, muy dolorosamente, con un látigo. Todo estaba revuelto. La noche habíase precipitado sobre ellos, furiosa por las enmarañadas canas que la marcaban desde abajo, cegándola. No se distinguía el camino y cada uno iba como podía, los gritos y las vociferaciones no se encontraban y perecían en diversos tejados arrastrados por la ventisca. Nevaba copiosamente.

Largo rato estuvieron pateando en el pasillo sacudiendo la nieve de sus blancas e infladas pellizas. ¡Era mucha el agua que se desprendió de sus chanclos sobre el linóleum a cuadros! Tirados sobre la mesa vieron cáscaras de huevos y el tarrito de la pimienta, sacado de su soporte, no había vuelto a su lugar de antes; había mucha pimienta tirada sobre el mantel, rastros de yema derramada y una lata de sardinas a medio comer. Los padres ya habían cenado, pero seguían en el comedor, metiendo prisa a los hijos que se demoraban. No les habían reñido. La cena se adelantó porque pensaban ir al teatro.

La madre vacilaba indecisa entre si ir o no y se la veía triste, muy triste. Al mirarla, Zhenia recordó que, en realidad, tampoco ella estaba alegre —por fin había conseguido desabrochar el maldito corchete—, sino más bien triste, y al entrar en el comedor preguntó dónde estaba la tarta de nueces. El padre, lanzando una ojeada a la madre, dijo que nadie les obligaba a salir y que en este caso era mejor quedarse en casa.

—No, por qué —respondió la madre—, hay que distraerse, el doctor lo ha permitido.

—Pues hay que decidirse.

—Pero ¿dónde está la tarta? —volvió a intervenir Zhenia y oyó en respuesta que la tarta no se había escapado, que antes de la tarta había que cenar, no era cosa de empezar por ella, que estaba en la alacena; diríase que acababa de llegar y no conocía las costumbres de la casa.

Así dijo el padre y volviéndose a su mujer, repitió.

—Hay que decidir.

—Ya está decidido, nos vamos —dijo la madre, sonrió tristemente a Zhenia y fue a vestirse.

Seriozha, que golpeaba con la cucharilla el huevo procurando no errar el golpe, previno al padre con el tono eficiente de un hombre ocupado que el tiempo había cambiado, que tuviese en cuenta la nevasca, y se echó a reír: la nariz, al deshelarse, le ponía en una situación molesta. Empezó a revolverse en la silla a fin de sacar un pañuelo de su estrecho pantalón de uniforme y se sonó como le enseñaba el padre, «sin daño para los tímpanos»; tomó de nuevo la cucharilla y miró directamente al padre, todo sonrosado y limpio después del paseo.

—Sabes, cuando salimos —dijo—, vimos al amigo de Negarat.

—¿A Evans? —preguntó el padre distraído.

—No conocemos a ese hombre —intervino Zhenia con vehemencia.

—¡Víctor! —se oyó una voz desde la alcoba.

El padre se levantó para acudir a la llamada. En la puerta, Zhenia tropezó con Uliasha que le llevaba una lámpara encendida. Poco después oyó cómo se cerraba la puerta vecina. Seriozha se había retirado a su cuarto. Hoy había estado maravilloso: a su hermana le gustaba cuando el amigo de los Ajmedianov volvía a ser un chiquillo y podía decirle que llevaba un trajecito de alumno de liceo.

Batir de puertas. Pasos de pies calzados con botas. Por fin ellos se habían ido.

En la carta decía que «ella nunca fue miserable y que le pidieran lo que necesitaran» y cuando la hermana que tanto les quería, colmada de abrazos y frases de cariño, comenzó a repartirlos nominalmente entre todos sus deudos, Uliasha[11], que resultó ser Uliana, dio las gracias a la señorita, disminuyó la mecha de la lámpara y se fue llevándose la carta, el frasquito con la tinta y un resto grasiento de papel.

Zhenia entonces volvió a su tarea. No encerró los períodos entre paréntesis. Continuó la división anotando los períodos unos tras otros. No se les veía fin. La fracción en el cociente era cada vez mayor. «¿No será el sarampión que vuelve?» —esa idea acudió de pronto a su mente—. «Hoy Dikij habló algo sobre el infinito». Había dejado de comprender lo que hacía. Durante todo aquel día tuvo la sensación de que algo le ocurría, también sentía deseos de dormir o de llorar, pero no podía comprender de qué se trataba, pues no estaba en condiciones de razonar. El ruido tras la ventana iba cesando. La ventisca se calmaba poco a poco. Las fracciones decimales eran una novedad para ella. Como le faltó margen en la parte derecha, decidió

empezar de nuevo, hacer los números más pequeños y comprobar cada operación. El silencio era absoluto. Tenía miedo de olvidar la cifra anterior y no recordar el producto. «La ventana no se irá a ninguna parte —pensó sin dejar de verter treses y sietes en el cociente sin fondo—, les oiré llegar con tiempo suficiente, el silencio es absoluto; tardarán en subir, llevan abrigos de piel y mamá está encinta. Vaya, resulta que el 3773 se repite; lo puedo copiar simplemente o reducirlo».

Recordó, de pronto, que Dikij le había dicho hoy que «no era preciso hacerlo, bastaba simplemente con suprimirlos o ignorarlos». Zhenia se levantó para acercarse a la ventana.

El patio se había aclarado. Los raros copos que salían flotando desde la oscura noche, navegaban hacia la farola de la calle, la circundaban y, serpenteando, se perdían de vista. En su lugar emergían otros. Relucía la calle cubierta con el níveo tapiz de los trineos; era blanco, luminoso y apetecible como los dulces de los cuentos. Zhenia se entretuvo en la ventana, admirando los círculos y los trenzados que formaban junto a la farola los plateados copos de los cuentos de Andersen. Después de un largo rato de contemplación se dirigió al dormitorio de la madre en busca del libro. Entró sin lámpara. Se veía bien. El tejado del hangar revestía la habitación de un resplandor movedizo. Las camas se congelaban y relucían bajo el hálito de aquel enorme tejado. Tiradas en desorden vio sedas color humo, diminutas blusitas que exhalaban el olor sofocante y opresivo de las axilas y el calicó. Olía a violetas y el color negro-azulado del armario recordaba la noche en el patio, como la seca y tibia penumbra donde se movía aquel helado resplandor. La bola metálica de la cama relucía como único abalorio. Apagaba la otra una camisa echada encima. Zhenia entornó los ojos y el abalorio se desprendió del suelo y navegó hacia el armario. Se acordó de que había venido en busca del libro y con él en la mano se aproximó a una de las ventanas del dormitorio. La noche era estrellada. Había llegado el invierno a Ekaterinburg. Lanzó una ojeada al patio y se puso a pensar en Pushkin. Decidió pedir al profesor que le encomendase una redacción sobre Oneguin.

Senozha tenía ganas de charlar.

—¿Te has perfumado? —preguntó—. Déjame también a mí.

Había estado encantador todo el día. Y muy sonrosado, Zhenia pensó que no volvería a haber otra velada semejante. Quería estar sola.

Regresó a su cuarto y se puso a leer. Leyó un relato y empezó otro con la respiración anhelante. Estaba tan entusiasmada que no se dio cuenta de que su hermano se disponía a dormir en la habitación vecina. Una mímica extraña

habíase apoderado de su rostro. No era consciente de ella. A veces se le distendía a la manera de un pez colgante el labio y sus mortecinas pupilas, que llenas de espanto estaban clavadas en la página, se negaban a levantar la vista por miedo de encontrar lo mismo detrás de la cómoda. Otras veces movía la cabeza asintiendo con simpatía a lo que leía, como aprobándolo, igual que se aprueba una acción o se alegra uno del giro que toman los asuntos. Se demoraba en la descripción de los lagos y se lanzaba de cabeza en la espesura de las escenas nocturnas con un trozo de fuego de bengala a medio extinguir, del que dependía su iluminación. En un pasaje donde el viajero perdido gritaba a intervalos, aguzando el oído en espera de una respuesta, tuvo que toser por la muda tensión de su laringe. El nombre extranjero de «Mirra» la hizo salir de su pasmo. Dejó el libro de lado y quedó pensativa. «¡Vaya con el invierno que hace en Asia! ¿Qué harán ahora los chinos en una noche tan oscura?» La mirada de Zhenia incidió en el reloj. «¡Qué angustioso debe ser estar con los chinos en medio de semejante oscuridad!» Volvió a mirar el reloj y se horrorizó. De un momento a otro podían regresar los padres, ya eran las once pasadas. Desató los cordones de las botas, pero se acordó de que debía poner antes el libro en su sitio.

Zhenia se incorporó de un salto y se sentó con los ojos desencajados. No podía ser un ladrón. Eran muchos, pisaban y hablaban con fuerza como si fuera de día. De pronto alguien, como si le degollasen, gritó desaforadamente y arrastraron algo derribando sillas. Gritaba una mujer. Poco a poco Zhenia reconoció a todos menos a la mujer. Empezó un ir y venir desenfrenado, increíble. Golpeaban las puertas. Cuando se cerraba de golpe alguna lejana parecía como si cerrasen la boca de la mujer. Pero volvía a abrirse y un chillido quemante, hiriente, sacudía la casa. Zhenia sintió que se le erizaba el cabello: la mujer era su madre: lo había *adivinado*. Uliasha lanzaba continuas lamentaciones y tan sólo una vez oyó la voz de su padre. Empujaban a Seriozha a alguna parte y él vociferaba: «¡No os atreváis a encerrarme con llave! Todos somos de casa». Tal como estaba, descalza, en camisón, corrió hacia el pasillo. A punto estuvo de ser derribada por el padre. Con el abrigo todavía puesto y sin dejar de correr, gritaba algo a Uliasha.

—¡Papá!

Le vio dar la vuelta y volver desde el cuarto de baño con una jofaina de mármol en la mano.

—¡Papá!

—¿Dónde está Lipa? —gritó con una voz que no era la suya sin dejar de correr.

Derramando el agua desapareció detrás de la puerta y cuando al cabo de un instante reapareció en mangas de camisa, Zhenia se encontró en los brazos de Uliasha y no oyó sus propias palabras dichas en un susurro desgarrado, profundo.

—¿Qué le pasa a mamá?

En lugar de responder, Uliasha no hacía más que repetir:

—No se puede, nena, no se puede, duérmete, preciosa, tápate, túmbate de costado. ¡Ah, ah. Dios mío!… No se puede, preciosa mía, no se puede —seguía diciendo, tapándola como si fuese pequeña antes de irse.

«No se puede, no se puede», pero no explicaba qué: tenía mojado el rostro y despeinado el cabello. En la tercera puerta sonó el cerrojo.

Zhenia encendió un fósforo para ver si faltaba poco para que amaneciese. Eran tan sólo las doce pasadas. Quedó muy sorprendida. «¿Será posible que no haya dormido ni una hora?» En las habitaciones de los padres el ruido no había cesado. Los alaridos estallaban, se rompían, fulminaban. Después, durante un breve instante se instauraba un silencio amplio que se hacía eterno. En él se hundían pasos precipitados, rumor de voces cautelosas, frecuentes. Sonó de pronto el timbre, luego otro. Hubo a continuación tantas palabras, discusiones y órdenes que Zhenia tuvo la impresión de que las habitaciones se perdían en las voces como las mesas debajo de millares de candelabros extinguidos.

Se quedó dormida. Dormida en medio de sus lágrimas. Soñó que había invitados en la casa, ella los contaba y se equivocaba constantemente. Cada vez le salía uno de más y cada vez, al darse cuenta de su error, se apoderaba de ella el mismo espanto que cuando comprendió que los gritos no eran de alguien, sino de su madre.

¡Cómo no regocijarse ante una mañana tan clara y luminosa! Seriozha sólo soñaba con los juegos en el patio, las bolas de nieve, las batallas con los chicos vecinos. El desayuno se les sirvió en la sala de estudio. Les dijeron que en el comedor estaban los enceradores. Entró el padre y se hizo del todo evidente que nada sabía de los enceradores. En efecto, no sabía nada de ellos. Les dijo la verdadera causa del cambio. La madre estaba enferma y necesitaba reposo.

Sobre la blanca cubierta de la nieve volaron unos cuervos; sus graznidos se esparcían libremente en el aire. Vieron pasar un trineo que empujaba el caballito que, no acostumbrado aún al nuevo atalaje, perdía el paso.

—Tú irás a casa de los Defendov, ya lo tengo todo dispuesto y tú…

—¿Por qué? —le interrumpió Zhenia.

Pero Seriozha adivinó el porqué y, adelantándose al padre, dijo:

—Para evitar el contagio —explicó a su hermana.

La visión de la calle no le dejó terminar. Corrió hacia la ventana como si le hubieran llamado. El tártaro que había salido al patio estrenaba ropa nueva, era apuesto y se pavoneaba como un faisán: lucía un gorro de piel de cordero sin forrar que brillaba más que si fuera de tafilete. Caminaba contoneándose, se balanceaba, debido probablemente a que los dibujos color frambuesa de sus blancas botas de piel de reno nada sabían de la estructura de la planta humana y a juzgar por la amplitud de su trazado poco les importaba si eran pies, tazas o marquesinas de porches. Pero lo más notable de todo —en aquel instante los gemidos procedentes de la alcoba de los padres se intensificaron y el padre salió al pasillo prohibiéndoles que le siguieran—, lo más notable de todo eran las huellas que en estrecha y nítida sarta dejaba en la alisada superficie nevada. A causa de ellas, tan limpias y esculpidas, la nieve parecía más blanca y sedosa.

—Aquí tienes una carta para los Defendov. Se la darás al padre en mano, ¿comprendes? Bueno, vestíos. Ahora os traerán la ropa. Saldréis por la puerta de servicio; a ti te esperan los Ajmedianov.

—¿Dices que me esperan? —remedó burlonamente Seriozha.

—Sí, os vestiréis en la cocina.

Hablaba con tono distraído; sin apresurarse les acompañó a la cocina donde sobre un taburete formaban un montículo sus pellizas, gorros y manoplas. Un aire invernal soplaba desde la escalera. «¡Ey!» resonaba en el aire gélido el grito que acompañaba el correr de los trineos. Zhenia y Seriozha se apresuraban sin acertar a meter los brazos en las mangas. Las ropas olían a baúl y a pieles somnolientas.

—¿Por qué tardas tanto?

—No lo pongas en el borde. Se caerán. ¿Qué tal?

—Sigue quejándose —la doncella se recogió el delantal, e inclinándose, añadió unos leños a las llamas del fogón que crepitaron alegremente al propagarse—. Esto no es de mi incumbencia —agregó indignada y se retiró al interior de la casa.

En un cubo negro, deteriorado, había cristales rotos y recetas de color amarillo. Flameaban toallas impregnadas de cuajarones de sangre agrietada. Sería bueno patearlas como una fogata a medio extinguir. Sólo agua hervía en los pucheros. En torno había vasijas blancas y cacharros de formas nunca vistas, igual que en las farmacias.

En el zaguán el pequeño Galim partía hielo.

—¿Queda mucho después del verano?

—Pronto habrá una nueva remesa.

—Déjame a mí. Tú lo desmenuzas mucho.

—No desmenuzo nada. Hay que hacerlo así para las botellas.

—Y bien, ¿ya estás?

Zhenia había vuelto a la habitación. En espera de su hermana, Seriozha salió a la escalera y se puso a tamborilear con un trozo de leña la barandilla de hierro.

VIII

Los Defendov se disponían a cenar. La abuela, persignándose, se dejó caer en el sillón. Se desprendía de la lámpara una luz opaca y humeante: tan pronto subían como bajaban la mecha. La mano seca de Defendov padre se tendía con frecuencia hacia el tornillo y cuando la separaba lentamente de la lámpara y la bajaba también despacio le temblaba un poco, pero no al modo senil, sino como cuando se alza una copa llena a rebosar. Le temblaban las puntas de los dedos, próximas a las uñas.

Hablaba con voz clara, uniforme, como si su lenguaje no estuviera formado por sonidos, sino compuesto por letras; las articulaba todas, incluso aquellas que no se pronunciaban. Ardía el inflado gollete de la lámpara, rodeado de tijeretas de geranios y heliotropos. Hacia el calor del cristal acudían las cucarachas y las agujas del reloj avanzaban cautelosamente. El tiempo se deslizaba al modo invernal y era aquí como un absceso a punto de reventar. El patio hediondo se congelaba. Tras la ventana pasaba la gente, iba y venía, doblándose y triplicándose en las luces.

La madre de Liza puso hígado en la mesa. Humeaba la fuente aderezada de cebolla. Defendov decía algo, repitiendo con frecuencia la palabra «recomiendo»; Liza no cesaba de parlotear, pero Zhenia no les oía. Ya desde el día anterior sentía deseos de llorar. Ahora eran ansias incontenibles de hacerlo. Llevaba, además, la blusita confeccionada bajo la dirección de su madre.

Defendov comprendía su estado de ánimo. Procuraba distraerla y tan pronto le hablaba como si fuera una niña, como caía en el extremo opuesto. Sus preguntas festivas asustaban y azoraban a Zhenia. Defendov procuraba tantear a oscuras el alma de la amiga de su hija como interrogando a su corazón la edad que tenía. Su propósito era el de captar, sin error, alguno de

sus rasgos y basándose en él ayudarle a olvidar su casa, pero sus intentos no hacían más que recordarle que estaba en casa ajena. De pronto, incapaz de contenerse, se levantó y confusa como una niña balbuceó.

—Gracias. De verdad que no tengo hambre. ¿Puedo mirar las ilustraciones —enrojeció intensamente al ver la perplejidad general y añadió señalando con la cabeza la habitación vecina— de Walter Scott? ¿Puedo?

—Ve, ve querida —masculló la abuela clavando a Liza en su sitio con un movimiento de sus cejas—. ¡Me da pena esta niña! —añadió cuando las dos mitades de la cortina color burdeos se cerraron tras Zhenia.

La austera compilación de la revista «Sever» ladeaba el estante, y en la parte inferior brillaban opacas las obras completas de Karamzin. Descendía del techo un farol rosado, dejando en la sombra un par de sillones deteriorados y la pequeña alfombra, que se perdía en total oscuridad, era una sorpresa para los pies. Zhenia tenía la impresión de que rompería a llorar tan pronto como entrase. Las lágrimas asomaban a sus ojos, pero su pena no acababa de estallar. ¿Cómo librarse de aquella angustia que como una viga la oprimía desde el día anterior? Las lágrimas no podían con ella, no tenían fuerzas para levantarla. Para ayudarlas se puso a pensar en su madre.

Por primera vez en su vida, cuando se disponía a dormir en una casa ajena, midió la profundidad de su cariño por aquel ser querido, el más preciado del mundo.

De pronto, al otro lado de la cortina, oyó las carcajadas de Liza.

—¡Uh, picaruela, no hay quien pueda contigo!

Zhenia quedó sorprendida: ¿Cómo podía creer que sentía cariño por una niña cuya risa sonaba tan próxima y era tan lejana a ella, tan innecesaria y extraña? Algo se revolvió dentro de ella, dejando en libertad las lágrimas justamente cuando el recuerdo de la madre afloró a su mente: de la madre sufriente, en la rueda de los hechos del día anterior, como en medio de la muchedumbre que va a despedir a los viajeros y queda arremolinada detrás del tren del tiempo que se lleva a Zhenia.

Pero era totalmente, totalmente insoportable la mirada escrutadora que el día anterior había fijado en ella la señora Liubers en la sala de estudio. Se había clavado en su memoria y no se iba de ella. Con esa mirada se unía todo cuanto Zhenia experimentaba ahora. Como si fuera un objeto que era preciso tomar con amor y cuidado y que habían olvidado, despreciado.

Era un sentimiento capaz de volverla loca, hasta tal punto sentía su ebria y demente amargura, su desesperanza. De pie junto a la ventana, Zhenia lloraba silenciosamente; las lágrimas corrían por sus mejillas, pero ella no las secaba.

Tenía las manos ocupadas, aunque no sostenía nada en ellas. Sus brazos extendidos denotaban energía, decisión, terquedad.

Un pensamiento súbito acudió a su mente. Sintió de pronto que se parecía terriblemente a su madre. Ese sentimiento se unió a la viva sensación de su certeza, al imperioso deseo de que la suposición hecha fuera una realidad y, en el caso de ser cierta, parecerse a ella por la única fuerza de aquel dulce y conmovedor estado. Era un sentimiento lacerante, agudo, capaz de provocar gemidos. Era la sensación de una mujer que veía desde dentro o interiormente su apariencia exterior y su encanto. Zhenia no podía darse cuenta de ello. Lo experimentaba por primera vez. Había algo, sin embargo, en lo que no se equivocaba: así vio a su madre una vez, junto a la ventana, de espaldas a la institutriz y a su hija, emocionada, mordiéndose los labios y golpeando con los impertinentes la palma de la mano enfundada en un guante de piel.

Salió al comedor de los Defendov borracha de lágrimas y apaciguada: entró con un andar distinto, que no era el suyo, amplio, elegantemente desenvuelto. Cuando Defendov la vio entrar comprendió que la opinión que se había formado de la niña en su ausencia no le servía de nada. Se habría dedicado a formar una nueva, si no fuera por el samovar.

La madre de Liza salió a la cocina en busca de una bandeja y dejó el samovar en el suelo: todas las miradas convergieron en el incandescente cobre como si fuera algo vivo, como una terquedad lamentable, que acabaría tan pronto como fuera trasladado a la mesa.

Zhenia ocupó su puesto: había decidido hablar con todos. Percibía confusamente que era a ella a quien correspondía elegir el tema de la conversación. En caso contrario le harían sentir su anterior soledad, sin darse cuenta de que su madre estaba allí, con ella y en ella misma. Semejante miopía le haría daño a ella misma y, sobre todo, a mamá. Y como animada por ella, se dirigió a la madre de Liza, que con esfuerzo había puesto el samovar sobre la mesa, en un borde de la bandeja: «Vassa Vasilievna…»

—¿Tú puedes dar a luz?

Liza tardó en responder.

—Tss, baja la voz, no grites. Pues sí, claro, como todas las niñas —respondió en un susurro entrecortado.

Zhenia no veía el rostro de su amiga. Liza tanteaba la mesa en busca de una caja de fósforos sin encontrarla.

Sabía respecto a la cuestión mucho más que Zhenia: lo sabía todo, como suelen saberlo los niños por habérselo oído a otros. En casos así las naturalezas amadas por el creador se rebelan, se indignan y asilvestran. Es

una prueba que produce un estado patológico. Lo contrario sería antinatural y la locura infantil en esa edad es el testimonio de una profunda normalidad.

Un día le contaron a Liza, susurrando en un rincón, toda suerte de porquerías y abominaciones. Lo oído no se atragantó en su garganta, lo almacenó en su mente y se lo llevó todo a la casa. Por el camino no olvidó nada de lo contado y conservó toda aquella basura. Lo supo todo. Su organismo no se conmovió, no latió alarmado su corazón y su alma no fustigó a la mente por haberse atrevido a conocer algo al margen de su alma, de ella misma, no por su propia boca.

—Lo sé («no sabes nada», pensó Liza), lo sé —repitió Zhenia—, no te pregunto eso. Quiero saber si te das cuenta de que basta con dar un paso para que des a luz y…

—Pero ¡entra! —exclamó Liza con voz ronca esforzándose por no reír—. Vaya un sitio que has encontrado para gritar. ¿No ves que te oyen si hablas desde la puerta?

La conversación tenía lugar en la habitación de Liza, quien hablaba en voz tan baja que se oía gotear el lavabo. Ya había encontrado los fósforos, pero se demoraba en encender la lámpara incapaz de recobrar la seriedad de sus mejillas distendidas por la risa. No quería ofender a su amiga. Respetaba su ignorancia porque no se imaginaba que pudiera hablarse de eso sin usar los términos en que se lo habían contado a ella, términos que aquí, en la casa, ante una amiga que no iba al liceo, eran irrepetibles.

Encendió la lámpara. El cubo, por suerte, estaba a rebosar y Liza se precipitó a limpiar el suelo disimulando un nuevo acceso de risa en el delantal, en el restallido de la bayeta; por fin rompió a reír abiertamente, pues ya había encontrado el motivo: se le había caído una peineta en el cubo.

Durante todos aquellos días Zhenia no hacía más que pensar en los suyos y esperar la hora de que vinieran a buscarla. Cuando Liza se iba al liceo y en la casa quedaba tan sólo la abuela, también ella se vestía y salía sola a la calle.

La vida en aquel suburbio se parecía muy poco a la de los lugares donde vivían los Liubers. En su mayor parte el día era aburrido y la calle desierta. No había dónde fijar la vista. Todo cuanto se veía no servía para nada salvo, tal vez, para unas varas o escobas. Había carbón tirado por todas partes. El agua negra del fregado se vertía directamente a la calle y se blanqueaba de inmediato, congelándose. A horas determinadas la calle se llenaba de gente sencilla. Los obreros de las fábricas se dispersaban por la nieve como cucarachas. Las puertas de los figones se abrían y cerraban a cada paso y brotaban desde allí bocanadas de vapor jabonoso como si fueran lavanderías.

Parecía que templaban la calle, como si ya estuviera próxima la primavera, cuando la cruzaban velozmente mozos encogidos de hombros, camisas desteñidas y pies calzados con botas de fieltro enfundados en unos pantalones livianos. Las palomas no temían a la muchedumbre. Cruzaban la calle donde encontraban también alimento. ¡No les faltaba mijo, cebada y excrementos en la nieve! El tenderete de la pastelera relucía de grasa, desprendía calor. Ese lustre y tibieza caían en bocas aclaradas con aguardiente. El tocino calentaba la laringe y luego, por el camino, brotaba de los pechos una rápida respiración. Tal vez eso fuera lo que calentaba las calles.

Con la misma rapidez, la calle quedaba desierta. Caía el crepúsculo. Pasaban vacíos los trineos de carga. Corrían los trineos largos con hombres barbudos enfundados en pieles que, bromeando, se echaban sobre la espalda cruzándolas sobre el pecho como si fueran abrazados por un oso. En el camino sólo quedaban de ellos exiguos manojos de heno y el lento y dulce son de la campanilla al alejarse. Los mercaderes desaparecían en el recodo, oculto por los abedules que vistos desde allí parecían vallas desguazadas.

Los cuervos que tan libremente graznaban sobre la casa de Zhenia se reunían allí. Aquí no graznaban. Enhiestas las colas gritaban y dando saltitos se sentaban en las vallas; de pronto, como obedeciendo una señal, se precipitaban como una nube sobre los árboles y empujándose unos a otros se situaban en las ramas desnudas.

¡Cómo sentía entonces Zhenia lo tardío de las horas! Tardías en el mundo entero. Ningún reloj sería capaz de marcarlas.

Pasó así una semana y a finales de la otra, un jueves, al amanecer, volvió a verlo. La cama de Liza estaba vacía. Al despertarse, oyó Zhenia cómo tras su amiga se cerraba la cancela. Se levantó y sin encender la lámpara se acercó a la ventana. Era de noche todavía. Pero en el cielo, en las ramas de los árboles y en los movimientos de los perros se percibía la misma pesantez del día anterior. Aquel tiempo borrascoso duraba ya tres días y no había fuerzas para librar de él a la calle lacia, como si hubiese que levantar una plancha de hierro de una tabla torcida.

En una ventana, al otro lado de la calle, ardía una lámpara. Dos franjas luminosas se habían posado debajo de un caballo e iluminaban sus peludas cuartillas. Se movían unas sombras por la nieve, se movían las mangas de un espectro que se ceñía una pelliza, se movía la luz en la ventana detrás de la cortina. El caballejo dormitaba inmóvil.

Fue entonces cuando Zhenia le vio. Le reconoció de inmediato por su silueta. El cojo alzó la lámpara y empezó a alejarse con ella. Las dos franjas

luminosas se movieron tras él y el trineo se iluminó de pronto y desapareció aún más rápidamente en la penumbra, acercándose al porche y contorneando la casa.

Era extraño que también aquí, en el suburbio, volviera a verle. Pero eso no sorprendió a Zhenia. El desconocido no ocupaba demasiado su imaginación. Poco después, la lámpara apareció de nuevo detrás de aquella misma cortina, en el alféizar de donde la habían levantado.

Eso ocurrió el jueves y el viernes, por fin, mandaron a buscarla.

IX

Cuando se reanudaron las clases al décimo día de su regreso a la casa, después de casi tres semanas de interrupción, Zhenia lo supo todo por boca de su profesor. Después del almuerzo, el doctor recogió sus enseres y se fue; Zhenia le pidió que saludara en su nombre la casa donde la había tratado la primavera pasada, todas las calles y al río Kama. El doctor expresó su esperanza de que no volvieran a reclamar sus servicios desde Perm y ella acompañó hasta la puerta al hombre que tanto le había conmocionado la mañana en que regresó a su casa. Su madre dormía y no le permitieron pasar a verla. Cuando ella preguntó al doctor por la enfermedad de su madre, él se refirió a la noche en que sus padres habían ido al teatro; le contó que al término del espectáculo, cuando salieron, su caballo…

—¿«Vykormish»?

—Sí, en el caso de que así se llame… Pues bien, «Vykormish» se encabritó de pronto y arrolló a un transeúnte casual y…

—¿Le mató?

—Sí, desgraciadamente.

—¿Y mamá?

—Pues mamá sufrió un choque nervioso —el doctor sonrió al adaptar de ese modo para la niña la fórmula latina de «partus praematurus».

—¿Fue entonces cuando murió el hermanito?

—Sí. ¿Quién se lo dijo?

—¿Cuándo? ¿Murió delante de ellos? ¿O ya estaba muerto? No me lo diga, ¡oh, qué horror! Ahora comprendo. Ya estaba muerto, si no le habría oído. Estuve leyendo hasta muy tarde. Le habría oído. Pero, entonces, ¿cuándo estuvo vivo? ¿Es posible, doctor, que ocurran estas cosas? Incluso entré en el dormitorio. Estaba ya muerto. ¡Es indudable!

¡Qué suerte haberlo visto en casa de los Defendov ayer, al amanecer! La desgracia del teatro hacía ya tres semanas que había ocurrido. ¡Qué felicidad haberlo reconocido!

Zhenia pensó confusamente que de no haberle visto durante aquel tiempo habría creído, sin dudarlo siquiera después de las palabras del doctor, que el hombre aplastado junto al teatro era el cojo.

El doctor, después de haber pasado tantos días en la casa, considerado ya casi de la familia, se había marchado. Y al anochecer vino el profesor.

Había colada en la casa y en la cocina calandrar la ropa. La escarcha se había desprendido de los marcos y el jardín casi rozaba las ventanas, se enredaba en las cortinas de encaje y llegaba a la mesa. El breve golpear del rodillo irrumpía en la conversación. Dikij, como todos, la encontró distinta. Zhenia, a su vez, notó un cambio en él.

—¿Por qué está usted tan triste?

—¿Lo crees así? Puede ser. He perdido a un amigo.

—¿También usted tiene penas? ¡Cuántas muertes y todas al mismo tiempo! —suspiró Zhenia.

Pero tan pronto Dikij se dispuso a contarle lo que le pasaba, ocurrió algo inexplicable. Zhenia cambió súbitamente de idea respecto al número de muertos y olvidándose, al parecer, del testimonio de la lámpara vista aquella mañana, dijo conmovida.

—Espere. Una vez le vi en la tienda de tabacos, el día que se iba Negarat. Le vi entonces en compañía de alguien. ¿Era…? —tenía miedo de pronunciar el nombre de «Zvetkov».

Dikij quedó sorprendido por la manera en que lo dijo; hizo un esfuerzo de memoria y recordó que había ido a comprar papel y a preguntar por las obras completas de Turguéniev para la señora Liubers y que, en efecto, iba con el difunto. Zhenia se estremeció, sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo, lo principal no estaba dicho aún.

Después de haberle contado entre pausas, en medio de las cuales se oía el estruendo del rodillo golpeando la ropa, lo excepcional que era aquel joven y a qué buena familia pertenecía, Dikij encendió un cigarrillo. Horrorizada, Zhenia comprendió que sólo aquella fumada separaba al profesor de la repetición del relato hecho por el doctor y cuando Dikij intentó proseguir y pronunció algunas palabras entre las cuales figuraba la de «teatro», Zhenia lanzó un grito que no parecía salir de su garganta y salió corriendo de la habitación.

Dikij aguzó el oído. A excepción del rodillo no se oía ni el más mínimo sonido en toda la casa. Se puso de pie; con el cuello extendido y levantada una pierna como dispuesto a correr en su auxilio parecía una cigüeña. Se precipitó en busca de Zhenia pensando que en la casa no había nadie y ella, tal vez, se hubiera desmayado. Mientras tropezaba en la oscuridad con enigmas de madera, lana y metal, Zhenia lloraba metida en un rincón. Dikij seguía buscándola, tanteando en la oscura habitación: se la imaginaba muerta, tirada sobre la alfombra. Se estremeció al oír detrás de su espalda una voz sonora entre sollozos.

—Estoy aquí, cuidado con el armario. Espéreme en la sala de estudio. Iré enseguida.

Las cortinas descendían hasta el suelo y, tras la ventana, pendía sobre la tierra la estrellada noche invernal. Los árboles seculares hundidos entre blancos montículos hasta la cintura arrastraban las centelleantes cadenas de sus ramas por la profunda nieve hacia la lucecita de la ventana. En alguna parte de la casa iba y venía por las tensadas sábanas el rodillo con su duro golpear. «¿Cómo se explica tan extremada sensibilidad?» —pensaba Dikij—. Es de suponer que sentía algo especial por el finado. Está muy cambiada. Las fracciones periódicas las explicaba a una niña, pero la que me ha mandado ahora a la sala de estudio… ¡Y todo eso en un mes tan sólo! Es indudable que el difunto produjo en esta pequeña mujer una impresión profunda, imborrable. Las impresiones de ese tipo tienen su nombre.

¡Qué extraño! Él, que le daba clases en días alternos, no había observado nada… Es una chica realmente magnífica y me da muchísima, muchísima pena. ¡Cuándo dejará de llorar y vendrá por fin! Los demás habrán ido de visita seguramente. Siento verdadera lástima por ella. «¡Qué noche tan maravillosa!»

Dikij se equivocaba. La impresión que él suponía nada tenía que ver con Zhenia. Pero no se equivocaba al suponer que la impresión que se ocultaba tras todo ello era imborrable. Zhenia no tenía conciencia de ello porque su importancia era vital, significativa: por primera vez había entrado en su vida otra persona, un tercero que le era del todo indiferente, sin nombre o con uno casual que no suscitaba odio ni inspiraba amor, pero a ello se referían los mandamientos cuando decían dirigiéndose a los hombres y a las conciencias: no mates, no robes y todo lo demás. «Tú que estás vivo y tienes identidad —le dicen— no le hagas al que no conoces y es otro aquello que tú, vivo y particular no deseas para ti». El error más grosero de Dikij era pensar que tales impresiones tienen un nombre. No lo tienen.

Zhenia lloraba porque se creía culpable de todo. Fue ella la que lo introdujo en la vida de su familia el día que advirtió su presencia en el jardín vecino. Lo advirtió sin necesidad, sin provecho, sin sentido, encontrándole después a cada paso, constantemente, de manera directa o indirecta y hasta, como sucedió la última noche, en contra de lo posible. Cuando vio el libro que tomaba Dikij del estante, frunció el ceño y dijo.

—No, hoy no quiero responder a esto. Por favor, déjelo en su sitio. Perdone.

Y sin más palabras, la misma mano colocó a Lérmontov en la fila ladeada de los clásicos.

Un relato

I

A principios de 1916, Seriozha fue a Solikamsk para visitar a su hermana.

Hace ya más de diez años que las partes fragmentadas de este relato revolotean en torno mío; algunas fueron publicadas a principio de 1917.

Pero más vale que el lector se olvide de tales versiones para evitar que confunda en el sorteo final el destino que le ha correspondido a tal o cual personaje. He cambiado el nombre de algunos, pero en lo que se refiere a sus destinos los he dejado tal como los encontré aquellos años en medio de la nieve bajo los árboles. Entre la novela en verso titulada *Spektorski*, empezada más tarde, y la prosa que ofrezco ahora no hay diferencias: es la propia vida.

En realidad, Seriozha no fue a Solikamsk, sino a Usólie. La ciudad se amontonaba, toda blanca, en la otra orilla y desde la ribera adosada a la fábrica, desde la cocina de la casa del doctor recién reparada, se comprendía fácilmente, ya en el primer momento, qué era lo que la mantenía, para qué y con qué propósito. La rugosa piedra de la catedral y de los edificios estatales centelleaban, plácidamente dispersos, sostenidos por las explosivas reservas de la saciedad y la pólvora del bienestar. Las ventanas de la casa del doctor relucían, reduciendo a pulidos cuadrados la visión del otro lado del río, obra de Iván el Terrible y los Stróganov[12], como si en homenaje a aquella lejanía fuera batida la fresca manteca de albayalde repartida después por la madera. Así era en la realidad; los raquíticos y descuidados jardincillos de los suburbios nada grato podían ofrecer a la vista.

En ayuda de los cuervos, el deshielo husmeaba entre los arbustos. En el agua negra de los charcos se oían solitarios sones y los silbidos de una locomotora haciendo maniobras alternaban con las voces de los juegos infantiles. El parloteo de las hachas en una explotación próxima impedía oír el confuso rumor de órgano de la fábrica lejana. Cabía más bien imaginarlo, a la vista de sus cinco gorros humeantes, que oírlo en realidad. Relinchaban los caballos, ladraban los perros. El grito ronco de un gallito se quebraba y pendía

en el aire de un hilo. Desde un afluente lejano, donde bajo los montículos de nieve asomaban las tijeretas de una salceda allí aprisionada, llegaba de vez en cuando el sonido retador de las dinamos. Eran sones exiguos que parecían ebrios porque navegaban por rodadas. Entre ellos se abría el silencio, solemne, amplio, de la llanura invernal. Se ocultaban cerca de allí, en la aldea próxima, según afirmaban los vecinos del lugar, las primeras estribaciones de los Urales. Las escondían como si fueran desertores.

Seriozha tropezó con su hermana cuando ella salía a la compra. Vio detrás de ella a una chiquilla morruda con una pelliza descuidadamente abrochada. La hermana tiró la bolsa sobre el alféizar de la ventana y mientras se abrazaban entre ruidosas exclamaciones, la chiquilla, con la maleta bajo el brazo, balanceándose en sus botas de fieltro, se precipitó al fondo de la habitación y dando bandazos como un aro lanzado, contorneó la mesa del comedor. Poco después, bajo la granizada de las preguntas de su hermana, Seriozha, con un jabón en las manos, comenzó a borrar con gestos inseguros, ya había perdido la costumbre, las sucias huellas de cuarenta y ocho horas de insomnio; fue entonces, al verle con la toalla en las manos, cuando se percató su hermana de cuánto había crecido y adelgazado. Luego se afeitó; como eran horas de trabajo, Kaliazin no estaba en la casa y su estuche de afeitar desconcertó a Seriozha por la abundancia de sus accesorios. El comedor luminoso olía gratamente a fiambres. Una palmera tendía desesperadamente sus hojas hacia la negra laca del piano y el cobre verdigris de los atornillados candelabros se inclinaba amenazador sobre la tapa como dispuesto a desalojarla. Natasha captó la mirada de Seriozha, que resbaló sobre los blancos reflejos del hule.

—Todo pertenece al predecesor de Pasha —dijo—. Los muebles son de la empresa —añadió después de un momento de vacilación.

—¡Qué ganas tengo —añadió— de que veas a los niños! Tú no los conoces más que por las fotografías.

Los esperaban de un momento a otro de regreso del paseo.

Seriozha se sentó ante la mesa para tomar el té y, subordinándose a los deseos de Natasha, le contó que la muerte de la madre le había conmocionado por ser del todo inesperada para él. Había temido por su vida durante el verano cuando, según dijo, estuvo a un paso de la muerte y él fue a verla.

—Sí, fue justamente en víspera de los exámenes —precisó Natasha—. Me lo comunicaron.

—¡Cierto, pero me examiné pese a todo! —exclamó Seriozha a punto de atragantarse—. ¡El trabajo que me costó! Y ahora es como si hubieran

borrado con un trapo todo aquel período de la universidad.

Sin dejar de masticar la esponjosa masa del bolio, que acompañaba con sorbos de té, Seriozha le contó que había empezado a preparar los exámenes durante la primavera, después que ella estuvo en Moscú, pero se vio obligado a dejarlo: la enfermedad de la madre, el viaje a Petersburgo y otras muchas cosas (y volvió a enumerarlo todo). Pero después, cuando sólo faltaba un mes para la sesión de invierno, lo pensó mejor; lo que le costó más trabajo fue renunciar a sus aficiones de siempre, a las que estaba acostumbrado desde la infancia. Le fastidió un poco que su hermana no reconociera en la frase «diez talentos valen menos que uno seguro» lo que el difunto padre decía en familia refiriéndose a él.

—Bueno, sigue —le apresuró Natasha para disimular su embarazo.

—Pues que trabajé sin descansar de día y de noche, eso es todo.

Seriozha procuró convencerla de que ningún placer podía compararse con semejante carrera forzada que él calificó de exaltación de la falta de tiempo. Según Seriozha, tan sólo ese deporte cerebral le había ayudado a superar las tentaciones innatas y, sobre todo, la música, que a partir de entonces estaba abandonada. Y para que su hermana no tuviera tiempo de hacerle más preguntas, le comunicó, sin transición alguna, que Moscú había recibido la guerra en plena fiebre de construcción, que al principio las obras continuaron, pero ahora, en cambio, estaban paralizadas muchas de ellas de forma que serían numerosas las casas que quedarían inacabadas para siempre.

—¿Por qué para siempre? —repuso Natasha—. ¿Acaso no le ves el fin?

Seriozha no respondió nada, suponiendo que aquí, como en todas partes, las conversaciones sobre la guerra, es decir, la imposibilidad de imaginarse la paz, serían frecuentes y que Kaliazin, probablemente, iba a ser el principal iniciador de las mismas.

Natasha se dio cuenta súbitamente que Seriozha prevenía con malsana perspicacia su curiosidad y que lo hacía cada vez con mayor frecuencia y precisión. Comprendió entonces lo agotado que debía estar y evitando inconscientemente que él siguiera adivinando sus pensamientos, le propuso que se desvistiera y acostara. Interrumpió su conversación un débil tintineo. Creyendo que eran los niños, Seriozha siguió a su hermana, pero ella hizo un gesto, balbuceó algo y desapareció en el dormitorio. Seriozha se acercó a la ventana y con las manos en la espalda fijó la vista en el espacio.

En aquel estado de distracción lúcida no percibió el alboroto que se armó a su lado. Natasha, con la mano en el auricular, esforzándose hasta más no poder, intercalaba frases amables en los mismos espacios que se extendían

ante su hermano. En dirección a una valla que se prolongaba interminable hasta el fin del suburbio, caminaba con seguro y pesado andar un hombre, llamaba la atención por el mero hecho de que no hubiera nadie en torno suyo, ni nadie fuera a su encuentro. Seriozha seguía maquinalmente con la vista al hombre que se alejaba y acudió a su memoria un paraje boscoso entrevisto en su reciente viaje. Evocó la estación, la vacía cantina con tablas puestas sobre caballetes en vez del mostrador, los montes detrás de los semáforos, la gente que paseaba, a chiquillos que corrían en competición y peleaban sobre la colina cubierta de nieve que separaba los fríos vagones de las calientes empanadas. En ese momento el hombre, que caminaba junto a la valla, la dobló y desapareció de su vista.

En el dormitorio, mientras tanto, se produjeron ciertos cambios. Acabaron los gritos por teléfono y Natasha tosió aliviada; se interesó a continuación por saber cuándo estaría terminada la blusa, explicando el modo de hacerla.

—¿Sabes quién ha llamado? —preguntó entrando en el comedor y dándose cuenta de la mirada atenta de su hermano—. Era Lemoj. Está aquí por asuntos de su fábrica y se dispone a visitarnos por la tarde.

—¿Quién es Lemoj? ¿Por qué gritas? —la interrumpió Seriozha a media voz—. Podías haberme prevenido. Cuando se habla en voz alta como si estuviera uno solo en la casa y al otro lado de la puerta hay una persona que trabaja, eso debe molestarle. Tenías que haberme dicho que estaba la costurera.

A lo primero, el equívoco fue en aumento; luego, sin embargo, se aclaró todo. No había nadie en el dormitorio; cuando terminó la comunicación con su lejano interlocutor, Natasha habló con la telefonista encargada de la línea que se hallaba lejos de allí, en un extremo del suburbio.

—Una joven encantadora —añadió Natasha—. Tiene que coser porque el sueldo no le alcanza. También ella vendrá, aunque no es seguro, tiene visita, alguien que ha llegado del frente.

—Sabes —dijo Seriozha inesperadamente— creo, en efecto, que me acostaré un poco.

—Muy bien —accedió rápidamente la hermana y le condujo a la habitación preparada especialmente para él desde el día en que recibió su carta—. Es sorprendente que te hayan desmovilizado —observó de paso—, no se te nota que cojeas.

—Pues ya ves, y sin objeciones, toda la comisión estuvo de acuerdo. Pero ¿qué haces? —exclamó, al ver que Natasha se disponía a prepararle la cama y

ya había retirado la colcha—. Déjala así, me tumbaré vestido. Así está muy bien.

—Como quieras —accedió Natasha y, paseando una mirada atenta por la habitación, dijo desde la puerta—. Duerme cuanto quieras y no tengas reparo por nada, yo me ocuparé de que no hagan ruido; en caso extremo almorzaremos sin ti y te calentaremos la comida después. Es realmente imperdonable que te hayas olvidado de Lemoj; es una persona muy interesante y digna. Habló de ti con mucho afecto y acierto.

—¿Qué quieres que le haga? —imploró Seriozha—. Jamás le he visto y es la primera vez que oigo su nombre.

Tuvo la impresión que hasta la puerta se cerró con leve reproche tras su hermana. Se desabrochó los tirantes y, sentándose en la cama, comenzó a soltar los cordones de sus zapatos.

En el mismo tren que Seriozha llegó para un breve permiso a Veretie un marino del torpedero «Novik» llamado Fardybasov. Directamente desde la estación llevó su pequeño baúl a la oficina donde trabajaba su pariente, le dio un beso y a grandes zancadas que rompían el hielo y salpicaban agua se dirigió en el acto a la sección de mecánica. Su aparición hizo furor. Entre la muchedumbre, que le rodeó no encontró al que buscaba y al saber que Otryganiev trabajaba ahora en un taller nuevo, recientemente construido, se largó con el mismo paso al segundo taller auxiliar que no tardó en localizar tras las tapias de los depósitos, en el empalme del ferrocarril de vía estrecha que se extendía como raquítica cenefa por los bordes de una escarpada depresión; diríase que temía algo porque en el lindero del bosque y a lo largo del mismo se paseaba un centinela con fusil. Fardybasov abandonó el camino y corrió campo traviesa, saltando de montículo en montículo; de vez en cuando desaparecía en los secos hoyos del verano anterior. Luego subió una cuesta en la cual se alzaba un barracón de madera que sólo se diferenciaba de un hangar corriente por los frecuentes resoplidos de vapor que poblaban, como si fueran copos de nieve, el silencio reinante.

—¡Otryganiev! —bramó el marinero acercándose a la entrada y golpeando el poste de madera con la palma de la mano, al tiempo que lanzaba el nombre a la profundidad de lo edificado donde varios mujiks trasladaban unos sacos de un sitio a otro y rugía frenético un poderoso motor, separado del campo por unas chillas tan sólo, como si fueran su funda, con el volante inmovilizado en su momentáneo vuelo. Bajo él danzaba, rechinaba, se acurrucaba, se hundía bajo el suelo y echaba hacia atrás su dislocada rodilla,

la loca palanca de la barra de guía que con ese trepidar mantenía bajo el terror todo el edificio.

—¿De qué jugos te vales para hacer esa mierda? —gritó a guisa de saludo el recién llegado a un zopenco grandullón que surgió en la puerta. Venía cojeando con su pierna atrofiada, apoyándose en la sana.

—¡Eriomka! —sólo pudo articular el cojo, atosigado de inmediato por un acceso de tos amarga, de fumador de «majorca»[13]—. Jrolofor! —exclamó con voz ronca, de borracho empedernido y le dio tiempo tan sólo de agitar la mano, sacudido por un nuevo paroxismo de chirriante asfixia.

—¡Vaya con los cultivadores de tabaco! —bromeó cariñosamente el marinero en espera de que pasara el acceso.

Pero no lo consiguió, porque en aquel mismo instante dos tártaros, separándose del resto de sus compañeros, subieron ágilmente, uno tras otro, por la escalera adosada a la pared y empezaron a echar cal a la mezcladora por lo cual se armó un estrépito inimaginable y todo el local se llenó de nubes de polvo blanco, desmochado. En medio de todo aquel jaleo, Fardybasov comenzó a vociferar quejándose de que el escribiente le había comido días de permiso —y eso que eran contados—, tratando de convencer a su amigo de aquello que le había hecho correr aquí a campo traviesa desde la estación, es decir, de ir a cazar durante todo el tiempo de su permiso.

Pasado algún tiempo que dedicó a burlarse cariñosamente de los subordinados al mando militar, los movilizados y las fábricas que trabajaban para la guerra, contó que hacía poco, en vísperas de Navidad, a la salida del golfo de Finlandia, tropezaron una noche con un campo de minas alemán y habían volado por los aires; lo que contó era mentira, una fanfarronada en cuanto a las personas, ya que el narrador pertenecía al «Novik» y era otro torpedero del destacamento el que en alto las cureñas cavaba el fondo del mar, alzando inmensos surtidores de agua.

Oscurecía, empezaba a helar en la calle y llevaban agua a la cocina. Habían regresado los niños y se les hacía callar. De vez en cuando, Natasha se acercaba silenciosamente a la puerta por la parte de fuera. Seriozha no podía conciliar el sueño. Se fingía dormido. Al otro lado de la pared, la casa entera pasaba del crepúsculo a la noche. Al son de los cubos y el fregado de los suelos, pensaba que todo sería distinto visto con luz eléctrica, cuando la casa ya estuviera arreglada. Como si volviera por segunda vez después de haber dormido a pierna suelta, que era ahora lo más importante para él. Y la presentida novedad, a la cual ya habían dado vida las lámparas, se removía inquieta, pasando de una visión a otra. Voces infantiles preguntaban por el tío,

que cuando volvería a irse de nuevo y sabiendo ya poner ojos amenazadores hacían «tss» a la pequeña Masha que de nada tenía la culpa. Acompañaban el vaho de la sopa los ruegos de la madre, batiendo alas sobre los delantales y los platos; no sirvieron de nada las protestas cuando, arrebujados de nuevo, fueron enviados de malos modos a pasear otra vez, apresurando la salida del zaguán para que no se llenara de frío la casa. Pasado algún tiempo, bastante más tarde, se materializó en la llegada de Kaliazin, en su voz de bajo, su bastón y chanclos que en diez años de matrimonio seguían siendo inmunes a todo razonamiento.

A fin de atraer el sueño, Seriozha se esforzaba por recordar algún mediodía estival, el primero que acudiera a su memoria. Sabía que si tal imagen obedecía su llamada y él conseguía retenerla, la visión cerraría sus párpados y envolvería en ronquidos sus piernas y cerebro.

Tumbado en la cama, la visión de un tórrido día de julio se alzaba ya ante él hacía tiempo, como un libro, sin que acudiera el sueño. Era, precisamente, el verano del año mil novecientos catorce y tal circunstancia había quebrantado todos sus planes. Era imposible evocar aquel verano con los ojos cerrados y recordar una realidad adormecedora; tenía que pensar, pasando de un recuerdo a otro. Esta es la razón que nos alejara durante largo tiempo de la casa de Usólie.

Así pues, precisamente aquí recibía Natasha una lista llena de encargos en letra menuda y con frecuentes tachaduras; con ella corría por Moscú en la primavera de mil novecientos trece. Vivía con Seriozha, en un apartamento de la calle Kislovka. Ahora, por el olor a la madera empleada en la construcción, el rumor del silencio reinante y el estado de los caminos en el suburbio, se imaginaba Seriozha los rostros de aquellos a quienes favorecía su hermana, desapareciendo días enteros de la casa. Los empleados formaban, en efecto, una familia unida y el viaje de Natasha era considerado como una comisión de servicio pasada del nombre del marido al de la mujer. Semejante absurdo es comprensible porque todos los eslabones de la cadena abstracta que terminaba con dietas de viaje y mantenimiento eran seres vivos, hermanados por la estrecha relación en que vivían, como si fuera un islote, unidos por su diversa instrucción entre tres mil «verstas»[14] de nieves totalmente iletradas.

Aprovechando la ocasión, los directivos le confiaban incluso poderes para aclarar algunos malentendidos que, en realidad, eran baladíes y de fácil solución por carta; con tal motivo Natasha visitaba los centros oficiales, dando a tales visitas un significado francamente ambiguo. Al escribir, encerraba esas gestiones entre comillas como subrayando su aspecto cómico

y, al mismo tiempo, hacía entender que las comillas se referían a cuestiones de importancia ministerial. En sus horas libres, sobre todo a la caída de la tarde, visitaba a sus amigos y a los amigos de su marido de la época de su vida en Moscú. Iba con ellos a teatros y conciertos. A tales distracciones procuraba también dar apariencia de trabajo, semejante a las ausencias del consejo administrativo que, sin embargo, no admitían ninguna clase de comillas. Las personas en cuya compañía visitaba diversos teatros habían compartido con ella, en otros tiempos, un hermoso pasado. Aquel pasado —accesible a un entendimiento maravilloso cada vez que se removían los viejos recuerdos— era, hoy día, la única razón de sus recíprocas relaciones. Se veían porque les unía fuertemente la antigua amistad. Unos se habían hecho médicos, otros ingenieros, los terceros se orientaron hacia la jurisprudencia. Los que no pudieron reanudar los interrumpidos estudios trabajaban en la prensa. Todos habían fundado una familia y todos, a excepción de los que se dedicaban a la carrera literaria, tenían hijos. Como es natural, no todos se parecían entre sí y tampoco vivían cerca unos de otros, sino en lugares diferentes. Cuando Natasha iba a visitarles tenía que recorrer diversas calles, unas estrechas, sinuosas, otras amplias, bulliciosas, ir en tranvías.

Debo añadir que sólo una vez, cuando fue a recoger a unos amigos para ir a un concierto mixto con lectura de obras de Chejov y actuaciones de cantantes, no se habló del pasado. Y cuando Natasha, al descubrir en un estuche de tocador de su amiga la corbata roja de los Cursos Superiores Femeninos se entregó a los recuerdos, esta última, a quien antes apresuraba Natasha, acabó inmediatamente de arreglarse y se apartó del espejo en el cual ya oscilaban algunas visiones resucitadas; las dos amigas, acompañadas del marido, salieron en volandas al aire verdoso, cristalino, del frío crepúsculo primaveral. No hablaban del pasado porque sabían en lo más profundo de su ser que vendría otra revolución. En su deseo de autoengañarse, perdonable incluso en nuestros días, se imaginaban que la revolución se desarrollaría como un drama que hubiesen retirado temporalmente y que volvían a reponer con una plantilla de actores fijos, es decir, con ellos, con todos ellos en los papeles de antes. Error tanto más natural, pues creían que sus ideales eran compartidos por todo el pueblo, aunque opinaban que convenía comprobar tal seguridad en el pueblo vivo. Convencidos hasta cierto punto del carácter extravagante de la revolución, que ellos veían desde el amplio punto de vista del ruso medio, tenían toda la razón de sentirse perplejos y preguntarse de dónde podían salir las personas iniciadas, deseosas de tomar parte en una empresa tan particular y delicada.

Igual que todos ellos, Natasha confiaba que la mejor causa de su juventud estaba aplazada únicamente y que cuando llegase la hora, ella estaría presente. Esa confianza explicaba todos los defectos de su carácter; explicaba su aplomo sólo atemperado por la total ignorancia que tenía de semejante defecto. Explicaba asimismo sus rasgos de indefinida bondad, tolerancia y comprensión de todo, que la iluminaban desde dentro con luz inextinguible y carecían de toda razón de ser.

Supo por la familia que algo le había ocurrido a Seriozha. Hemos de señalar, sin embargo, que lo sabía todo, empezando por el nombre de su elegida hasta el hecho de que Olga estaba felizmente casada con un ingeniero. No preguntó nada a su hermano. Habiendo obrado así por simple decencia humana, se lo atribuyó inmediatamente como mérito especial suyo, como algo inherente a su clase. No hizo ninguna pregunta a Seriozha, pero convencida que su historia estaba subordinada al principio sensible y reflexivo personificado en ella misma, esperaba que él, incapaz de soportar más su reserva, le abriera el corazón. Pretendía que él se confesara espontáneamente y esperaba la confesión con impaciencia profesional. Nadie, sin embargo, podría burlarse de ella si toma en consideración que en la historia del hermano coexistía el amor libre, un hondo conflicto con las cadenas prosaicas del matrimonio y el derecho a un sentimiento fuerte, sano y ¡Dios santo!, casi todo Leonid Andréiev[15]. Para Seriozha, sin embargo, la vulgaridad disimulada era peor que la estupidez más desenfrenada y petulante. Cuando no pudo aguantar más, sus palabras evasivas fueron interpretadas por Natasha a su manera y supo por sus torpes reticencias que todo había acabado entre los amantes. Su sentimiento de competencia no hizo entonces sino aumentar, ya que al seductor inventario antes citado se había unido un drama, obligatorio según sus concepciones. Por muy lejos que estuviera de ella su hermano, al que llevaba cinco años y medio, también ella tenía ojos y veía, sin equivocarse, que no eran propios de Seriozha las travesuras ni las chiquilladas. Y tan sólo la palabra drama, divulgada por Natasha entre los amigos, no pertenecía al vocabulario de su hermano.

II

Muchas, muchas cosas quedaron tras las espaldas de Seriozha cuando después de aprobado el último examen salió a la calle, destocada la cabeza, aturdido por todo lo ocurrido y miró en torno suyo. Un cochero joven,

sentado en un borde del pescante entreabría su caftán con una enorme bota alzada en alto; de vez en cuando miraba de reojo a su caballo, plenamente confiado en la pureza desmemoriada del aire de aquel mes de marzo; esperaba con aparente indiferencia, pero atento, una llamada desde cualquier rincón de la gran plaza. Copia sumisa de aquella espera voluntaria, la yegua, manchada de blanco y gris, parpadeaba entre las varas; diríase que el propio estruendo de la calzada la había metido entre ellas, sujetando su cabeza con la collera. En derredor todo les imitaba. Circundada por el limpio empedrado, la redonda calzada recordaba un documento de papel timbrado cubierto de guardacantones y farolas. Las casas con la atención puesta en la próxima primavera parecían asentadas en cuatro neumáticos de goma. Seriozha volvió la cabeza: en una de las fachadas más anodinas y vacilantes, que protegía una empalizada, acababa de cerrarse suavemente una puerta pesada, ya ociosa y canicular, tras doce años de vida estudiantil. Justo en aquel momento la habían condenado y, ahora, para siempre. Seriozha se dirigió a su casa. Un aire frío y seco batió inesperadamente la calle Nikítskaia. Las piedras se cubrieron de púrpura glacial. Le daba vergüenza mirar a los transeúntes que se cruzaban a su paso. Todo cuanto le había ocurrido estaba escrito en su rostro y una sonrisa saltarina, tan amplia desde aquel instante como la propia vida moscovita habíase adueñado de su rostro.

Al día siguiente se dirigió a la casa de un amigo suyo que daba clases en un liceo femenino y sabía por la índole de su trabajo todo cuanto ocurría en otros colegios. Aquel invierno le había hablado de una plaza vacante de profesor de literatura y psicología en un centro privado que quedaría vacante en primavera.

Seriozha odiaba dar clases de literatura y psicología escolar. Sabía, además, que el trabajo en un liceo femenino no era para él, pues tendría que sudar tinta y sangre entre las muchachitas sin utilidad ni provecho alguno. Completamente agotado por las emociones de los exámenes, ahora descansaba, es decir, permitía que los días y las horas le llevasen a donde les diera la gana. Como si alguien hubiera tirado un tarro de confitura de bayas de sauce contra la universidad y él, empantanado juntamente con la ciudad, se meciera en su áspero zumo amargo. Y fue así como se dirigió a uno de los callejones de Pliuschija, donde vivía su amigo en una casa de habitaciones de alquiler.

Las habitaciones estaban separadas del resto del mundo por un inmenso patio destinado a los cocheros. Una fila de coches vacíos alzaba hacia el cielo vespertino la ósea espina dorsal de algún fantástico vertebrado que acabaran

de descuartizar. Con mayor intensidad que en la calle, se percibía aquí la presencia de una nueva lejanía, mísera y doliente; abundaban el estiércol y el heno. Había, sobre todo, una dulce y grisácea neblina cuyas oleadas llevaron allí a Seriozha. Y de la misma manera que le habían llevado a las largas conversaciones en la habitación llena de humo iluminada por una farola callejera de tres brazos, le llevaron al día siguiente, también por la tarde, a la calle Basmánaia donde mantuvo una charla flexible y elástica con la directora de un liceo femenino; debajo de ellos se erizaba un amplio jardín descuidado, de grandes ramas gorjeantes, de tierra ya grisácea, removida en algunas partes por el rastrillo.

Inesperadamente, sin razón aparente, debido tal vez a un singular viraje caprichoso de la última semana, se encontró en el hotel particular de la familia Fresteln, en calidad de preceptor de su hijo; allí se quedó, sacudiendo el estaño de sus pies. No era nada sorprendente. Le procuraban vivienda y manutención, el salario era el doble de un profesor, disponía de una habitación enorme de tres ventanas, inmediata a la de su discípulo y podía utilizar su ocio como le diera la gana siempre que no perjudicara las clases con su educando. ¡Faltó poco para que le ofrecieran todas las fábricas de paño de los Fresteln! Jamás en su vida le había ocurrido ir a la ligera, llevando un sombrero nuevo de fieltro (había recibido un cuantioso anticipo), dejar los libros, el té y el mármol para adentrarse en el vaho de las panaderías de un soleado callejón que, por dos aceras sinuosas, le llevaban cuesta abajo a la plaza oculta tras el recodo. Pese a lo poco frecuentado de aquel barrio, Seriozha tuvo dos encuentros durante su primer paseo. El primero fue un joven que pasó por la acera de enfrente y figuraba entre los asistentes a la velada memorable en la casa de Balz. Eran dos hermanos, el mayor ingeniero y el más joven no sabía qué hacer una vez terminada la escuela de comercio: si alistarse como voluntario o esperar el sorteo. Llevaba ahora el uniforme de voluntario y el hecho de que estuviera en el ejército intimidó tanto a Seriozha que se limitó a saludarle de lejos: no le detuvo ni cruzó la calle. Tampoco lo hizo el voluntario, ya que la confusión de Seriozha se le transmitió también a él. Además, Seriozha no conocía el apellido de los hermanos porque nadie les había presentado y recordaba tan sólo que el mayor le pareció estar muy seguro de sí mismo y ser, probablemente, un hombre con mucha suerte, mientras que el menor era más silencioso y mucho más simpático.

El otro encuentro tuvo lugar en una de las aceras. Tropezó con Kovalenko, un gordinflón bondadoso que redactaba una de las revistas de Petersburgo. Conocía los trabajos de Seriozha y los apreciaba; se disponía a

renovar su iniciativa contando con la participación de Seriozha y de algunos otros ya elegidos antes. Hablaba siempre con invariable sorna de ese aflujo de fuerzas nuevas y de todo lo demás. La ironía era inherente a su persona, porque veía en todo situaciones cómicas y así se defendía de ellas. Eludiendo las amabilidades de Seriozha, le preguntó a qué se dedicaba en el momento presente; Seriozha estuvo a punto de hablarle del lujoso hotel de los Fresteln, pero se mordió a tiempo la lengua, mintiendo de paso al decir que estaba escribiendo un nuevo relato. Y como Kovalenko le preguntaría sin duda por el argumento, comenzó a inventárselo sin pérdida de tiempo.

Pero Kovalenko no se lo preguntó; acordaron verse dentro de un mes, en la próxima ocasión que él viniera a Moscú; a continuación Kovalenko masculló algo sobre los amigos en cuya casa semivacía estaba alojado y escribió rápidamente su dirección en una hojita de bloc. Seriozha, sin leerla, la dobló en cuatro veces y se la guardó en un bolsillo del chaleco. La sonrisa irónica, que no abandonaba el rostro de Kovalenko mientras realizaba todas esas operaciones, no le aclaró nada, pues era inseparable de su interlocutor.

Habiéndose despedido de su bienintencionado amigo, Seriozha se dirigió al hotel, dando un rodeo para no ir al lado del hombre de quien se había despedido de manera tan concreta y clara. Quedó muy sorprendido además por el torbellino de ideas que revolotearon de inmediato en su mente. No comprendió al principio que no era el viento, sino la continuación del no existente relato que tomaba cuerpo haciéndole olvidar en el acto el encuentro, la dirección y todo lo ocurrido. Tampoco sabía que el tema del mismo era su estado emotivo tan abundante en ideas. Sentíase feliz porque todo en torno suyo estaba bien, por haber tenido suerte en los exámenes, el trabajo y todo lo demás.

El comienzo de su instalación en casa de los Fresteln coincidió con los grandes cambios que se estaban haciendo en el hotel. Algunos de ellos se habían realizado con anterioridad a su llegada, pero otros debían realizarse todavía. Poco antes los esposos habían reñido definitivamente, tomando la decisión de vivir en pisos diferentes. El dueño de la casa se quedó con la mitad del piso bajo, a la derecha de la habitación del hijo y de Seriozha. La dueña se apoderó del piso superior, en el cual, además de las tres alcobas, estaba el salón, una gran sala pintada en dos tonos con un atrio de estilo pompeyano y el comedor con el *office* adjunto.

Aquel año la primavera fue precoz y los mediodías revoloteaban en cálidas oleadas. Adelantándose al calendario a pleno vapor, incitaba hacía tiempo a breves excursiones. Los Fresteln tenían una propiedad en la

provincia de Tula. Aunque en el hotel se dedicaban entonces a ventilar tan sólo baúles y maletas en las mañanas de sol, por la puerta principal iban llegando damas, madres de familia, candidatas al veraneo en el campo. A las antiguas inquilinas las recibían como a queridas ausentes que volvieran milagrosamente al seno familiar y con las nuevas departían sobre pabellones de piedra y casas de madera; ya en el vestíbulo insistían sobre las famosas propiedades del aire de Aléxino, sus extraordinarias virtudes salutíferas y las bellezas del río Oka que, por mucho que se alabasen, superaban siempre lo dicho. Todo ello, por lo demás, era cierto.

En el patio sacudían las alfombras; las nubes, como moles de grasa, se alzaban sobre el jardín y torbellinos de polvo picajoso, al remontarse hacia el cielo grasiento, parecían cargarlo de tormenta. Por el modo como el portero miraba al cielo, secándose el rostro cubierto por el polvo de las alfombras como de una malla de crin, se veía claramente que no iba a llover. El lacayo Lavrenti, con chaqueta de lustrina en lugar de frac, cruzaba el vestíbulo para ir al patio con un martillo de madera bajo el brazo. Al contemplar todo ello, al respirar el olor a naftalina y captar de paso retazos de las conversaciones femeninas, Seriozha no podía desechar la sensación de que en el hotel ya estaba todo dispuesto para la partida y que de un momento a otro se zambulliría bajo una amarga tienda de abedules, de temblorosa humedad con olor a laurel recalentado. Además de todo cuanto se dijo ya, la doncella de la señora Fresteln, sin haberse despedido aún, se disponía a dejar su trabajo y en busca de otro se ausentaba tanto los días de asueto como los demás. Se llamaba Ana Arild Toriskold y en la casa la llamaban mistress Arild para abreviar. Era danesa, vestía enteramente de negro y verla en situaciones que le imponían frecuentemente sus obligaciones resultaba penoso y extraño.

Mantenía aquella deprimente singularidad cuando cruzaba la sala en diagonal con amplio andar, su ancha falda y el alto moño en la cabeza. Sonreía a Seriozha con aire cómplice.

De un modo imperceptible llegó un día en que Seriozha, adorado por su pupilo y gozando de la amistad cordial de sus padres, respecto a los cuales era imposible decidir quién era el más amable, ya que para compensar sus rotos vínculos se dedicaban a hablar mal el uno del otro, dejó correr a su discípulo por el patio en pos de un gato y con un libro en la mano pasó al jardín. Las lilas caídas del árbol cubrían los senderos, como si fueran basura y tan sólo en la parte sombreada se veían dos o tres ramas floridas. A su sombra Mrs. Arild, apoyados los codos en la mesa y ladeada la cabeza, escribía con aire diligente. Una rama de cenicientos pétalos, apenas mecida con su lilácea carga,

procuraba atisbar, tras la nuca de la que escribía, lo que ponía en la carta sin conseguirlo. Mrs. Arild ocultaba lo escrito de todo el mundo, así como el nombre de su destinatario, con el triple nudo de sus sedosos cabellos castaño claros. Su correspondencia, alternada con la costura, descansaba sobre la mesa. Flotaban por el cielo unas nubes livianas del mismo color que las lilas y el papel de las cartas; las refrescaba el aire gris que recordaba al acero. Al oír pasos, Mrs. Arild secó primero lo escrito con papel secante y luego alzó tranquilamente la cabeza. En el jardín, al lado de su banco, había una silla de hierro. Seriozha se sentó en ella y se entabló entre ambos la siguiente conversación en alemán.

—He leído a Chejov y a Dostoievski —empezó a decir Mrs. Arild, cruzando los brazos por detrás del banco, fijos los ojos en Seriozha—. Llevo viviendo en Rusia más de cuatro meses. Son ustedes peor que los franceses. Necesitan atribuir a la mujer algún secreto malvado para admitir su existencia. Como si en una sociedad legítima fuera algo incoloro, algo así como agua hervida… Pero tan pronto sale del biombo como sombra de escándalo, ya es otra cosa, ya no se la discute, es una figura que no tiene precio. No conozco el campo ruso. Pero en sus ciudades la propensión a los rincones perdidos demuestra que no viven ustedes su propia vida y cada uno, a su modo, se siente atraído por la de otro. En mi país, Dinamarca, no es así. Espere, no acabé todavía…

En aquel momento apartó la vista de Seriozha y al observar en la carta un puñado de pétalos de lilas, sopló con cuidado sobre ellos. Pasado un instante, y vencida una incomprensible vacilación, prosiguió.

—La primavera pasada, en el mes de marzo, perdí a mi marido. Era muy joven. Tenía treinta y dos años. Era pastor protestante.

—Escuche —pudo por fin interrumpirla Seriozha dispuesto a decir algo que había preparado antes, aunque ahora quería decir algo distinto—. Yo he leído a Ibsen, pero a usted no la comprendo. Está equivocada. No es justo juzgar a todo un país por una sola casa…

—¡Ah, usted se refiere a eso! ¿A los Fresteln?

¡Vaya una opinión que tiene de mí! Estoy más lejos que usted de semejantes errores y voy a demostrárselo ahora mismo. ¿Se ha dado usted cuenta que son judíos y nos lo ocultan?

—¡Qué absurdo! ¿De dónde lo ha sacado?

—¡Qué poco observador es usted! Yo estoy convencida de que lo son. Tal vez por ello siento ese odio invencible hacia ella. Pero no me distraiga —prosiguió con nuevo ímpetu, sin dejarle decir que esa sangre tan odiada corría

también en sus venas por parte de padre, mientras que en la casa de los Fresteln no había ni rastro de ella; sin embargo, en vez de decirlo, logró intercalar una frase preparada respecto a que todas sus ideas sobre la lujuria eran puro Tolstói, es decir, lo más ruso de todo cuanto era digno de tal nombre.

—No se trata de eso —se apresuró Mrs. Arild a interrumpir la discusión con voz impaciente y se sentó en el borde del banco, más cerca de Seriozha —. Escuche —dijo sumamente excitada tomándole de la mano—. Usted se ocupa de Gary, pero estoy segura que no le obligan a lavarle por las mañanas ni se hubieran atrevido a proponerle que diese friegas al viejo todas las mañanas.

La sorpresa le hizo soltar la mano de Mrs. Arild.

—En invierno, en Berlín, no se habló nada de eso. Fui al hotel «Adlon» para ponerme de acuerdo con ella. Me contrató como dama de compañía y no como doncella. ¿Sabe? Y aquí me tiene, soy una persona sensata, reflexiva, ¿está usted de acuerdo? No me responda por ahora. El puesto de trabajo era en un país lejano, desconocido. Accedí. ¿Comprende usted cómo se burlaron de mí? No sé siquiera por qué ella me agradó tanto. No supe comprenderla a primera vista. Después, todo se puso de manifiesto cuando pasamos la frontera, en Verzhbólovo… Espere, no he terminado aún. Había llevado a mi marido a Berlín para operarle. Murió en mis brazos y allí le enterré. No tengo familia. Pero acabo de mentirle. La tengo, pero de ella le hablaré algún día. Me hallaba en un estado horrible y sin recursos. Y de pronto, ella me hizo ese ofrecimiento. Lo leí en el periódico. ¡Y si supiera por qué casualidad!

Se apartó hacia el centro del banco e hizo una señal vaga con la mano.

Por la galena acristalada que unía el hotel con la cocina había pasado la señora Fresteln. La seguía el ama de llaves. Seriozha se arrepintió en el acto de haber interpretado de modo indigno el gesto de Mrs. Arild. Ella no pensaba siquiera en ocultarse. Por el contrario, reanudó la conversación con artificiosa celeridad, alzó la voz e introdujo en ella un tono de burlona altivez. Pero la señora Fresteln no les oía.

—Usted almuerza arriba con ella y Gary y los invitados cuando los hay. Yo misma oí lo que respondió cuando usted, extrañado de no verme, preguntó por mí y ella le dijo que estaba enferma. Es cierto, padezco con frecuencia de jaquecas. Pero una vez, cuando usted y Gary estaban jugando, no mueva, por favor, la cabeza tan contento por acordarse, no se trata de que no lo haya olvidado, sino de que al entrar usted en el office estuve a punto de morir de vergüenza. A usted le explicaron que yo prefería comer en un rincón en

compañía del ama de llaves (a ella en efecto le gusta). Sin embargo, todo eso son bagatelas. Cada mañana, después del baño, debo envolver esa temblorosa preciosidad, como si de un bebé se tratase, en sábanas, friccionarla luego hasta caer rendida con toallas, cepillos, piedra pómez y ya ni siquiera sé con qué. Además, no puedo decírselo todo —terminó arrebolada con voz inesperadamente baja, respirando fatigosamente como después de una carrera. Se enjugó con un pañuelo el rostro enrojecido y se volvió hacia su interlocutor.

—No me consuele —rogó y se levantó del banco—. No era eso lo que quería decirle. No me gusta hablar en alemán. Cuando se haya ganado usted mi confianza le hablaré en otro idioma. No, en danés no. We shall be friends, I'm sure[16].

Una vez más no le respondió Seriozha como hubiera querido y dijo «gut»[17] en lugar de «well»[18], sin prevenirla que comprendía el inglés, pero que tenía muy olvidado lo poco que sabía. Sin dejar de hablar en inglés, ella le recordó con vehemente sencillez (que traducía a continuación a alemán con mucho menor ardor) que no olvidara sus palabras sobre los biombos y los rincones perdidos, que ella era norteña y creyente, que no soportaba el libertinaje, que sus palabras eran un ruego y una advertencia que él debía tomar en consideración.

III

Los días eran asfixiantes. Seriozha refrescaba con un manual sus exiguos y olvidados conocimientos de inglés. A la hora del almuerzo, subía con su educando a la sala y esperaban a que saliera la señora Fresteln. La dejaban pasar y en pos de ella entraban en el comedor. Mrs. Arild llegaba con frecuencia cinco o diez minutos antes y Seriozha hablaba con la danesa en voz alta y cuando aparecía la dueña de la casa se despedía de ella con no disimulado pesar. Una procesión de tres personas, presidida por la señora Fresteln se dirigía al comedor y la doncella, que avanzaba en la misma dirección, se iba desviando cada vez más a la izquierda cuanto más cerca estaban de la puerta. Entonces se separaban.

La señora Fresteln tuvo que habituarse a la obstinación con la que Seriozha llamaba «pequeño office» al comedor y a la habitación inmediata, donde se trinchaban las pulardas y repartían el helado por los platos, «gran office». Como le consideraba un excéntrico nato, siempre esperaba de él

salidas intempestivas y no comprendía la mitad de sus bromas. Confiaba en el preceptor y no se engañaba. Ni siquiera ahora sentía Seriozha animadversión hacia ella como tampoco a nadie en el mundo. En las personas sólo sabía odiar a su adversario, es decir, a los que triunfaban de modo poco habitual en la vida, dejando aparte todo cuanto hay en ella de valioso y difícil. No son muchas las personas que logran semejante posibilidad.

En las horas posteriores al almuerzo caían por la escalera bandejas enteras de armonías cascadas y rotas. Rodaban y se esparcían en inesperados estallidos, más ruidosos y destructivos que las torpezas de los criados. Entre aquellas turbulentas caídas se intercalaban verstas de silencio alfombrado. Era Mrs. Arild que en lo alto, tras varias puertas tapizadas de grueso paño y herméticamente cerradas, tocaba a Schumann y a Chopin. En momentos así, más que en otros, las miradas se dirigían a la ventana. Pero no se observaba ningún cambio. El cielo, inamovible, se negaba a explayarse en agua. Como tórrida columna se obstinaba en su negativa y a cincuenta verstas a la redonda danzaba un muerto mar de polvo como ara de sacrificios encendida por los carreros desde varios confines a la vez, en cinco estaciones de carga y tras las murallas de Kitai-Gorod[19], en el centro de un desierto de ladrillos.

La situación era absurda. Los Fresteln se eternizaban en la ciudad y Mrs. Arild en el hotel. Súbitamente, el destino justificó cuanto sucedía en el preciso momento en que todos empezaban a no comprender semejante demora. Gary enfermó de sarampión y el traslado al campo se pospuso hasta que él estuviera curado. Los torbellinos de arena no cesaban, no se preveían lluvias y todos fueron acostumbrándose poco a poco a tal situación. Llegó a parecer, incluso, que se trataba siempre del mismo día que, estancado durante largas semanas, no fue llevado a dar cuenta en el momento oportuno. Ensorbebecido, el día amargaba hasta lo indecible la vida a todos. Le conocía cada perro callejero. Si no fuera por las noches que procuraban una ilusoria diferencia, habría que salir corriendo en busca de testigos oculares y sellar con lacre el caduco calendario.

Las calles semejaban a bancales vagabundos con vegetación ambulante. Por las reblandecidas aceras, dobladas las cabezas semideshojadas, se movían sombras cenicientas, aleladas. Tan sólo un domingo Seriozha y la danesa se armaron de valor y después de meter la cabeza en el agua de su jofaina se lanzaron a las afueras de la ciudad. Fueron a Sokólniki[20]. Pero también allí se alzaba el mismo tórrido calor sobre los estanques con la única diferencia que en la ciudad no se veía el aire asfixiante, allí, en cambio, se hacía visible; sus franjas, formadas por neblina, polvo y humo de las locomotoras, se

extendían por encima del bosque negro y aquel fantasma concreto era, naturalmente, mucho más temible que la simple asfixia callejera.

La distancia entre aquella franja y el agua era tal que las lanchas se deslizaban libremente bajo ella, pero cuando las asustadizas damiselas pasaban de la popa a los remos, lanzando pequeños chillidos, y los caballeros se levantaban para ayudarlas, sus gorras rozaban con su espuma sucia. Justo a la orilla del estanque humeaba el crepúsculo con acres susurros. Su arrebol recordaba una barra de hierro que puesta al rojo vivo fuera lanzada al agua en la misma orilla; llegaba desde ella el viscoso y gemebundo croar de las ranas que estallaba en burbujas.

Iba anocheciendo. Ana no dejaba de hablar en inglés. Seriozha le respondía y siempre oportunamente. Giraban con rapidez cada vez mayor por el laberinto que, sin embargo, les llevaba a su inicial punto de partida, caminando velozmente y en línea recta hacia la salida, a la parada de los tranvías. Se diferenciaban notablemente del resto de los paseantes. De todas las parejas que llenaban el bosque, ellos eran los que más inquietos estaban por la proximidad de la noche y huían de ella como si ella les pisase los talones. Volvían la cabeza como si midiesen la velocidad de su persecución. Delante de ellos, en todos los senderos que cruzaban, crecía en todo el bosque algo así como la presencia de una persona mayor y eso les transformaba en niños. Tan pronto se cogían de las manos, como las dejaban caer con aire confuso. A veces no estaban seguros ni de su propia voz. Les parecía, en ocasiones, que susurraban en voz alta; en otras, que gritaban a la lejanía con voces quebradas por la distancia. En la realidad, sin embargo, nada de ello ocurría: hablaban como siempre. Ana parecía a veces más ligera y traslúcida que el pétalo de un tulipán y en el pecho de Seriozha ardía el calor de un cristal de lámpara. Ella comprendía entonces cómo luchaba él para que el ardiente magnetismo que irradiaba de su ser no la atrajese. Se miraban sin hablar, cara a cara, y quebraban luego en dos, como algo vivo y entero, la sonrisa crispada de sus rostros que imploraba clemencia. Y Seriozha oía de nuevo las palabras a las que se había sometido hacía tiempo.

Giraban con creciente rapidez por el laberinto de los intrincados senderos y, al mismo tiempo, iban hacia la salida. Desde allí les llegaba ya el atragantado tintineo de los tranvías que se afanaban por evitar los carros vacíos que corrían tras ellos por toda la calle Stromynka. Diríase que el tintineo chapoteaba en los cristales iluminados. Despedían frescor como los pozos. Poco después, la tierra más polvorienta y última del bosque se

desprendía de los zapatos y caía en la pétrea calzada. Habían llegado a la ciudad.

«¡Qué inmensa e imborrable debe ser la humillación —pensaba Seriozha — para que el ser humano, identificando de antemano con el pasado todo lo nuevo e imprevisible, necesite comenzar una existencia nueva desde el principio, distinta por completo de aquella en la que fue tan ofendido o maltratado!»

En aquellos días la idea de llegar a ser rico empezó a preocuparle por primera vez en la vida. Le angustiaba la rapidez con la cual debía conseguir el dinero y lo imprescindible que le era. Se lo daría a Ana y le rogaría que lo siguiese repartiendo, pero tan sólo entre las mujeres. Él mismo le señalaría las primeras manos. Serían millones y las favorecidas se lo darían a otras nuevas y así sucesivamente.

Gary ya estaba curado, pero la señora Fresteln no se apartaba de él ni un solo instante. Seguían haciéndole la cama en la sala de estudio. Por las tardes Seriozha se marchaba de la casa y no regresaba antes del amanecer. Tras la puerta, la señora Fresteln se removía en la cama, tosía, dándole a entender por todos los medios posibles que conocía sus andanzas nocturnas. Si le preguntase de dónde venía, Seriozha, sin la menor vacilación, le hablaría de los lugares que había frecuentado. Ella lo suponía y, temiendo la sinceridad de sus respuestas que debería escuchar por fuerza, le dejaba en paz. Seriozha regresaba a la casa con idéntica luz en los ojos que de su paseo por Sokólniki.

Varias mujeres, unas tras otras, emergieron en diversas noches a la superficie de la calle, sacadas de su inexistencia por la casualidad y el encantamiento. Tres nuevos relatos de mujeres se emparejaron con la historia de Arild. Sus confesiones se volcaban, por ignorados motivos, sobre Seriozha. Él no intentaba que le contasen su vida; hacerlo le parecía una vileza. Una de aquellas mujeres, en su intento de explicarle la instintiva confianza que despertaba en ellas, le aseguró que él mismo se les parecía en algo.

Lo dijo la más ramera de todas, la más redomada, la misma que ya hasta el fin de sus días hablaría de «tú» a todo el mundo, la que metía prisa a los cocheros quejándose de su sensibilidad al frío en términos imposibles de reproducir, aquella que con su bronca hermosura ponía todo cuanto tocaba, todo a lo que se refería, a su mismo nivel. Su habitación en el primer piso de una casita de cinco ventanas, contrahecha y mal oliente, no se diferenciaba por su apariencia de cualquier vivienda de la más humilde clase media. Colgaban de las paredes baratas tiras de tela sembradas de fotografías y flores de papel. Junto a la pared, una destartalada mesa plegable rozaba con sus

laterales los alféizares de las dos ventanas. Había enfrente una cama de hierro, disimulada tras un tabique que no llegaba al techo. Pese a su parecido con una vivienda humana, aquel lugar era su más flagrante contradicción.

Las esterillas se ponían a los pies del huésped con raro servilismo, como invitándole a no tener gran miramiento con la inquilina y a tomar ejemplo sobre el modo de tratarla. La opinión ajena era su único dueño. Todo estaba abierto de par en par, como algo que fluye, igual que en una inundación. Hasta las ventanas no parecían allí dirigidas desde dentro hacia fuera, sino al revés, de fuera a dentro; revestidas por la fama callejera de Sashka; los enseres domésticos navegaban sin aspavientos, a su antojo, como en una inundación, por aquel renombre popular.

Tampoco ella se quedaba atrás. Todo cuanto emprendía, lo hacía sobre la marcha, con enérgico impulso y a un ritmo uniforme que no disminuía ni aumentaba. De la misma manera, sin dejar de hablar un solo instante, alzaba al desnudarse sus elásticos brazos y luego, al amanecer, durante la charla, apoyado el vientre en un lado de la mesa, dejando caer las botellas vacías, apuraba los restos de la suya y de la de Seriozha. Y más o menos del mismo modo e idéntico grado, de espaldas a Seriozha y enfundada en su larga camisa, respondiéndole por encima del hombro, orinaba sin pudor ni vergüenza en una palangana de hojalata llevada a la habitación por la misma vieja que les había dejado pasar. Resultaba imposible prever ni uno solo de sus movimientos; su habla cascada subía y bajaba de tono con el mismo cálido ímpetu que ladeaba sus mechones y ardía en sus diestras manos. La ágil uniformidad de sus movimientos era la respuesta a su destino. Revelaba la prístina espontaneidad humana, rugiente y desvergonzada, que se encabritaba en ella para llegar a la altura de su infortunio visible desde todas partes. Todo cuanto se divisaba desde aquel nivel tenía el deber de espiritualizarse en el acto y por el rumor de la propia emoción podía percibirse con qué unánime celeridad se edificaban estaciones de salvamento en los vacíos del mundo. Y con mayor intensidad de todas las intensidades resaltaba el poder de la estación del cristianismo.

Al término de la noche, el tabique se tambaleó por una invisible bocanada procedente del patio. Había irrumpido en el zaguán el protector de Sashka. Pese a su negra borrachera olfateó de inmediato la presencia de un extraño, el más seguro de sus ingresos. Avanzó prudentemente con sus pesadas botas y tan pronto como entró se desplomó sin hacer ruido al otro lado del tabique y sin hacerse notar por nada dejó de existir poco después. Su lecho silencioso debía estar, probablemente, adosado a la cama de trabajo. Un banco

seguramente. Tan pronto como empezó a roncar, una rata ansiosa y vivaz le golpeó en la parte baja como un buril. De nuevo reinó el silencio. Cesaron los ronquidos, la rata se ocultó y un aire familiar recorrió la habitación. Los seres que pendían de los clavos y del pegamento reconocieron al amo. A lo que no se atrevían aquí, se atrevía el ladrón al otro lado de la pared.

Seriozha saltó al suelo.

—¿Dónde vas? ¡Te matará! —bramó Sashka con una voz que le salía de las entrañas y arrastrándose por la cama se le colgó de los brazos.

—Desahogarse no cuesta mucho, pero cuando te vayas, ¿he de sufrir yo los golpes?

Ni el propio Seriozha sabía bien lo que pretendía hacer. En todo caso no eran los celos que había supuesto Sashka, aunque la pasión que le movía no era menor. Y si existe algún cebo para el ser humano como garantía de su perenne vivir, es, precisamente, el instinto. Son los celos que sentimos a veces de la mujer y la vida frente a la muerte como hacia un adversario desconocido y ansiamos la libertad para encontrarla y liberar aquella de quien tenemos celos. Aquí, naturalmente, existía la misma intensidad.

Era muy temprano todavía. Al otro lado de la calle, en los anchos portones de los almacenes, se adivinaban ya los triples batientes de las contraventanas metálicas. Las polvorientas ventanas parecían grises y llenas en su tercera parte de redondos guijarros. En Tvérskaia-Yámskaia yacía el amanecer como en una balanza y el aire parecía desprender constantemente briznas de heno. Una bendita somnolencia mecía y arrastraba a Sashka como si fuera agua. Sentada ante la mesa charlaba sin cesar y parecía un animalito sano y somnoliento.

—¡Ay, Vinovata Ivanovna![21] —repetía Seriozha a media voz sin oír sus propias palabras.

Estaba sentado en el alféizar de la ventana y ya había gente por la calle.

—No, tú no eres médico —decía Sashka, apoyándose en la mesa con un costado. Tan pronto descansaba la mejilla en el brazo doblado como lo extendía y lo contemplaba lentamente de lado, desde el hombro hasta la muñeca, como si no fuera un brazo, sino un camino lejano o su vida, visible para ella tan sólo—. No, tú no eres médico. Los médicos son diferentes. La verdad es que no os conozco, bueno, si vais detrás y no os veo, os reconozco con la popa. ¿A que eres maestro? Ya ves. ¡Y con el miedo que les tengo yo a los catarros! ¡Más que a la muerte! Claro que no eres médico, ni te lo pregunto. Oye, ¿no serás tártaro, eh? Vuelve a verme. Ven de día. ¿No perderás mis señas?

Hablaban a media voz; Sashka prorrumpía tan pronto en una risa cascabelera, juguetona, como se ponía a bostezar y a rascarse. Con insaciable avidez infantil, con recuperada dignidad, gozaba de aquella paz que había humanizado aún más a Seriozha.

En medio de su charla, llamó Reino Polaco a Polonia[22] y con gesto fanfarrón señaló en la pared, entre el nido satinado de otras fotografías, la apacible imagen de un sargento. Descubría así lo más recóndito y lejano, es decir, el primer causante. Hacia él, probablemente, señalaba su torneado brazo, desde el hombro hasta la muñeca, perdido en la lejanía. Tal vez no era hacia él. Tal vez a semejanza del heno seco el fuego se encendió de pronto e igual que el heno ardió por completo. Reptaban las moscas por los panzudos y burbujeantes cristales. Las farolas y la neblina intercambiaban feroces bostezos. El día despuntaba débilmente entre chispas volanderas. Seriozha sintió de pronto que jamás había querido a nadie como a Sashka y vio en su imaginación una calzada, no muy alejada de los cementerios, cubierta de rojas manchas de sangre; los guijos eran en ella más grandes y espaciados como suele haber en los puestos de vigilancia. Vagones de mercancías vacíos y con ganado se deslizaban tranquilamente por ella, se separaban unos de otros y proseguían el viaje, se separaban y proseguían el viaje. De pronto, ocurrió algo semejante al naufragio, algo que alteró aquella marcha: vio alzarse desde la profundidad el seccionado tramo final de la calle: corrían vacías las plataformas de los vagones, muy seguidas unas de otras, pero apenas si podía verlas tras el denso muro de la gente y los carros junto al paso a nivel. Había ortigas y ranúnculos y olería a ratones de campo si no fuera por el olor a chamusquina. Por allí mismo jugueteaba la pequeña Sashka, mocosa de seis años. Por fin, después que todos, entre terribles jadeos —como preguntando a los que allí estaban si habían visto los vagones, si habían pasado ya— se apresuraba a reculones una negra locomotora sudorosa. Se levantaba la barrera: veía la calle recta como una flecha. Dentro de unos instantes, por ambos lados, chocando unos con otros, atropellándose unos a otros, avanzarían los carros y los afanes humanos. Allí mismo, en el centro de la calzada, brotaba el humo de la locomotora triplemente retorcido como un saco de yerba, como tibio hálito de las interioridades del monstruo. Tal vez el mismo humo que servía de asadura a los pobres del contorno. También Sashka curioseaba por allí y perdida entre la gente contemplaba aquel temible humo entre los ultramarinos —que vendían té, cigarros, tabaco, chapas de hierro— y guardias. Otros, mientras tanto, hablaban de ojos y plantas

femeninas en «La infancia de la mujer». La calzada que olía a avena, lacrada por el sol a los orines de los caballos, producía feroz dolor de cabeza.

Sin haber evitado el enfriamiento, que tanto temía, habiendo perdido la vista y los talones, la nariz y la razón, antes de entrar en el hospital o, quizá en la tumba, corre en busca del libro que todo lo explica, donde se habla de todo, de todo, y, en efecto era cierto: había vivido como tonta y moriría como tonta. No se le permite caminar por las aceras, la conducen en grupo por medio de la calle y ella ¡con semejante antojo! No son más que cuentos, mentiras y ella, la muy estúpida, se lo había creído todo. ¡Qué risa! Hablaban de otra, su apellido no era ruso y distinta la ciudad. El guardia lleva el libro encuadernado en tela y con una cinta entre las páginas: en él está ella, se habla de ella allí, debe leerlo. Además, basta con que se apriete el indecente gatillo —ta-tra-tra-ta-ta-ta— el fin es el mismo. Los guardias miran más amablemente. Las mujeres que llevan son de armas tomar y los señores tienen el seguro puesto en las lenguas.

—¿Qué haces tan pensativo? ¿En qué piensas? ¡Si vieras a las otras! En mí no te fijes. Comparada con ellas soy una señora. No te preocupes de la hora ni de ninguna otra cosa, a lo mejor piensas que estoy durmiendo. ¡Poco nos conoces! ¡Qué divertido eres! Ja, ja, ja! ¡Me muero de risa contigo! Ven de día. Y no pienses en él. No le tengas miedo, es pacífico cuando no se meten con su persona, claro está. Tú entras por una puerta y él sale por otra o bien está dormido, ¡cualquiera le despierta! Primero habría que encontrarle. Está todo a oscuras, no sabes dónde pones el pie. No entiendo por qué te importa él. Si al menos nos estorbara en algo… tuve a otros y no les molestaba. Señores como tú. Bueno, ya estoy, con tal de no olvidarme de los polvos y el bolso, toma, sosténmelo. Bueno, vamos, te acompañaré hasta la Sadóvaia, si hay suerte volveré acompañada. Da igual que sea por la mañana que por la tarde, me basta con guiñar un ojo para que acudan como moscas, como moscas a la miel. ¿Vas hacia Stráshnoi? Bueno, adiós, no me olvides. Iré sola, los machos lo prefieren. ¿No perderás las señas?

Las calles en su vertiginosa rectitud aparecían ceñudas. Por sus apacibles espacios reinaba todavía el azulenco y voluptuoso rumor de la vacuidad. De vez en cuando los solitarios transeúntes tropezaban de frente con flacos caníbales. A lo lejos, en la carretera, un carruaje lanzado a galope parecía chocar de frente siempre con lo mismo. A Seriozha, que caminaba hacia Samotieki, se le figuraba oír a una versta de la plaza Triunfálnaia como alguien silbaba a Sashka de una acera a otra; ella demoraba coquetonamente el paso, curiosa por saber quién cruzaría antes la calle, el que llamaba o la

llamada. Aunque el día acababa de iniciarse, en el agitado follaje de los tilos pendían ya los embrollados hilos de la pavorosa canícula, como migajas en las barbas de los difuntos. Seriozha tenía escalofríos.

IV

Era imprescindible hacerse rico de inmediato. Y, como es natural, no por medio del trabajo. El salario no supone una victoria y sin victoria es imposible la liberación. Y en la medida de lo posible, sin generalidades sonoras, sin sabor a leyenda. Porque hasta en Galilea el hecho fue local, salió a la calle y terminó haciéndose universal. Serían millones y si un torbellino semejante recorriera las manos femeninas, pasando desde Tvérskaia-Yámskaia al menos por una calle, podría renovarse el universo. Eso era lo preciso: una tierra nueva desde el comienzo.

«Lo principal —pensaba Seriozha— es que se vistan en lugar de desnudarse, que no reciban dinero, sino que lo den. Pero antes de que el plan se cumpla —se decía a sí mismo (aunque no existía ningún plan)— debo conseguir otro dinero, unos doscientos o ciento cincuenta rublos aunque sea (aquí surgía en su memoria Niura Riumina y Sashka; Ana Arild Toriskold no ocupaba el último lugar). Destinaría ese dinero para otros fines. Así pues, como medida provisional, podría admitirse de fuente hornada sin la más mínima vacilación. ¡Ah, Raskólnikov, Raskólnikov![23] —repitió Seriozha en su fuero interno—. Pero ¿a qué viene aquí la prestamista? Sashka será prestamista cuando llegue a vieja, eso es… Sin embargo, aunque proceda de fuente honrada, ¿cómo conseguirlo? Ésta es la cuestión. Los Fresteln me pagaron por adelantado dos meses, no tengo nada para vender…»

Eso ocurría a principios de julio. Gary empezaba a salir de paseo. En el hotel se renovaban los preparativos para el traslado al campo. Arild reanudó sus ausencias en busca de trabajo interrumpidas por la enfermedad de Gary. Poco después le ofrecieron un puesto en la provincia de Poltava en el seno de una familia militar.

—*Not Suvorov, the other*[24]… —le dijo en la escalera con voz muy gutural; tenía pereza de subir en busca de la carta—. *I forget always*[25].

Seriozha enumeró todos los nombres posibles desde Kutuzov a Kuropatkin, hasta que resultó ser la familia Skóbeliev.

—*Awfully! I cannot repeat! How do you pronounce it?*[26].

Las condiciones eran ventajosas pero tardó en decidirse una vez más. La razón era simple. Tan pronto como recibió la propuesta, cayó enferma y por la gravedad del mal todos pensaron que se había contagiado de Gary. Una fiebre de más de cuarenta grados la tumbó en cama el primer día; sin embargo, a la mañana siguiente descendió con la misma rapidez hasta treinta y cinco con nueve. Todo resultaba incomprensible; el médico nada pudo explicar y la pobrecilla quedó sumamente debilitada. Las consecuencias de la enfermedad iban pasando y en el hotel habían resonado ya dos o tres veces los trémolos del *Aufschwung*[27], como en aquellos días, cuando Seriozha no soñaba siquiera con los dilemas de Raskólnikov.

Uno de aquellos días, la señora Fresteln llevó a Gary por la mañana a orillas del Kliazma, a casa de unos amigos para pasar allí el día y la noche si el tiempo y las circunstancias eran propicios. El dueño de la casa, a su vez, se hallaba ausente. La mitad del día transcurrió como si estuvieran en casa. Lavrenti, en su afán por agradar a Seriozha, se ofreció a servirle el almuerzo en la planta baja, pero él prefirió no quebrantar el orden establecido y sin darse cuenta ni él mismo comió arriba ateniéndose rigurosamente al horario establecido e incluso al lugar que ocupaba en la mesa: el segundo a partir del extremo derecho.

Así pues, faltaba poco para las cinco, los dueños de la casa estaban fuera y Seriozha tan pronto pensaba en millones como en doscientos rublos. En medio de tales reflexiones se paseaba por la habitación.

De pronto, en un instante de especial sensibilidad, se olvidó de todo y quedó inmóvil, aguzando el oído. Pero nada alteraba el silencio de la casa. Tan sólo la habitación, inundada de sol, le pareció más desnuda y amplia de lo habitual. Podía reanudar el curso de sus interrumpidas reflexiones, pero no, se había olvidado de todo cuanto estaba pensando. Empezó a buscar apresuradamente aunque sólo fuera una designación verbal de lo pensado, ya que el cerebro responde por entero al nombre de las cosas, despierta de su letargo y vuelve a funcionar desde la lección temporalmente olvidada. La búsqueda no le dio ningún resultado; su distracción no hizo sino aumentar. Diversas ideas acudían a su mente.

Se acordó de pronto del encuentro con Kovalenko en la primavera pasada. El relato inexistente y engañosamente prometido fue recordado de inmediato como algo ya acabado y compuesto; a punto estuvo de gritar al darse cuenta que era allí donde estaba el dinero buscado, no el secreto, sino el de procedencia honrada, el de la categoría de billetes de cien rublos; una vez que hubo reflexionado sobre todo ello, corrió la cortina de la ventana central para

oscurecer la mesa y sin pensarlo mucho se puso a escribir una carta a Kovalenko; superó con facilidad las fórmulas del encabezamiento y las primeras banalidades. No podemos saber cómo abordaría lo esencial porque en aquel preciso instante tuvo la misma extraña sensación que le había obligado a tensar el oído. Ahora lo comprendía. Era una sensación aguda, angustiosa, de vacuidad referida a la casa. Tenía la impresión de que estaba deshabitada, es decir, abandonada por todos cuantos en ella vivían a excepción de él y sus problemas. «¿Y Toriskold?», pensó, acordándose en el acto que no la había visto desde la tarde anterior. Apartó ruidosamente el sillón. Dejando abiertas de par en par las puertas de la sala de estudio, de la habitación de Gary y otras puertas más, salió corriendo al vestíbulo. En el hueco de una oblicua puertecilla que daba al patio ardía el calor de las cinco de la tarde, blanco como la arena. Visto desde lo alto le pareció aún más misterioso y feroz. «¡Qué inconsciencia! —se dijo pasando rápidamente de un cuarto a otro (no los conocía todos)—, las ventanas abiertas de par en par, ni un alma en la casa, ni en el patio, pueden robarlo todo sin que nadie se dé siquiera cuenta. ¿Y por qué he de ir a la ventana? Mientras la encuentre pueden ocurrir muchas cosas». Dio rápidamente la vuelta, bajó volando la escalera y por la puertecilla corrió al patio como si huyese de una casa en llamas. Y como a un toque de rebato, en las profundidades del patio se abrió de inmediato la puerta de la portería.

—¡Egor! —gritó Seriozha sin dejar de correr con voz distinta de la suya, dirigiéndose a un hombre que terminaba de masticar algo y se limpiaba el bigote y los labios con una esquina del mandil—. Enséñame, ten la bondad, el modo de ver a la francesa (no se atrevía a decir «franchute» como la titulaba toda la servidumbre, al igual que a todas sus predecesoras). Date prisa que Margarita Ottovna me pidió desde esta mañana que le diera un recado y sólo ahora acabo de recordarlo.

—Es esa ventana —masculló el portero, tragando presuroso, de golpe, lo masticado; alzó luego la mano, sacudió el cuello liberado y empezó a explicarle con voz completamente distinta la forma de llegar a ella. Durante el tiempo que duró la explicación no miraba a Seriozha, sino a la propiedad vecina.

Seriozha supo entonces que una parte del mísero edificio de dos plantas de ladrillo visto, contiguo al hotel en ángulo obtuso, y que los Fresteln arrendaban como fonda, estaba abierto a los propietarios por una entrada en la planta baja mediante el corredor que pasaba por delante de la habitación de Gary. A cada piso le correspondía una habitación en aquel pasaje, aislado de

la fonda por un muro interior. La de Mrs. Arild comunicaba con la segunda planta. —«¿Dónde he visto yo todo eso?»— se interrogó Seriozha intrigado, al tiempo que avanzaba presuroso por el pasillo. Cuando llegó al límite que separaba ambas mamposterías oyó retumbar bajo sus pies las láminas inclinadas que formaban el suelo suplementario. Ya estaba a punto de recordarlo, pero no ahondó en el recuerdo porque en aquel mismo instante se alzó ante él una escalera enroscada como un caracol de hierro. Metido en su espiral tuvo que frenar su carrera para tomar aliento. Los latidos de su corazón, sin embargo, seguían siendo fuertes y seguidos cuando la escalera ya desenroscada del todo le llevó directamente a la puerta de la habitación. Seriozha llamó; no le respondió nadie. Empujó la puerta con mayor fuerza de la precisa y ésta se abrió golpeando el entrepaño sin provocar ninguna protesta. Aquel sonido fue la prueba más elocuente de que no había nadie en la habitación. Seriozha lanzó un suspiro, dio media vuelta y se dispuso a descender agarrándose a la metálica barandilla, pero al recordar que había dejado la puerta abierta de par en par volvió sobre sus pasos para cerrarla. La puerta se abría a la derecha, hacia allí debía mirar en busca del picaporte, pero Seriozha lanzó una mirada solapada a la izquierda y quedó estupefacto.

Sobre un cubrecama de punto, enfilados hacia él los tacones de unos elegantes zapatos, yacía Mrs. Arild justo frente a él con su lisa falda negra, toda vestida y rígida como una difunta. Sus cabellos parecían negros y tenía exangüe el rostro.

—Ana, ¿qué le ocurre? —exclamó Seriozha atragantándose con el flujo de aire que brotó de su pecho.

Se precipitó hacia la cama y de rodillas ante ella alzó con una mano la cabeza de Arild buscando febril y torpemente su pulso con la otra. Apretaba bien en un lado, bien en otro, las gélidas articulaciones de la muñeca sin encontrarlo. «¡Señor, señor!», sonaba en sus oídos y pecho con mayor fuerza que el galopar de los caballos. Fija la mirada en la deslumbrante palidez de sus párpados inmóviles, pesados, le parecía que arrastrado por el peso de su nuca caía con vertiginosa rapidez sin llegar nunca a ninguna parte. Se ahogaba y él mismo estaba a punto de perder el sentido. Arild recobró de pronto el conocimiento.

—¿*You, friend*?**[28]** —murmuró de forma apenas audible y abrió los ojos.

No sólo recobran el don de la palabra lo seres humanos. Todo comenzó a hablar en la habitación. Se llenó de ruido como si hubieran dejado pasar una bandada de niños. Lo primero que hizo Seriozha, al ponerse en pie de un salto, fue cerrar la puerta. «¡Ah, ah!», repetía en un estado de lacónica

beatitud girando por la habitación sin ningún objetivo. Tan pronto se dirigía a la cómoda como hacia la ventana. Aunque el cuarto orientado al norte navegaba entre sombras liláceas, las etiquetas de los frascos y redomas podían leerse en cualquier parte de la habitación sin necesidad de correr hacia la ventana con cada uno de ellos. Lo hacía con el único fin de dar salida a la exuberante alegría que le embargaba. Arild había recobrado ya por completo el conocimiento y sólo por complacer a Seriozha cedía a sus ruegos. Para contentarle accedió a oler sales inglesas y el penetrante olor del amoniaco la afectó momentáneamente tanto como a cualquier persona sana: llenó de lágrimas sus ojos y plegó su rostro en una expresión de asombro que le hizo levantar las cejas. Rechazó a Seriozha con la mano en un movimiento pleno de fuerza recuperada. La obligó también a tomar gotas de valeriana. Cuando terminaba de beber el agua sus dientes golpearon el borde del vaso y emitió un sonido parecido al de los niños cuando manifiestan que su necesidad de beber está enteramente satisfecha.

—¿Han regresado ya nuestros amigos comunes o siguen paseando? —preguntó Ana después de poner el vaso sobre la mesita y relamerse los labios. Luego ahuecó la almohada para sentarse más cómodamente y se interesó por la hora.

—No sé —respondió Seriozha—, lo más probable es que falte poco para las cinco.

—Mi reloj está sobre la cómoda. Mire, por favor —pidió Ana y añadió sorprendida—. No entiendo qué le entretiene tanto. Está bien a la vista. ¡Ah, es Arild! Un año antes de morir.

—¡Qué frente tan asombrosa!

—¡Sí, en efecto!

—¡Y qué viril! Es un rostro sorprendente. Son las cinco menos diez.

—Y ahora, por favor, deme la manta de viaje. Está ahí, sobre el baúl… Así, gracias, gracias, perfecto… Creo que seguiré tumbada un rato.

Seriozha empujó la rígida ventana y consiguió abrirla de un fuerte empellón. La habitación quedó sacudida como una campana que hubieran golpeado. Llenaba el aire el lánguido aroma de los dientes de león, de la yerba y el olor resinoso de los rojos barrotes de los bulevares. Los gritos de los vencejos se embrollaron en el techo.

—Tome, póngaselo en la frente —propuso Seriozha tendiéndole una toalla impregnada de colonia—. Y bien, ¿cómo se encuentra?

—Estupendamente, ¿es que no lo ve?

Seriozha sintió de pronto que no podría separarse de ella. Por eso dijo:

—Me voy enseguida. Pero usted no debe quedarse así. Puede repetirse. Hay que desabrochar la blusa y aflojar la ropa. ¿Podrá hacerlo sola? En la casa no hay nadie.

—*You'll not dare*[29]…

—¡Oh, no me ha comprendido! No tengo a nadie para enviar aquí. Ya le dije que me iba —la interrumpió Seriozha con voz queda, y con la cabeza gacha se dirigió lenta y tristemente hacia la puerta.

Cuando llegó al umbral, ella le llamó. Seriozha volvió la cabeza. Apoyándose en el codo, Ana le tendía la otra mano. Seriozha se acercó a los pies de la cama.

—*Come near, I did not wish to offend you*[30].

Dio la vuelta a la cama y se sentó en el suelo sobre las piernas dobladas. La postura prometía una charla larga y desenfadada. Pero la emoción le impedía pronunciar una sola palabra. Además, no había nada de qué hablar. Era feliz de no hallarse bajo la escalera de caracol, de no dejar de verla. Ella se disponía a romper aquel silencio penoso y algo cómico. De pronto, Seriozha se puso de rodillas y apoyándose sobre sus brazos cruzados en un borde del colchón, dejó caer en ellos la cabeza. Sus hombros se hundieron y distendieron y los omoplatos, como si triturasen algo, se movieron de forma regular y uniforme. No podía saberse si lloraba o reía.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué le ocurre? ¡Eso sí que no me lo esperaba! ¡Cálmese, cómo no le da vergüenza! —decía ella cuando sus silenciosas lágrimas se transformaron en claros sollozos.

Sin embargo, sus palabras de consuelo (y ella lo sabía) propiciaban aún más sus lágrimas y al acariciarle la cabeza provocaban nuevos torrentes. Seriozha no las reprimía. Reprimir el llanto significaba demorarlo y él llevaba una carga antigua y grande que quería gastar lo antes posible. ¡Qué felicidad no haberlas retenido, haber dejado que, por fin, se fueran todos los Sokólniki, Tvérskaia-Yámskaia, los días y las noches de las últimas dos semanas! Lloraba como si no fuera él quien había estallado, sino ellos. Lágrimas que eran llevadas y giraban como troncos derrubiados. Lloraba como si esperase que la tormenta, salida de una nube y repentinamente desencadenada, purifícase su preocupación por los millones. Como si pudiera influir en el curso futuro de la vida cotidiana.

Seriozha alzó de pronto la cabeza. Ella vio un rostro limpio y como alejado por la bruma. Como si no fuese él, sino alguien por encima de su persona, como directo tutor suyo, Seriozha pronunció algunas palabras, envueltas también por la misma lejana y oscura bruma.

—Ana —dijo en voz queda—, no se apresure con la negativa, se lo ruego. Pido su mano. Ya sé que no es así como se dice, pero ¿cómo puedo hacerlo? Sea mi mujer —prosiguió en voz más baja y firme, estremecido en su fuero interno por el irresistible fulgor de la palabra introducida por él, la primera vez en la vida y de idéntico significado que ella.

Esperó un instante para dominar la sonrisa surgida en lo más hondo de su ser, frunció el ceño y añadió en voz aún más baja y firme que antes.

—Pero no se ría, se lo ruego, no sería digno de usted.

Levantándose, se apartó de ella. Ana bajó presurosa las piernas de la cama. Su estado de ánimo era tal que pese al orden de su ropa tenía la sensación de llevar arrugado el vestido y alborotado el cabello.

—Amigo mío, amigo mío, ¿acaso es posible? —decía, repitiéndose. Intentaba levantarse, olvidando en el acto lo que quería hacer y separaba los brazos en un gesto de asombro a cada palabra, como si fuera culpable—. Está usted loco. No tiene piedad. Estuve sin conocimiento, me cuesta trabajo mover los párpados, ¿oye usted lo que le digo? No parpadeo, los muevo, ¿lo comprende o no? Y, de pronto, usted me pregunta eso. No se ría tampoco usted. ¡Cómo me turba! —exclamó en otro tono, como entre paréntesis y para sí misma.

Se puso rápidamente de pie y con esa exclamación en la boca, como si fuera una carga, se acercó a la cómoda, al otro lado de la cual, apoyado en ella el codo y la barbilla en la palma de la mano, la escuchaba Seriozha con aire sombrío.

Se aferró con ambas manos a las esquinas del borde y oscilando todo el cuerpo, expuso argumentos particularmente sorprendentes, iluminándole con la luz de una emoción que iba dominando poco a poco.

—Lo esperaba, flotaba en el aire. No puedo responderle, ya que la respuesta está en usted mismo. Tal vez algún día será así. ¡Cómo lo deseo! Porque, porque usted no me es indiferente. Se habrá dado cuenta de ello, naturalmente, ¿no? ¿De verdad? Dígame, ¿de verdad que no? ¡Qué extraño! Bueno, es igual. Pues bien, quiero que lo sepa —dudó un instante, hizo una pausa y continuó—. Estuve observándole todo el tiempo. Hay en usted algo que no es bueno. Y ahora, sabe, en este momento, más de lo que permite la situación. ¡Ay, amigo mío, así no se hacen las peticiones de mano! No se trata de la costumbre. Bueno, dejémoslo. Escuche, conteste a una pregunta, pero sinceramente, como si fuera su hermana. Dígame, ¿no hay en su alma algo deshonroso? ¡Oh, no se asuste, por Dios! ¿No dejan, acaso, huellas las promesas no mantenidas o el deber no cumplido? Pero, claro, claro, ya lo

suponía. Puede no responderme. Sé que todo cuanto es inferior al ser humano no tiene cabida ni larga ni frecuente en su alma, pero —continuó pensativa, trazando en el aire un gesto vago con la mano. Su voz sonó ronca y fatigada — hay cosas que son superiores a nosotros mismos. Dígame, ¿hay algo semejante en su vida? Es igual de terrible y yo le tengo tanto miedo como a la presencia de un extraño.

No dijo ninguna otra cosa importante, aunque continuó hablando. El patio seguía estando vacío y todos los pabellones se veían desiertos. Los vencejos volaban como antes encima de ellos. El día finalizaba con el ardor de una batalla épica. En bandadas enteras de lentas flechas trepidantes se acercaban los vencejos y, de pronto, viraban los puntiagudos picos y se volvían gritando. Todo estaba igual que antes. Tan sólo la habitación se había oscurecido.

Seriozha callaba porque no estaba seguro de poder dominar la voz si rompía aquel silencio. Cada vez que intentaba hablar, su mentón se alargaba y comenzaba a temblar. Sollozar por motivos personales tan sólo, sin la posibilidad de cargar el llanto a los suburbios de Moscú, le parecía innoble. Su silencio abrumaba terriblemente a Ana. Sentíase cada vez más descontenta de sí misma. El caso es que estaba de acuerdo con la propuesta, pero esto no se deducía de sus palabras. Tenía la impresión de que las cosas no podían ir peor y todo por su culpa. Como siempre, en semejantes casos, le parecía ser una muñeca sin corazón y calumniándose a sí misma se avergonzaba de la fría retórica que, según ella, encerraba su respuesta. Para enmendar tal imaginario pecado, segura de que ahora todo sería distinto, dijo con la misma voz de toda aquella tarde, una voz que había adquirido cierta semejanza con la de Seriozha.

—No sé si me habrá usted comprendido. Acepto su ofrecimiento. Estoy dispuesta a esperar cuanto sea preciso. Pero, ante todo, vuelva en sí, recóbrese como es debido, yo no sé cómo, pero usted, probablemente, lo sabe demasiado bien. Ni yo misma sé lo que digo. Son alusiones que brotan en contra de mi voluntad. Adivinar o suponer es asunto suyo. Además, otra cosa: la espera no me será fácil. Y ahora, basta, nos destrozaremos el uno al otro si seguimos hablando. Escúcheme, si de verdad me quiere, aunque sólo sea la mitad de lo que… Pero ¡qué hace! ¡Cálmese, le ruego! Lo va a estropear todo… Así está bien, gracias.

—Quería usted decirme algo —le recordó Seriozha en voz baja.

—Sí, claro, no lo he olvidado. Quería pedirle que bajara. De veras, hágame caso, vuelva a su cuarto, lávese la cara, dé un paseo, tranquilícese. ¿Está de acuerdo? Muy bien. Tengo otro ruego que hacerle, pobre amigo mío.

Vuelva a su habitación y lávese sin falta. Nadie debe verle con esa cara. Espéreme, pasaré a buscarle y juntos daremos un paseo. Deje ya de mover la cabeza. Da grima verle. No es más que autosugestión. Intente hablar, confíe en mí.

De nuevo retumbaron bajo sus pies los huecos del entarimado, de nuevo recordó el patio del Instituto, de nuevo los pensamientos evocados por la memoria desfilaron velozmente, febriles y maquinales, sin ninguna relación con él. Estaba de nuevo en su habitación inundada de luz, tan amplia que parecía deshabitada. Durante su ausencia la luz se había desplazado. La cortina de la ventana central ya no oscurecía la mesa. Era la misma luz amarilla y oblicua que continuaba arriba, tras el ángulo, depositando, probablemente, sombras cada vez más violáceas sobre la cama y la cómoda atestada de frasquitos. Cuando Seriozha estaba allí, aquellas sombras tenían un límite y se extendían con bastante miramiento, pero ¡qué prisa se darían ahora cuando él no estaba, cómo se aprovecharían de su ausencia los vencejos lanzándose sobre ellas, venciéndolas, dominándolas! Aún hay tiempo de evitar la violencia y volver a lo pasado, no es tarde todavía para empezar todo de nuevo y acabar de otro modo, todo es posible aún, pero pronto no lo será. ¿Por qué, entonces, él la obedeció y se fue? «Está bien, lo admito». Al mismo tiempo, desde la ardiente serie de los pensamientos sobre Ana respondía a otros, febriles y maquinales, que se deslizaban veloces a su lado sin ninguna relación con él. Descorrió la cortina central y corrió la del extremo, desplazando de nuevo la luz: la mesa se hundió en la oscuridad y en lugar de ella emergió de la sombra a la claridad, iluminada hasta la pared del fondo, la habitación vecina por la cual debía llegar Ana hasta él. Su puerta estaba abierta de par en par. Mientras realizaba todos aquellos movimientos, olvidó por completo que debía asearse.

«También María. Bueno, lo admito. Pero María no necesita de nadie. María es inmortal. María no es una mujer».

Seriozha estaba de espaldas a la mesa, apoyado en ella, los brazos cruzados sobre el pecho. Desfilaban ante él con abominable automatismo las vacías estancias del Instituto, sordas pisadas, los hechos del verano pasado, los fardos no sacados de María. Bailaban ante sus ojos pesadas cestas como conceptos abstractos; las maletas atadas con cuerdas y correas podían servir de premisas para las conclusiones. Aquellas frías imágenes le hacían sufrir como lo haría un huracán de ociosa espiritualidad, un torrente de ilustrada vanielocuencia. Con la cabeza inclinada, cruzados los brazos, irritado,

esperaba angustiosamente a Ana para correr hacia ella y refugiarse de aquel alucinamiento vulgar que le dominaba.

«Bueno, enhorabuena por el fracaso. Gracias, lo mismo le deseo. Haciendo el tonto, haciendo el tonto, otro llegó en el momento oportuno y ya ni rastro. Que Dios le dé salud, no sé nada y nada quiero saber. Desapareció sin dejar huella. Lo admiro; magnífico, pues».

Mientras intercambiaba frases hirientes con el pasado, los faldones de su chaqueta bailoteaban sobre una hoja de papel de cartas escrita por arriba y en blanco en sus dos terceras partes. También de eso era consciente, pero la carta a Kovalenko se hallaba por ahora en otra fila con la cual departía sarcásticamente.

De pronto, y por primera vez durante el año transcurrido, sospechó que fue él mismo quien contribuyó a que María abandonara su casa, pero el que arregló su viaje al extranjero no podía ser más que el canalla de Balz (como le llamaba en su fuero interno). Tuvo en aquel instante la certeza de no estar equivocado. Sintió dolor en el corazón, pero no era la rivalidad de antaño lo que le hacía sufrir, sino el hecho de que a la hora de Ana pudiera interesarse por algo no referente a ella, por algo que había revivido de modo inadmisible y ofensivo para ella. Comprendió con la misma celeridad que una intromisión ajena podía amenazarle también este verano mientras que él no fuera más realista y positivo.

Tomó una decisión y girando sobre sus tacones examinó la habitación y la mesa como si las viera por primera vez en su vida. Las franjas del sol poniente habían madurado, llenándose de su último arrebol. El aire quedó serrado de arriba abajo en dos lugares de la estancia; se desprendían del techo y caían al suelo ardientes virutas. El extremo de la habitación parecía sumido en las tinieblas. Seriozha colocó una pila de papel de forma cómoda para tenerla a mano y encendió la electricidad, olvidando por completo que se había puesto de acuerdo con Ana para dar un paseo.

«Me caso —escribía a Kovalenko— y tengo extrema necesidad de dinero. Estoy transformando el relato del que le hablé en drama. Será un drama en verso».

Y se puso a contarle el argumento.

«En el ambiente real de la vida rusa de nuestros días, representada sin embargo de forma más amplia, para que tenga mayor significado, surge un rumor que se propaga entre los más importantes hombres de negocios de una de las capitales. El rumor crece y se adorna con detalles. Se transmite verbalmente, no aparece ninguna confirmación en la prensa porque es algo

contrario a la ley y por la reforma reciente del código, el hecho está incluido en la categoría de actos criminales. Dícese que hay un hombre que quiere venderse voluntariamente a otro como propiedad suya, la venta se haría en subasta y a lo largo de la misma se vería el sentido y el interés de la operación. Parece que Wilde tiene algo que ver con ello y también las mujeres. Nadie sabe quién es el hombre, ni dónde está. El rumor se expande también entre los jóvenes mercaderes que amueblan sus casas siguiendo los diseños de los decoradores teatrales y embellecen sus charlas con términos espirituales de las teorías hindúes. El día señalado, ya que hasta la fecha de la subasta es conocida incomprensiblemente por todos, cada uno se dirige a las afueras de la ciudad con cierto temor de haber sido engañado por sus amigos y ser blanco de sus burlas. La curiosidad, empero, es más fuerte y el tiempo además magnífico; estamos en el mes de junio. La subasta tiene lugar en una dacha nueva que ninguno de ellos había visitado antes. Mucha gente, todos se conocen. Herederos de fortunas cuantiosas, filósofos, coleccionistas, melómanos, estetas refinados. Filas de sillas; el piso algo levantado forma una especie de estrado donde hay un piano con la tapa levantada y a un lado del mismo, algo ladeada, una mesita con un martillo. Varios ventanales amplios de tres batientes. Al fin aparece… Es un hombre muy joven. Al llegar aquí habrá, naturalmente, dificultades para denominarle; en efecto, ¿qué nombre se le puede dar a una persona que desde el principio se empeña en ser símbolo? Los símbolos, como se sabe, suelen ser distintos, pero como es preciso darle un nombre le llamaremos provisionalmente Y al modo algebraico. Se hace evidente de inmediato que no será un gran espectáculo, que no se trata de una representación circense ni nada tiene que ver con Cagliostro y ni siquiera con las *Noches egipcias*[31], que el hombre va en serio y con cierta intención incluso. Se ve que no es una broma, que todo ocurrirá durante su común permanencia en el mundo sin aplazamientos ni fantasías y que no podrán evitarlo. Por ello, con toda la simplicidad de la prosa, lo mismo que si estuvieran en un teatro, le reciben con aplausos, y manifiesta que la persona que pague por él la suma más elevada dispondrá de su vida y muerte. Que él necesita tan sólo veinticuatro horas para invertir la suma recaudada con arreglo a lo ya previsto y que él no se quedará con nada. Después, comenzaría su esclavitud incondicional y absoluta cuya duración confiaba desde ahora a su futuro dueño, que no sólo podría utilizarle como le diese la gana en la vida corriente, sino también acabar con su existencia cuándo y como le pluguiese. Ya tenía preparada la falsa confesión de suicidio que liberaba de antemano al asesino de toda responsabilidad. Estaba dispuesto también a redactar

cualquier otro documento, manifestando su conformidad con todo cuanto le ocurriese siempre que fuera preciso y se lo indicara».

«Y ahora —dice—, tocaré y recitaré para ustedes. Tocaré algo que no esté compuesto, es decir, improvisaré; lo que recito ya está escrito, es obra mía».

«En ese instante cruza el estrado un personaje nuevo que toma asiento ante la mesita. Es un amigo de Y. A diferencia de los restantes amigos que se despidieron de él por la mañana, él se quedó con Y a ruego suyo. No es que le quiera más que los otros, pero él no pierde la serenidad como ellos porque no confía en la realización de aquel plan. Es funcionario de Tesorería y hombre muy cumplidor. Y le eligió para llevar la puja de la subasta a la cual su amigo no concedía ningún valor. Se había quedado para ayudar a la realización de una fantasía en la cual no creía y enviar luego a su amigo a un largo viaje, usando el mazo de acuerdo con todas las reglas del arte de la subasta. En eso empezó a llover…»

«En eso empezó a llover…», escribió Seriozha al comienzo de la hoja octava y recopió en papel corriente lo que antes había escrito en papel de cartas. Era el primer borrador de aquellos que se escriben de una sentada, a lo largo de una noche, una o dos veces en la vida. Tienen por fuerza exceso de agua que viene a ser su elemento natural, destinado a plasmar emociones fuertes, obsesivas y monótonas. En los primeros borradores se deposita en el papel la idea más general tan sólo, carente aún de forma; no hay en ellos detalles vivos, pero la espontaneidad de la idea que se basa en circunstancias vividas suele ser asombrosa. La lluvia fue el primer detalle del borrador que detuvo a Seriozha. Pasó lo escrito a otro papel de mayor tamaño y comenzó a tachar y retachar en su afán de conseguir la anhelada claridad. Empleaba a veces palabras que aún no existían en el idioma. Las dejaba provisionalmente sobre el papel con el fin de que le orientaran después hacia cauces más directos de agua pluvial en el lenguaje hablado, formados por la hermandad de la inspiración y la vida cotidiana. Confiaba que esos cauces, admitidos y comprendidos por todos, acudirían a su memoria y su anticipación velaba de lágrimas sus ojos como si fueran cristales ópticos mal graduados.

Si no estuviera sentado como todos cuantos escriben a un lado de la mesa, de espalda a los dos accesos de la habitación o bien si durante un momento hubiera vuelto la cabeza a la derecha, se habría llevado un susto de muerte. Ana estaba de pie en la puerta. Tardó unos instantes en desaparecer. Retrocedió uno o dos pasos del umbral y se mantuvo próxima a él y visible justo el tiempo que consideró preciso para no dejar que prevaleciera la fe o la superstición. No quería medir sus fuerzas con el destino ni por premeditada

lentitud, ni por ciega celeridad. Iba vestida como para ir de paseo. Tenía en las manos un paraguas muy enrollado porque en el lapso de tiempo transcurrido no había roto sus lazos con el mundo y tenía una ventana en su habitación. Además, antes de salir en busca de Seriozha, tuvo la cordura de consultar el barómetro que marcaba tormenta. Surgida como una nube a espaldas de Seriozha parecía —aunque toda vestida de negro— blanca y vaporosa a la luz de un rayo deslumbrador del sol poniente que se filtraba por debajo del cúmulo azul-morado y pendía amenazador sobre los jardines de la calle. Los raudales de luz la diluían juntamente con el entarimado y se arremolinaban acremente bajo ella como si fuera vapor. Por dos o tres movimientos de Seriozha, Ana adivinó el mal que le aquejaba y su propia incorregibilidad. Al ver cómo se golpeaba la frente con el puño, se volvió, recogió la falda e inclinándose abandonó de puntillas, con pasos largos y decididos, la sala de estudio. Una vez en el pasillo, apresuró su marcha, dejó caer la falda y sin dejar de mordisquearse los labios, lo mismo que antes, desapareció igual de silenciosamente.

No era preciso rechazarle. Todo había sucedido por sí mismo. La ventana de su habitación reflejaba en toda su amplitud los desplazamientos del cielo. Por el aspecto de sus cúmulos morados era evidente que llegaría mojada a la próxima esquina. Con tanta mayor rapidez debía tomar una decisión para no quedarse sola en medio de aquella creciente angustia que iba madurando rápidamente. Él solo pensamiento de quedarse a solas en su habitación, la helaba de espanto. ¿Qué habría sido de ella si, además, hubiese ocurrido eso? Corrió por el patio hacia la calle y cerca de la casa alquiló un coche que ya tenía levantada la capota. Se dirigió al callejón Chernyshevski, a casa de una inglesa que conocía con la esperanza de que el temporal fuera largo e intenso, de forma que no pudiera regresar a casa y la inglesa tuviera que albergarla aquella noche lo quisiera o no.

«… Así pues, en la dacha empezaba a llover. He aquí lo que sucede ante las ventanas. Los viejos abedules dejan en libertad bandadas de hojas y las despiden desde lo alto. Mientras tanto jóvenes vástagos se enredan en sus cabellos y se alzan en blancos torbellinos dispuestos a una nueva caída. Una vez despedidas las hojas, que ya se han perdido de vista, los abedules se vuelven hacia la dacha, llegan las tinieblas y antes de que el trueno aseste su primer golpe, comienza a sonar dentro del piano.

»Y elige como tema el cielo nocturno tal como sale del baño entre el plumón de cachemira de las nubes, entre el vaho de incienso y caparrosa del bosque sacudido, con grandes espacios de estrellas lavadas hasta sus más

últimos rincones que ahora parecen mayores y más visibles. El brillo de aquellas gotas, que no pueden separarse del espacio por mucho que lo intentan, ya las ha colgado él sobre el seto instrumental. Recorre con ímpetu el teclado, abandona lo ya hecho y retorna de nuevo, lo entrega al olvido y vuelve a recordarlo. Los cristales se achatan por la gelatina mercurial y los abedules con inmensas brazadas de aire desfilan ante las ventanas, lo dejan caer por todas partes, manchan las greñudas cascadas mientras que la música hace reverencias a derecha e izquierda y siempre promete algo.

Es digno de señalar que cuando alguien intenta poner en duda la honestidad de la palabra musical, el pianista salpica al incrédulo de sones milagrosos, inesperados, que se repiten constantemente. Es el milagro de su propia voz, es decir, el milagro de cómo será recordada y sentida mañana. La fuerza del milagro es tal que podría, sin ningún esfuerzo, rajar el cuerpo del piano, triturar de paso los huesos de los mercaderes y las sillas vienesas; no obstante, se dispersa en argentinos y veloces sones que cuanto más frecuentes y vivos tanto más quedos resuenan.

Recita exactamente del mismo modo. Dice: les leeré tantas estrofas de versos blancos y tantas columnas de versos rimados. Y de nuevo, cada vez que alguien cree que a ese tapiz de mentiras le da lo mismo apoyar bien la cabeza, bien los pies en el polo, surgen descripciones y semblanzas de inconcebible sensibilidad magnética. Son imágenes, es decir, milagros verbales, es decir, de sumisión plena y sagital a la tierra. Por lo tanto son las direcciones que mañana seguirá su moral, su aspiración a la verdad.

¡Y qué extraña manera tenía aquel hombre de sentir todo ello! Como si alguien tan pronto le mostrara la tierra como la escondiera en la manga, como si comprendiese la belleza viva como la diferencia máxima entre el ser y el no ser. Esa diferencia, sólo concebible en un instante, era retenida y elevada por él al rango de un signo poético constante. Y esa era la novedad por él introducida. Pero ¿dónde podía haber visto aquellas apariciones y desapariciones? ¿No le habría hablado la voz de la humanidad de aquella tierra fugazmente entrevista en la sucesión de las generaciones?

Todo eso es arte total, completo, todo ello habla de la infinidad tal como la susurran las fronteras, todo tiene su origen en la riquísima pobreza terrenal, entrañable e insondable. Alterna el piano con la declamación, percibe el susurro de frases en francés, su olfato se llena de perfumes. Le ruegan a media voz que lo olvide todo, que continúe simplemente lo que hace, que no se interrumpa, pero no es eso lo que él desea.

Entonces se levanta y dice que agradece el amor que sienten por él, pero que no le quieren suficientemente, si no se acordarían de que están en una subasta y para qué les ha reunido allí. Dice que no puede descubrirles su plan para evitar que vuelvan a entrometerse como ya ha ocurrido otras veces, proponiéndole otra solución, quizá más generosa, pero incompleta sin duda alguna y distinta de la que le ha sugerido el corazón. Que en la tosca hechura del ser humano no podía aplicarse. Que su deber es venderse y ellos tienen que ayudarle. No importa que su idea les parezca un capricho funesto. De todas formas, o son capaces de entenderle por completo, o no. Y si le comprenden, han de obedecerle ciegamente. Vuelve a tocar y a recitar; en los intervalos, crepitan los adjetivos numerales; tienen trabajo las ociosas manos y la garganta del amigo; al cabo de unos veinte minutos de absurda fiebre, en el punto máximo de la ronquera, en la última ola de una sudoración sin igual queda adjudicado al más bondadoso de los participantes: a un famoso filántropo, hombre de rigurosos principios; quien no le devuelve la libertad de inmediato, no aquella noche…

No se trata, claro está, de los auténticos apuntes de Seriozha. El mismo, por otra parte, no los acabó. Quedaron en su mente muchas cosas que no fueron transcritas al papel. Estaba pensando justamente en un tumulto callejero cuando Margarita Ottovna, toda mojada y furiosa, irrumpió en su habitación, arrastrando por la mano a Gary que se resistía, avergonzado, al parecer, por el inminente escándalo.

Según lo planeado por Seriozha, al tercer día de la transacción, aproximadamente, el benefactor sostenía con su esclavo una conversación de enorme importancia y profundidad. Había planeado que el millonario instalara a Y en un pabellón aislado, que le colmara de lujo y atenciones, pero que cansado de las preocupaciones que le ocasionaba y lleno de angustia por no saber cómo utilizarle dignamente le visitaba para rogarle que se fuera con viento fresco a donde le diera la gana. Y se negaba. Precisamente durante la noche en que ocurría semejante conversación venían a informarles —estaban, en el campo— que había disturbios en la ciudad, iniciados con un violento estallido en el distrito donde Y había dejado sus millones. La nueva desalentó a los dos y, sobre todo, a Y, porque veía en aquellos alborotos, propagados tan lejos, un retorno al pasado cuando él confiaba en una renovación completa e irrevocable. Entonces partiría.

—¡Esto es inaudito!… Estuve a punto de romper el paraguas. *Je l’admets a l’egard des domestiques, mais qu’en ai-je a penser si*[32]… ¡Dios mío, qué le ocurre! ¿Se encuentra bien? Y yo que… Espere un momento… Gary, ahora

mismo te vas a la cama, inmediatamente, inmediatamente. Varia, dele unas friegas de alcohol. Mañana hablaremos, no me venga ahora con lloriqueos, haberlo pensado antes. Ve, hijito. Sobre todo en los pies, en las plantas y en el pecho con aceite de trementina. Mañana diré a todos unas palabras cariñosas y también a Lavrenti Nikitich; en cuanto a la mistress ella será la primera en responder.

—¿Qué hizo ella?

—¡Por fin! No quería hablar delante de ellos. Al principio no me di cuenta de nada, no se enfade. ¿Tiene algún disgusto? ¿Le ocurre algo a su familia?

—Perdone, dígame, por favor, ¿por qué está enfadada con mistress Arild?

—¿De qué me habla? No comprendo nada. ¡Cómo se ha ruborizado! ¡Ah, entonces de eso se trata! ¡Vaya, vaya! Me pregunta por mi… doncella. Se fue esta mañana. Abandonó la casa juntamente con el resto de los criados. Pero ellos, al menos, regresaron al anochecer.

—¿Y mistress Arild?

—¡Qué pregunta tan indecente! ¿Cómo voy a saber dónde pernocta mistress Arild? *Suis-je sa confidente*?**[33]**. Me he detenido aquí, mi buen amigo, para pedirle que mañana por la mañana cuide de que Gary recoja sus juegos y libros. Que lo haga él mismo como pueda. Usted, naturalmente, lo arreglará todo después, pero sin hacerle ver que pensaba hacerlo. Me parece que quiere preguntarme sobre la ropa blanca y demás, pero es Varia la que se encargará de ello, a usted no le concierne. Considero que siempre cuando sea posible conviene dar a los niños cierta ilusión de independencia. En esos casos hasta las apariencias contribuyen a crear hábitos saludables. Me gustaría, además, que en el futuro prestara mayor atención a Gary que hasta ahora. Yo, en su lugar, bajaría un poco más la pantalla. Permítame, así, por ejemplo. ¿No cree que está mejor? ¿Qué dice? Bueno, temo pescar un resfriado. Partiremos pasado mañana. Buenas noches.

Un día, al comienzo mismo de su amistad, Seriozha habló con Ana de Moscú para comprobar cómo conocía la ciudad. Además del Kremlin, que había visitado suficientemente, le habló de varios barrios donde vivían amigos suyos. De los nombres citados sólo recordaba dos: la calle de Sadóvaia-Kudrínskaia y el callejón de Chernyshevski. Eliminando las direcciones olvidadas como si la elección de Ana estuviese limitada por su capacidad de retentiva, Seriozha estaba seguro de que Ana pasaba la noche en Sadóvaia. Estaba seguro de ello porque entonces sí que no había remedio. Encontrarla a semejante hora y en una calle tan amplia, sin tener siquiera una idea de la casa donde debía buscarla, era imposible. Sería distinto si estuviera en el callejón

de Chernyshevski, pero ella no podía estar allí de ningún modo por todo el sentir de su angustia, que como un perro corría delante de él y escapando de sus manos le arrastraba detrás de sí. En Chernyshevski la habría encontrado sin duda alguna si fuera pensable que la propia Ana hubiese decidido ir al lugar donde él quería (¡y cómo lo quería!) situarla. Convencido de su fracaso, corría para ver con sus propios ojos la irrealizable posibilidad. El estado de su ánimo era tal que prefería soportar la más cruel de las desesperanzas que permanecer inactivo.

La mañana era fría y brumosa. Acababa de cesar la lluvia nocturna. A cada paso se reflejaba en el granito gris, casi negro por la humedad, el centelleo de los plateados álamos. El cielo plomizo aparecía salpicado, como si fuera de leche, por sus blancas hojas que revestían la calzada como sucios trozos de recibos rotos. Era como si la tormenta, al irse, hubiera encomendado a los árboles que desenmarañaran las consecuencias y toda la mañana enredada y llena de sorpresas estuviera en sus pálidas y frescas manos.

Ana solía ir a misa los domingos a la iglesia anglicana. Seriozha recordaba oírle decir que en las proximidades de la misma vivía una de sus amigas. Por esta razón se situó con sus inquietudes enfrente mismo de la iglesia.

Lanzaba miradas inexpresivas a las ventanas abiertas de la dormida casa pastoral y su angustiado corazón apresaba convulsivamente retazos de todo cuanto veía, tanto las húmedas paredes de ladrillo de los edificios como el mojado follaje de los árboles. Sus ojos inquietos tronzaban hasta el seco aire que respiraba, sin sentir que pasaba por sus pulmones.

Para no despertar sospechas se paseaba de vez en cuando con aire despreocupado por todo el callejón. Tan sólo dos sonidos quebrantaban aquel somnoliento silencio: los pasos de Seriozha y el ruido de un motor que funcionaba por ahí cerca. Era la rotativa de la imprenta de *Rússkie Védomosti*[34]. Seriozha sentía su interior lleno de heridas, le asfixiaban con su abundancia que apenas si tenía fuerzas para soportar y que debía soportar.

La fuerza que ampliaba hasta lo infinito sus sensaciones era la pasión en el sentido más literal de la palabra, es decir, aquella propiedad de la pasión que da vida en el idioma a un sinfín de imágenes, metáforas y, más aún, a misteriosas formaciones que no se prestan a ninguna explicación. Como era lógico, todo aquel callejón con su densa neblina estaba plena y totalmente lleno de Ana. Seriozha no estaba en él solo y lo sabía. ¡Quién no ha sentido lo mismo antes que él! Su sentimiento, sin embargo, era todavía más amplio y preciso; de nada podía servirle la ayuda de amigos y predecesores.

Comprendía lo difícil y doloroso que era para Ana la estancia en la ciudad aquella mañana, cuánto le costaba la dignidad sobrehumana de la naturaleza. La evocaba en su imaginación silenciosa y bella, sin pedirle ayuda. Y muriendo de angustia por la auténtica Ana, es decir, por toda aquella magnificencia en su más breve y preciosa singularidad, la veía rodeada de álamos como si fueran toallas heladas, hundirse en las nubes, volcar lentamente hacia atrás sus torres góticas de ladrillo. Ese ladrillo rojo de cocción extranjera parecía importado y él, sin saber por qué, suponía que de Escocia.

Un hombre con abrigo y sombrero flexible salió de la imprenta después del trabajo nocturno. Sin volver la cabeza, se dirigió hacia la calle Nikítskaia. Para no despertar sospechas en el caso de que volviera la cabeza. Seriozha pasó de la acera del periódico a la de Escocia y encaminó sus pasos hacia la calle Tvérskaia. A veinte pasos de la iglesia la vio en una pequeña ventana de la casa de enfrente. En aquel justo momento ella, desde el interior, se había asomado a la ventana. Una vez superada la sorpresa, empezaron a hablar a media voz como en presencia de personas dormidas. Lo hacían a causa de la amiga de Ana. Seriozha permanecía de pie en medio de la calzada. Diríase que hablaban en un susurro para no despertar a la capital.

—Hace tiempo —dijo Ana—, que estaba oyendo que alguien caminaba por aquí constantemente, alguien que no dormía. Y si fuera él, pensé. ¿Por qué no vino usted enseguida?

El interminable pasillo del vagón era sacudido de un lado a otro. Tras la fila de puertas barnizadas, herméticamente cerradas, dormían los viajeros. Los resortes elásticos aminoraban el movimiento del vagón que parecía un edredón de hierro magníficamente mullido. El extremo del edredón era el que se mecía más gratamente y el grueso jefe de tren con sus botas, pantalones bombachos, gorro redondo y un silbato suspendido de una correa recordaba los huevos que, jugando, se hacen rodar en Semana Santa. Pasaba calor dentro de su uniforme de invierno y para aliviarse un tanto se ajustaba sobre la marcha sus severos lentes que sorprendían por lo pequeños entre las gruesas gotas de sudor que inundaban todo su rostro. En un vagón de otra clase, el jefe, al observar la postura de Seriozha, le habría asido por el talle o bien de cualquier otra parte para sacarle de su ensimismamiento. Seriozha dormitaba, apoyados los codos en el borde de la ventanilla abierta. Dormitaba y despertaba, bostezaba, extasiándose ante el paisaje y se frotaba los ojos. Asomado a la ventanilla cantaba a voz en grito las melodías que había tocado Ana y nadie le oía vociferar. Cuando el tren salía de las curvas y seguía una

vía recta, se apoderaban del pasillo armoniosas y permanentes corrientes de aire. Las indómitas puertas de las plataformas y los retretes, cansadas de tanto golpear y chirriar, extendían sus alas y bajo el estrépito de una velocidad acrecentada era asombroso sentir que no eras tú el arrastrado por la tracción, sino simplemente un pájaro que tiraba del tren con música de Schumann en el alma.

No era solamente el calor lo que le había echado del compartimento. No se sentía a gusto en compañía de los Fresteln. Serían precisas una o dos semanas para que las quebrantadas relaciones recuperaran su antiguo curso normal. A la que menos culpaba de su empeoramiento era a Margarita Ottovna. Reconocía que incluso si fuera su hijo adoptivo y su obligación principal fuera la de mimarle y consentírselo todo, incluso en ese caso, tendría motivos suficientes para desesperarse en medio del reciente caos que se organiza en vísperas del viaje.

Después de la todavía fresca reprimenda de la otra noche, se las había ingeniado para desaparecer todo el día anterior a la marcha cuando sabía perfectamente el jaleo que se formaba en una casa en tales circunstancias desde las primeras horas del día.

—¡Las cortinas! —chillaba alguien inesperadamente y, de pronto, entre trozos de esteras aparecía Egor milagrosamente vivo y entero—. ¡Las cortinas! ¡Qué castigo!

—¿Qué les pasa a las cortinas?

—¿Qué va a pasarles, estúpido? Según tú, ¿han de quedar colgadas?

—¿Y qué va a pasarles?

—¿Las sacudiste al menos?

—¡Lavrenti, vete al diablo! ¡Déjame en paz!

—Varia, querida, que no estamos en una fiesta, ¿sabe?

»… Al fin y al cabo, al diablo con ella. Arild, pues Arild. Me da pena el pobre chico. Es una mujer que no vale nada y además una intrigante. ¡Qué le vamos a hacer! Tal para cual. Pero si va en serio, tendría que portarse de otro modo, en el mundo todo puede hacerse correctamente. El tren de Briansk salía a las 5,45, él la acompañó a la estación y basta. Portarse de modo que nadie en la casa pueda decir algo de ti, ni donde estuviste, ni lo que has perdido. Todos pensarían entonces: he aquí un hombre cabal, una persona decente que se respeta a sí mismo. Pero, por lo visto, comportarse así es un atraso, las cosas son distintas ahora. ¡Mira que encerrarse en su cuarto después de haberla despedido en la estación! No le importa, por lo visto, que

todos se dediquen a observarle para ver cómo lo pasa, cómo se habitúa… ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Despedirle…

—No se moleste, señora, no es así, yo misma lo haré, sólo que… ¡Oh, demonios, qué porquería! Ya decía yo que era mejor una cuerda.

«… pero cómo voy a despedirle en medio de todo este jaleo? Por otra parte es del todo evidente que el salario no lo necesita ahora para divertirse. En tal caso, debe comprender que el empleo no es un pasatiempo y hay que valorarlo. Alguna excusa tiene su proceder si hablamos de “vivencias”, esa nueva expresión decadente. Claro está que también las “vivencias”, o sea, el poner de manifiesto los propios secretos a la vista de todos, puede hacerse de manera decente, pero él, al día siguiente, parecía un hombre totalmente distinto, que para nada servía. ¡Oh, Jesús, Jesús! Era la pasividad en persona. —Si se le hubiera propuesto clavaría las cajas con la cabeza y no es eso lo que se precisa en una casa honorable y no se emplea a un preceptor con ese fin… Y ahora, que estamos de viaje, viene con nosotros. ¿Por qué está aquí? ¿Despedirle…?»

En Tula perdieron el tren correo que enlazaba con el de Moscú; habían visto horrorizados por la ventanilla del vagón cómo huía ante ellos en dirección a Kaluga. Pasaron una noche espantosa… Pero fueron recompensados por aquellas diez horas de martirio. Hacía una hora aproximadamente que había pasado por Tula un tren expreso de la vía Syzran-Viazemski y pudieron instalarse con todo confort, lo que no hubieran conseguido de hacer el traslado en plena noche…

«… ¿Cómo voy a despedirle? Antón Kárlovich y Gary están dormidos y debo despertarles dentro de veinte minutos. ¡Pobrecitos!»

Al jefe de tren le había caído simpático el compartimento y venía a visitarles a cada momento. El paisaje era realmente maravilloso. En aquel instante, precisamente, el sucio y ruidoso tren parecía inmóvil en plena marcha y navegaba, como si se reposase, en un amplio arco de espesa arena cálida y enfrente del terraplén, lejos de los anegadizos valles, sobre una colina dulcemente mecida por la brisa parecía flotar una gran hacienda ondulada. Si no fuera por las quince verstas de camino a recorrer podría creerse que ya estaban en Rújlovo, tan parecidas eran las descripciones que había oído: los blancos resplandores de la casa señorial y la valla del jardín algo ladeada por los desniveles del terreno donde fue asentada de golpe, como un collar que se quita del cuello. En el parque se veían muchos abedules plateados: «¡Queridos árboles!», musitó Seriozha y entornando los ojos ofreció sus cabellos a los golpes del viento que soplaba a su encuentro.

¡Entonces para esto existía en el mundo la palabra «felicidad»! Aunque sólo se limitaron a charlar y Seriozha compartió sus trajines y la ayudó en los preparativos del viaje… Aunque con el tiempo su intimidad sería completa y distinta… nunca se sentirían tan próximos el uno del otro como en aquellas inolvidables diez horas. Todo en el mundo ya estaba comprendido, no había ya nada que comprender. Les quedaba por vivir, es decir, partir con las manos la comprensión y hundirse en ella. Quedaba por gustarle a él, como les gustaba a ellos, todo cuanto se extendía en torno, con las vías férreas trazadas en su rostro y en el tiempo. ¡Qué felicidad!

Pero ¡qué casualidad que ella le hubiera hablado de su familia! Podía tan fácilmente no haber ocurrido. ¡Miserables, qué poco comprenden lo que rebaja y eleva un linaje! De su desgraciado padre se hablará en alguna otra ocasión (¡un caso realmente sorprendente!). Ahora se comprende cómo tiene esos conocimientos que la hacen parecer dos veces mayor y diez veces más célebre. Le viene de herencia. He aquí por qué lo domina todo con tanta serenidad. No tiene de qué admirarse ni tratar de conseguir un nombre célebre por sus dones. Ese nombre ya lo había tenido antes de casarse y ¡bien famoso!

Sus antepasados eran oriundos de Escocia. Entre otros detalles fue mencionado el nombre de María Estuardo. Seriozha no podía librarse ahora del pensamiento que era ese nombre justamente el que le faltaba al brumoso callejón de Chernyshevski aquella mañana.

El grave jefe del tren tocó de pronto al ensordecido viajero en la espalda para prevenirle que él y sus vecinos de compartimento descendían en la próxima estación.

Así se desplazaban los hombres aquel último verano cuando la vida estaba dirigida aún a individuos y amar cualquier cosa en el mundo era más fácil y natural que odiar.

Seriozha se estiró, rebulló en la cama y comenzó a bostezar sin descanso con intensidad cada vez mayor. De pronto se interrumpió. Apoyándose en el codo se incorporó ágilmente y con serena prontitud miró en torno. El resplandor de la farola del patio formaba en el suelo una especie de charco. «Es invierno —cayó en la cuenta inmediatamente— y es mi primer sueño en Usólie en casa de Natasha». Nadie, por suerte, fue testigo de su despertar casi animal.

¡Ah, sí, claro, era eso! No quería olvidarlo. Había soñado algo informe, algo que aún ahora le producía dolor de cabeza. Lo más curioso de todo era que semejante absurdo tenía un nombre mientras lo estaba viendo. Se llamaba Lemoj. ¡Quién sería capaz de hallar un sentido a semejante sueño! Una sola

cosa era indudable. Había que levantarse; tenía además un hambre canina. ¡Ojalá no se hubiesen ido los invitados!

Un minuto después ya estaba hundido entre los brazos de su cuñado enfundados en las mangas de un traje de lana que olía a yodo. Llevaba en un puño el abrelatas y se había precipitado hacia Seriozha con una mano en el aire. Ello y la trompetilla acústica que le asomaba del bolsillo habían mitigado un tanto la dulzura de los besos, como materialización de una sinceridad tanteada. La abertura de las conservas ya no pudo proseguir con la perfección de antes y empezó a renquear. Entre las latas se cruzaban infinitas preguntas entrecortadas y falsamente ingenuas. Seriozha permanecía de pie, contento y perplejo: ¿a qué venía hacer el tonto cuando podían manifestarse con toda naturalidad, sin esforzarse? No se querían el uno al otro.

Las copas de vodka se alzaban sobre la mesa en limpias filas, bien descansadas después de un largo sueño. Un complejo surtido de entremeses de viento y percusión alegraba la vista. Sobre él las oscuras botellas de vino parecían directores de orquesta dispuestos en cualquier momento a ejecutar ruidosamente una ensordecedora obertura para toda suerte de chistes y retruécanos.

La visión resultaba tanto más impresionante porque en toda Rusia estaba prohibida la venta de alcohol; la fábrica, al parecer, constituía una república autónoma.

Como ya era tarde, prometieron que vería a los niños en la cama.

Toda la habitación parecía nadar en coñac. Bien por la iluminación o por el conjunto de los muebles daba la impresión de que hasta los suelos estaban frotados con canifolia en vez de cera, y el pie, al resbalar, no sentía los empalmes encerados, sino crines apelmazadas y pintadas después. El ardiente color pajizo de los muebles («¡Abedul de Carelia, tú que te has creído!», mintió Kaliázin por ignorados motivos), parecido a una infusión de limón, revestía del mismo color todo cuanto tenía ángulos y la facultad de centellear. Seriozha poseía semejante don. Tuvo la impresión que la casa con su deslumbrante iluminación debía parecer en la afelpada noche de azulada blancura algo así como un hornillo lleno de carbones encendidos entre montículos de nieve.

—¡Ah, se ha helado la nieve! ¡Cuánto me alegro! —dijo mirando a la oscuridad detrás de una cortina.

—Sí, ya está firme —masculló el cuñado distraídamente, secándose con un pañuelo los dedos manchados de salsa rojiza.

—¡Y yo que no traigo botas! No se me ocurrió comprarlas.

—Eso tiene arreglo, aquí podrás comprarlas, tenemos de todo, hermano… Mira, «nelma» es un pescado de Siberia. Y también el «maxun». ¿Habías oído hablar de ellos? Pues ya ves, bien sabía yo que no los conocías.

Seriozha sentíase cada vez más alegre y era imposible saber qué salida suya cabía esperar. En aquel momento se oyó en el pasillo un confuso rumor de varias pisadas. Los recién llegados se desvestían. Poco después entraron en el comedor, sonrosados por el aire, una joven llamada Natasha, a quien Seriozha no conocía, y un hombre enjuto, de aire enérgico y vivaz hacia quien se precipitó Seriozha antes que Kaliázin, saludándole con jubiloso afecto y casi con temor. Toda su alegría despareció en el acto. Primero porque conocía a ese hombre y, además, porque tenía ante sí a un ser superior, extraño, que le despreciaba por entero, desde la cabeza hasta los pies. Era el espíritu varonil de la realidad, el más modesto y el más terrible de los espíritus.

—¿Qué tal su hermano? —preguntó Seriozha y se detuvo confuso.

—Por ahora vive —respondió Lemoj—, fue herido en una pierna y le tengo conmigo convaleciente. Lo más seguro es que le deje por aquí. Me alegro de verle. Hola, Pavel Pavlovich.

—Figúrese —masculló Seriozha aún más azorado— tal vez lo ocultara por deber de servicio, pero nadie sabía que se trataba de una movilización. Todos pensábamos que eran maniobras, perdone, no sé cómo se llaman esos ejercicios militares. En todo caso pensábamos que era algo así. Pero ya les enviaban a la guerra. En una palabra, le vi el verano pasado, en el mes de julio. Sabe, su unidad pasaba en balsas cerca de nosotros y atracaron para pernoctar junto a la finca donde yo estaba de preceptor. Ocurrió dos días antes de que se declarase la guerra. Tan sólo después nos dimos cuenta. ¿Comprende?

—Sí, estoy al corriente de vuestra conversación. Mi hermano me lo contó todo.

Pero Seriozha no le confesó que aquella noche, en el encuentro nocturno, le dio vergüenza preguntar al voluntario cómo se llamaba.

1929

La raya de Apeles

… Cuentan que el pintor griego Apeles, al no hallar en la casa a su rival Zeuxis, trazó una raya en el muro, por la cual adivinó Zeuxis quién le había visitado en su ausencia. Zeuxis no quiso ser menos. Cuando supo con certeza que Apeles no estaba en su casa, fue a verle y trazó otra raya que se convirtió en el emblema del arte.

I

En una tarde del mes de septiembre, cuando la torre inclinada de Pisa conduce al ataque todo un ejército de sombras y luces oblicuas, cuando la Toscana entera, sacudida por la brisa vespertina, huele a hoja de laurel frotada entre los dedos, en una tarde así, pero ¡bah, si lo recuerdo con exactitud, era el 23 de agosto, por la tarde!, Emilio Relinquimini[35], al no encontrar a Heine en el hotel, pidió al lacayo que, obsequioso y servil, se deshacía en reverencias, papel y luz. Cuando éste, además de lo pedido trajo tinta, pluma, una barrita de lacre y el sello, Relinquimini rechazó con gesto desdeñoso lo ofrecido, sacó un alfiler de su corbata, lo calentó al rojo vivo en la vela, se pinchó un dedo, extrajo una tarjeta de un montón de otras similares con el nombre del hotel y dobló una esquina de la misma con el dedo ensangrentado. Luego se la tendió al lacayo, impasible y cortés, diciendo:

—Entregue esta tarjeta al señor Heine. Mañana a la misma hora volveré a visitarle.

La torre inclinada de Pisa se abrió paso por entre una cadena de fortificaciones medievales. El número de personas que la contemplaban desde el puente aumentaba a cada minuto. Los resplandores trepaban por la plaza como guerrilleros. Las calles se llenaban de sombras volcadas, otras

combatían aún en los estrechos pasadizos. La torre de Pisa los segaba de revés, sin discernimiento, hasta que una gigantesca sombra perdida se paseó por el sol… El día se quebró.

Al informar a Heine en breves y entrecortadas palabras de la reciente visita, el lacayo tuvo tiempo de entregar al impaciente huésped, antes de que se ocultase el sol, la tarjeta con la ocre y seca mancha.

«¡Qué original ocurrencia!» Pero Heine adivinó en el acto el verdadero nombre del visitante, autor del famoso poema «II sangue»[36].

La casualidad que llevó a Relinquimini, habitante de Ferrara, a Pisa justamente en los días en que un capricho aún más casual había conducido allí a Heine, habitante de Westfalia, esa casualidad no le pareció extraña. Recordó la carta anónima recibida días antes; una carta provocativa, escrita con negligencia. Las pretensiones del desconocido sobrepasaban los límites de lo permitido. Al referirse, de paso, a las raíces familiares y consanguíneas de la poesía, el desconocido exigía de Heine… las señas de identidad de Apeles.

«Hable del amor —decía el anónimo—, de esa nube sangrienta que vela, en ocasiones, toda nuestra límpida y serena sangre de modo que su descripción no supere el laconismo de la raya de Apeles. Recuerde, tan sólo, que pertenece a la aristocracia de la sangre y del espíritu (son conceptos indisolubles) y esto es lo único que Zeuxis quiere saber.

»P. S. Aprovecho su estancia en Pisa, de la cual me informó oportunamente su editor Conti, para acabar de una vez con las dudas que me atormentan. Dentro de tres días iré a visitarle personalmente para ver la firma de Apeles…»

El criado que acudió a la llamada de Heine fue investido por él de los siguientes poderes.

—Salgo para Ferrara en el tren de la diez. Mañana, por la tarde, preguntará por mí la persona que le dio esta tarjeta. Ya la conoce. Le entregará este pliego en mano. Tráigame por favor la cuenta y llame a un «faquino»[37].

Aunque el peso que, al parecer, poseía el vacío pliego era liviano, venía envuelto por una fina tira de papel, recortada probablemente de algún manuscrito. Aquel trocito contenía una frase incompleta, sin principio ni fin: «pero Rondolfina y Enrico, renunciando a sus antiguos nombres, tuvieron tiempo de cambiarlos por otros desconocidos hasta ahora: él gritó con voz salvaje “¡Rondolfina!”, “¡Enrico!”, clamó ella».

II

En las losas de las aceras, en las asfaltadas plazas, en los balcones y muelles del Arno consumían los habitantes de Pisa la perfumada noche toscana. Su negra combustión hacía más irrespirable el aire en los pasajes de por sí asfixiantes bajo los polvorientos plátanos; para colmo, aquel brillo aceitoso y cálido era completado por los haces dispersos de las estrellas y los manojos de las punzantes nebulosas. Esas chispas rebasaban el cáliz de paciencia de los italianos que blasfemaban con ardiente fanatismo idéntico a como rezaban, limpiándose el sucio sudor de sus frentes cada vez que miraban a Casiopea. Los pañuelos relucían en la oscuridad como termómetros sacudidos; las indicaciones de los termómetros de batista recorrían las calles con funesto presagio: propagaban el calor asfixiante como rumor reiterado, como una epidemia, como terror pánico. Lo mismo que la estancada ciudad se dividía, sin protestar, en barrios, casas y patios, el aire nocturno se componía también de inmóviles encuentros aislados, exclamaciones, risas, choques sangrientos, riñas, susurros, cuchicheos. Aquellos ruidos se alzaban como valla polvorienta y continua sobre las aceras, formaban filas, se incrustaban en las calles como árboles callejeros, asfixiados e incoloros a la luz de las farolas de gas. La noche de Pisa, poderosa y fantástica, había puesto así el límite a la capacidad de resistencia humana.

Y allí, al lado mismo, al alcance de la mano, comenzaba el caos. El caos que reinaba en la estación. Los pañuelos y las maldiciones habían abandonado el escenario. Aquella misma gente que momentos antes consideraba como un martirio el desplazamiento natural, agarraba febrilmente sus maletas y cajas de cartón, vociferaba frenética junto a la taquilla, se lanzaba locamente al asalto de los carbonizados vagones, asediaba los peldaños y marcada por el carbón como los deshollinadores, irrumpía en los compartimentos separados por incandescentes chapas marrones que parecían corcovadas por la calima, los groseros insultos y brutales empujones. Ardían los vagones, ardían los raíles, las cisternas de petróleo, las locomotoras en las vías muertas, ardían las señales y los alaridos que, aplastados por el vapor, emitían las locomotoras próximas y lejanas. El ardiente hálito de la caldera, como insecto picajoso de repentino aletear ígneo, se dormía en la mejilla del maquinista y en el blusón de cuero del fogonero; ardían el maquinista y el fogonero. Ardía la esfera del reloj, ardían los empalmes de las vías y las agujas; ardían los vigilantes. Todo ello sobrepasaba los límites de la resistencia humana. No podía soportarse.

Un lugar junto a la mismísima ventana. En el último instante, en el andén de piedra completamente vacío, desde la pura sonoridad, desde la pura exclamación «¡Pronti!»[38], corre el jefe de la estación en pos de su propia voz. Los postes de la estación se apartan graciosamente. Las lucecitas que desfilan a un lado y al otro se cruzan como agujas de calceta. Los rayos de los reflectores, atrapados por la tracción, penetran saltarines por las ventanas del vagón, lo atraviesan, cruzan por las ventanas opuestas, se extienden, temblorosos por las vías, tropiezan por los raíles, se alzan y se pierden tras los hangares. Callejuelas enanas, rincones deformes, horribles, que los viaductos tragan con ruidosos bostezos. Jardines desplegados que se acercan a punto de rozar las cortinillas del vagón. La alfombrada y amplia quietud de los rizados viñedos. Campos. Heine viaja al azar, no tiene en qué pensar. Procura dormirse. Cierra los ojos.

«Algo saldrá de todo ello. No conviene hacer conjeturas y, además, no es posible. Ignoro lo que me espera y este total desconocimiento resulta delicioso».

Han florecido ya los naranjos. Los desbordantes aromas de los amplios jardines perfuman el aire. De ellos procede la brisa que pretende dormir en los cerrados párpados del viajero.

«Es seguro. Algo saldrá. Si no a santo de qué… ¡ah, ah! —bosteza Heine—, a santo de qué en cada poema de amor menciona siempre Relinquimini el nombre de Ferrara».

Rocas, abismos, vecinos acogotados por el sueño, fetidez del vagón; la lengua de gas del farol lame del techo los susurros y las sombras, se relame, se ahoga cuando el túnel sustituye a las rocas y a los precipicios; la montaña trepa retumbante por el techo del vagón, aplasta el humo de la locomotora, lo empuja hacia las ventanillas, se agarra a las perchas y bolsas. Túneles y valles. El trayecto de una sola vía gime lastimero al cruzar un riachuelo de montaña quebrado por las piedras que se despeñan de alturas increíbles, apenas adivinadas en la oscuridad. Es allí donde humean y se arremolinan las cascadas: su ronco bramido acompaña el tren durante toda la noche.

«La raya de Apeles… Rondolfina… En un solo día tal vez no consiga nada, pero no puedo quedarme por más tiempo. Hay que desaparecer sin dejar huella… Y mañana… Seguro que irá corriendo a la estación tan pronto como el criado le diga mi itinerario».

¡Ferrara! Un amanecer acerado, negro-azulenco. Niebla fragante, impregnada de frío. ¡Oh, que sonora es la mañana latina!

III

—Imposible. El número de «Voce» ya está compaginado.

—Está bien, pero no entregaré mi hallazgo a nadie y por ningún dinero; además, no puedo quedarme en Ferrara ni un día más.

—¿Dice usted que en el vagón, debajo del diván, encontró su cuaderno de apuntes?

—Sí, el cuaderno de apuntes de Emilio Relinquimini. Más aún, figuran en él multitud de anotaciones corrientes, gran número de versos no publicados, una serie de esbozos, notas sueltas, aforismos. Los apuntes que hizo a lo largo de todo este año, casi todos en Ferrara a juzgar por las menciones.

—¿Dónde está? ¿Lo lleva encima?

—No, dejé mis cosas en la estación. Y el cuaderno está dentro de la maleta.

—¡Qué lástima! Podríamos enviárselo a su casa. Tenemos en el periódico la dirección de Relinquimini en Ferrara, pero lleva más de un mes fuera.

—¿Cómo? ¿No está Relinquimini en Ferrara?

—De eso se trata. En realidad no acabo de comprender qué pretende usted anunciando en el periódico su hallazgo.

—Sólo pretendo que por intermedio de su periódico se establezca una relación segura entre el dueño del cuaderno y yo, que Relinquimini pueda utilizar en cualquier momento los amables servicios de «Voce» en este asunto.

—¿Qué puedo hacer por usted? Siéntese, tenga la bondad, y redacte el anuncio.

—Perdone, señor redactor, si le molesto, veo que tiene un teléfono sobre la mesa, ¿puedo hacer una llamada?

—Por favor, tenga la bondad.

—¿Hotel «Torcuato Tasso»? ¿Tiene habitaciones libres? ¿En qué piso? Magnífico, resérveme el número ocho.

«Ritrovamento»[39]. Encontrado manuscrito nuevo libro de Emilio Relinquimini en vías de publicación. Al dueño del mismo o a las personas de su confianza les estará esperando a lo largo de todo el día, hasta las once de la noche, la persona que ocupa la habitación número 8 en el hotel «Torcuato Tasso». A partir de mañana, la redacción del periódico «Voce», al igual que la dirección del hotel, serán informadas periódicamente y a su debido tiempo, por la persona arriba indicada, de cada nuevo cambio de su dirección.

Fatigado por el viaje Heine duerme como un muerto, con plúmbeo sueño. Las persianas de su habitación, calentadas por el soplo matutino, arden como el tímpano de cobre de una armónica. Un haz de rayos en el suelo, junto a la ventana, se dispersa formando una especie de estera de paja. Las pajitas se unen, se aglomeran, se aprietan unas contra otras. Desde la calle llega un habla incomprensible. Alguien parlotea sin cesar, alguien balbucea. Pasa una hora. Las pajitas ya están juntas unas con otras, la estera se extiende como charquito solar por el suelo. En la calle se divaga, se dormita, se traban las lenguas. Heine duerme. El charquito solar se distiende como absorbido por el entarimado del suelo, como un trenzado cada vez más ralo de pajitas chamuscadas por el fuego. Heine duerme. Rumor de voces en la calle. Pasan las horas; crecen perezosas a la par de los negros intersticios en la estera que se decolora, polvorienta y opaca. Rumor de voces en la calle. En la estera prensada, embrollada, ya no se distinguen las puntadas ni los hilos. Rumor de voces en la calle. Heine duerme.

Despertará ahora mismo. Saltará de inmediato. Recuerden lo que les digo. Ahora. Dejadle ver tan sólo el último retazo de su ensueño hasta el fin.

Vuelca de pronto un carro, rota por el calor una rueda reseca hasta el mismísimo cubo, sobresalen los rayos en manojos de torcidas estacas, caen con estruendo montones de periódicos. Gentes, sombrillas, vitrinas, marquesinas. Llevan en angarillas al vendedor de periódicos: la farmacia está muy cerca.

«Ya ven. ¿Qué les decía yo?» Heine se incorpora de un salto.

—Ahora mismo.

Alguien golpea impaciente y furioso la puerta. Heine, desmelenado, semidormido todavía, agarra un batín.

—Perdón, ahora mismo. —Su pierna derecha se posa, casi con metálico son, en el suelo—. Ahora mismo, ahora mismo.

Se acerca a la puerta.

—¿Quién es?

Voz del lacayo.

—Sí, sí, el cuaderno lo tengo yo. Excúseme ante la señora. ¿Está en el salón?

Voz del lacayo.

—Ruegue a la señorita que me espere diez minutos. Dentro de diez minutos estaré a su entera disposición. ¿Me oye?

Voz del lacayo.

—Espere, camarero.

Voz del lacayo.

—No olvide decirle a la señorita que el señor lamenta sinceramente no poder salir en el acto para verla, se siente culpable ante ella e intentará… ¿Me oye usted, camarero?

Voz del lacayo.

—… intentará reparar dentro de diez minutos su imperdonable falta. Sea usted lo más cortés posible, camarero, que yo no soy de Ferrara.

Voz del lacayo.

—Está bien, está bien.

—Camerieri[40], ¿está la dama en el salón?

—Sí, señor.

—¿Está sola?

—Sola, señor, haga el favor, a la izquierda, señor, a la izquierda.

—Buenos días, ¿en qué puedo servir a la señora?

—Pardon[41], ¿ocupa usted el número ocho?

—Sí, es mi habitación.

—Vengo a recoger el cuaderno de Relinquimini.

—Permita que me presente: Henry Heine.

—Perdón… ¿es usted pariente?

—En absoluto. Es una coincidencia casual. Incluso penosa. También yo tengo la suerte…

—¿Escribe usted versos?

—Jamás escribí otra cosa.

—Conozco el alemán y consagro a la poesía todo mi ocio, sin embargo…

—¿Conoce usted los «Versos no editados en vida del poeta»?

—¡Claro! Entonces, ¿es usted?

—Perdone, sueño con oír su nombre.

—Camila Ardence.

—Encantado. Y bien, señora Ardence, ¿ha leído usted mi anuncio en el «Voce» de hoy?

—Sí, sí, sobre el cuaderno que encontró. ¿Dónde está? Démelo.

—¡Señora! Señora Camila, tal vez usted con todo su corazón tan ensalzado por el incomparable Relinquimini…

—Déjelo, no estamos en un escenario…

—Se equivoca, señora, toda la vida estamos en un escenario y no todos, ni mucho menos, son capaces de asumir con naturalidad el papel que les fue destinado desde su nacimiento. Señora Camila, usted ama a Ferrara y, sin embargo, es la primera ciudad que me repele francamente. Es usted bella,

señora Camila, y mi corazón se estremece al pensar que está usted confabulada con esta horrible ciudad en contra mía.

—No le comprendo.

—No me interrumpa, señora. Con la ciudad, digo, que me hizo dormir, como hace dormir el envenenador a su compañero de francachelas cuando se aproxima su felicidad. Le hace dormir para despertar un destello de menosprecio hacia el infeliz en el ánimo de su tesoro que entra en la taberna y la felicidad traiciona al dormido. «Milady —dice el envenenador a la que entra—, mire a este haragán, es su enamorado, abreviaba las horas de espera hablando de usted, sus palabras se clavaban en mi imaginación como espuelas. ¿No habrá usted galopado en esa montura? ¿Por qué la fustigó tan cruelmente con su estilizada fusta? Está acalorada, cubierta de espuma… ¡Oh, cuánto me habló de usted! Pero, Milady, tómese el trabajo de mirarle, le han dormido sus propios relatos sobre usted, la separación, como puede ver, causa en su enamorado el efecto de una canción de cuna. Podemos, sin embargo, despertarle». «No vale la pena —responde al envenenador la felicidad del envenenado—. No hace falta, no le moleste, duerme tan dulcemente y, tal vez, me vea en sueños. Más vale que se ocupe de traerme un vaso de ponche. ¡Hace tanto frío en la calle! Estoy toda aterida… Fróteme, por favor, las manos».

—Es usted un hombre muy raro, señor Heine. Continúe, por favor, su altisonante discurso, me divierte.

—Perdone, temo que se nos olvide el cuaderno de Relinquimini, subiré a mi habitación…

—No se preocupe, yo no lo olvidaré. Continúe, tenga la bondad. ¡Qué divertido es usted! Continúe. «Fróteme las manos», dice, según creo, la felicidad.

—Sí, señora Camila. Me ha escuchado atentamente, gracias.

—¿Y bien?

—Pues la ciudad se portó conmigo igual que el envenenador con su compañero de francachelas, y usted, bellísima Camila, está de su parte. Acechó mis pensamientos sobre los amaneceres en ruinas, viejos como castillos de bandoleros e igual que ellos solitarios y los utilizó a hurtadillas para adormecerme: me dejó hablar a gusto sobre jardines que con todas las velas tejidas de rojo aire vespertino se precipitaban hacia la noche abierta, y fue la ciudad la que alzó aquellas velas y me dejó yacer en la taberna portuaria y usted no permitirá que me despierte si la muy astuta se lo propone.

—Dígame, mi buen amigo, ¿qué tengo que ver yo con todo eso? Confío que el lacayo le habrá despertado por completo.

—«No —dirá usted—, la noche está próxima, no habrá tormenta, hay que darse prisa, ya es hora, no le despiertes».

—¡Oh, señor Heine, qué profundo es su error! «Sí —diré yo—, sí, sacúdele, Ferrara, si aún sigue dormido, estoy impaciente, despiértale deprisa, reúne a tus muchedumbres, retumba con todas tus plazas hasta que se despierte, el tiempo no espera».

—¡Ah, es cierto! El cuaderno…

—Después, después.

—¡Oh, querida señora! Ferrara se engañó en sus cálculos, Ferrara ha sido burlada; el envenenador huye, yo me despierto, estoy despierto y de rodillas ante usted, ¡amor mío!

Camila se pone en pie de un salto.

—¡Basta! ¡Basta!… Semejante representación, a decir verdad, es propia de usted. Incluso las banalidades. Precisamente las banalidades. Pero no se puede ser así. Parece usted un cómico ambulante. Casi no nos conocemos. Apenas si hace media hora… ¡Dios mío! Hasta hablar de ello resulta ridículo… Sin embargo, hablo. Jamás en mi vida me he sentido tan estúpida. Toda esta escena es como una flor japonesa que se abre inmediatamente en el agua. Ni más ni menos. Pero son flores de papel. Y, además, baratas.

—La escucho, señora.

—Preferiría escucharle yo, señor. Me parece usted inteligente e incluso sarcástico. Sin embargo, no desdeña las banalidades. Es extraño, aunque no hay contradicción en ello. Su *pathos* teatral…

—Perdone, señora, *pathos* en griego es pasión y en italiano un beso al aire. Suele haber besos al aire obligados…

—¡Otra vez! Dispénseme…, esto es insoportable. Me oculta usted algo. Explíquese. Escúcheme, por favor, querido señor Heine, y no se enfade conmigo. Pese a todo es usted, ¿no me juzgará mal por mi familiaridad?, un niño excepcional. No, no es esa la palabra, es usted un poeta. Sí, sí, cómo es posible que no lo haya descubierto de inmediato cuando basta con mirarle. Un poeta elegido por Dios, un ocioso mimado por la fortuna.

—Evviva![42] —Heine salta al alféizar de la ventana e inclina hacia fuera todo el cuerpo.

—¡Cuidado, señor Heine! —grita Camila—. ¡Cuidado, tengo miedo!

—No se preocupe, querida señora. ¡Eh, furfante[43], toma! —Vuelan las liras a la plaza—. Recibirás tantas, y tal vez más, si robas en una decena de

jardines de Ferrara. ¡Un soldó por cada agujero en tus pantalones! ¡Vuela, granuja! Cuida de no respirar sobre las flores cuando las traigas, la condesa tiene el olfato de una mimosa. ¡Corre, bribón! ¿Ha oído usted, hechicera? El chicuelo regresará vestido de Cupido. Pero volvemos a lo de antes. ¡Qué perspicacia! Resumir toda la situación, revelar la esencia de mi ser con un solo trazo, ¡el trazo de Apeles!

—No le comprendo. ¿Se trata de un truco nuevo? ¿Regresa al escenario? Dígame, ¿qué pretende en realidad?

—Sí, regreso al escenario. Pero ¿por qué no me permite estar un poco en la zona de los focos? No es mía la culpa que los sitios mejor iluminados en la vida sean los lugares peligrosos: los puentes y los cruces de vías. ¡Qué contraste! Todo lo demás está sumido en las sombras. En un lugar así, aunque sean las tablas de un escenario, el hombre se inspira, iluminado por esas luces inquietas como si lo hubieran expuesto ante todos los demás rodeándole de barandillas, del panorama de la ciudad, de precipicios y reflectores de los muelles… Señora Camila, no habría usted escuchado ni la mitad de mis palabras de no habernos encontrado en un lugar tan peligroso. Se supone que es peligroso, aunque yo mismo no lo sé; se supone, porque los hombres han gastado en su iluminación infinidad de luces y yo no tengo la culpa de que estemos iluminados tan burda y vulgarmente.

—Está bien. ¿Ha terminado usted? Todo esto es así. Pero no deja de ser absurdo hasta más no poder. Me gustaría confiar en usted. No se trata de un capricho. Es casi una necesidad en mí. Usted no miente. Sus ojos no mienten. Pero ¿qué quería decirle? Lo olvidé… Espere… Bueno, escuche, amigo mío, pero si hace una hora escasa…

—¡Calle! Son palabras tan sólo. Existen horas y también existen eternidades. Son múltiples y ninguna tiene principio. Irrumpen al exterior en el primer momento propicio. Esto, sin embargo, es la pura casualidad. Además, ¡fuera palabras! Sabe usted, señora, ¿cuándo y por quién son derrocadas? ¿Conoce usted, señora, tales rebeliones? Señora, todas mis fibras se rebelan contra mí y debo ceder ante ellas como se cede ante una multitud. Ahora, por último, ¿recuerda cómo acaba de llamarme?

—Claro y estoy dispuesta a repetirlo otra vez.

—No es preciso, ¡mira usted de un modo tan vivificante! Y se ha hecho usted dueña de la línea que es única como la propia vida. No la deje, pues, no la rompa en mí, estírela en todo cuanto ella misma lo permita. Llévela lo más lejos posible, lo más lejos posible… ¿Qué ha conseguido usted, señora? ¿Cómo debo mirarla? ¿De perfil? ¿De tres cuartos? ¿O de qué otro modo?

—Le comprendo. —Camila tiende la mano a Heine—. Sin embargo, ¡no, Dios mío, no soy una chiquilla, debo volver en mí! Estoy como hipnotizada.

—¡Señora! —exclama Heine teatralmente a los pies de Camila—. ¡Señora! —dice sordamente escondiendo el rostro entre las palmas de las manos—. ¿Ha trazado ya la línea?… ¡Qué martirio! —musita y suspirando retira las manos del rostro súbitamente empalidecido, sin apartar los ojos de la señora Ardence, cada vez más y más desconcertada. Y con increíble sorpresa se da cuenta…

IV

…Que es una mujer realmente bella, de una belleza inconcebible, que los latidos de su propio corazón, gorgoteante como el agua tras la popa de un barco, aumentan, crecen, inundan las rodillas de Camila tan próxima a él, y en ondas indolentes, superpuestas, ruedan por su cintura, agitan sus sedas, rodean suavemente sus hombros, alzan su mentón y… ¡Oh, milagro!, le levantan despaciosamente del suelo cada vez más. La señora está en su corazón hasta el cuello, otra ola semejante y se asfixiará. Heine sostiene a la náufraga. Un beso, ¡y qué beso!, los devuelve a la superficie, pero él gime bajo la presión de sus corazones desbocados, tira hacia arriba, hacia delante, ni él mismo sabe dónde y ella no se opone, no. Si tú quieres —canta su cuerpo extendido, arrastrado por el beso, embridado por el beso—, si tú quieres seré la chalupa de tus besos, pero llévame, llévame, llévame…

—Están llamando —brota ronca la voz del pecho de Camila—. ¡Están llamando! —y se arranca de sus brazos.

Era cierto.

—¡Maldición! ¿Quiénes?

—El señor hizo mal en cerrar la puerta del salón, aquí no es costumbre.

—¡A callar! Puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Está enfermo el señor?

Insultos italianos, apasionados, fanáticos como oraciones. Heine abre la puerta. En el pasillo está el lacayo, que no cesa en sus invectivas, y algo separado de él un muchachito harapiento con la cabeza hundida en un bosque de lianas, flores de azahar, oleandras, lilas…

—Este miserable…

—… rosas, magnolias, claveles…

—Este miserable exigía a toda costa que le dejase pasar a la habitación cuyas ventanas daban a la plaza y sólo podía ser el salón.

—Sí, sí, el salón —ruge guturalmente el arrapiezo.

—Claro está que al salón —asiente Heine—. Fui yo quien se lo ordenó.

—… ya que él —continúa el lacayo impaciente— no puede tener ninguna relación ni con la oficina, ni con los baños y mucho menos con la sala de lectura. Sin embargo, y pese a la completa indecencia de sus ropas…

—¡Ah, claro! —exclama Heine como si sólo en aquel instante acabara de volver en sí—. Rondolfina, ¡mire sus pantalones! ¿Quién te ha confeccionado estos pantalones con la red de un pescador, criatura transparente?

—Señor, los pinchos punzantes de las tapias de Ferrara se afilan especialmente cada año…

—Ja, ja, ja!

—… pese a la completa indecencia de sus ropas —continúa impaciente el lacayo, insistiendo de forma especial en esa frase al aproximarse la señora en cuyo rostro alterna la sombra de una súbita perplejidad con el deseo irreprimible de reír—, la completa indecencia de sus ropas le propusimos que nos entregara lo pedido por el señor y esperara en la calle. Pero este bribón…

—Sí, sí, él tiene toda la razón —interrumpe Heine al orador—. Fui yo quien le ordenó que se presentara personalmente ante la señora.

—Este bribón —prosigue el enfurecido calabrés sin poder contenerse— pasó a las amenazas…

—¿Qué dijo? —curioseó Heine—. ¡Qué típico es todo esto, señora! ¿No le parece?

—El muy tuno se refirió a usted. «El señor negociante —dijo amenazador —, se alojará en otro albergo[44] en sus próximos viajes a Ferrara, si usted, en contra de su voluntad, no me deja llegar a él».

—Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! ¿No le parece, señora? Lleve esta plantación tropical… ¡Aguarde! —Heine se vuelve hacia Camila en espera de sus indicaciones.

—Por ahora al número ocho —continúa Heine no habiendo recibido ninguna respuesta.

—Sí, a su habitación mientras tanto —repite Camila ruborizándose levemente.

—A sus órdenes, señor. Y con respecto al chiquillo…

—A ver, monicaco, ¿en cuánto valoras tus pantalones?

—Julio está lleno de arañazos, Julio tiembla de frío. Julio no tiene otro traje, ni padre, ni madre —gime sollozante el pequeño bribón inundado de

sudor.

—Bueno, ¿cuánto quieres? ¡Responde!

—Cien sóldos, señor —dice el chiquillo titubeando y con aire soñador.

—Ja, ja, ja! —Todos ríen, ríe Heine, ríe Camila, rompe en carcajadas el lacayo, sobre todo él, cuando Heine saca la cartera, extrae de ella un billete de diez liras y sin dejar de reír se lo tiende al arrapiezo.

Este, con la rapidez de un relámpago, agarra con su patita el billete tendido.

—Espera —dice Heine—, supongo que esta es tu primera salida a la palestra comercial. Enhorabuena… Óigame, camerieri[45], su risa en esta ocasión no es nada sensata: ofende en lo más vivo al joven negociante. ¿No es cierto, amiguito, que en tus futuras operaciones jamás volverás a presentarte en los umbrales del poco hospitalario hotel «Torcuato»?

—¡Oh no, señor! Por el contrario… ¿Cuántos días más piensa el señor quedarse en Ferrara?

—Me iré de aquí dentro de dos horas.

—Señor Enrico…

—Sí señora…

—Salgamos a la calle, no es cosa que volvamos a ese estúpido salón.

—Está bien… Camerieri, lleve las flores a la habitación ocho. Espere, esta rosa ha de abrirse aún; los jardines de Ferrara, señora, la confían a su cuidado esta tarde.

—Merci, Enrico, este clavel oscuro, casi negro, carece de toda continencia; los jardines de Ferrara le confían el cuidado de esta desenfrenada flor.

—Su mano, señora… Así pues, camerieri, lleve al número ocho las flores y tráigame el sombrero. Está en la habitación.

El lacayo se aleja.

—Usted no hará eso, Enrico.

—No la comprendo, Camila.

—Usted se quedará. ¡Oh, no me responda nada! Se quedará en Ferrara aunque sólo sea un día más… Enrico, Enrico, se ha manchado la ceja con el polen de la flor, deje que la sacuda.

—Señora, veo en su zapatito una pequeña oruga afelpada, se la quitaré. Enviaré un telegrama a casa, a Frankfurt. También su vestido está lleno de pétalos, señora. Enviaré telegramas todos los días hasta que usted me lo prohíba.

—Enrico, no veo en su mano ninguna alianza. ¿Se puso alguna vez semejante adorno?

—Yo, en cambio, hace tiempo que la vi en la suya, Camila… ¡Ah, el sombrero! Gracias.

V

La perfumada tarde colmaba todos los rincones de Ferrara y rodaba por su laberinto callejero como gota de agua marina que, alojada en un oído, llenara de sordera toda la cabeza.

Es bulliciosa la cafetería, pero lleva a ella una calleja pequeña, mísera y por ella la ciudad, ensordecida y perpleja, reteniendo el aliento, la rodea por todas partes; la tarde se encerró en una de sus callejas, en aquella justamente donde, en una esquina, está la cafetería.

Camila, pensativa, espera a Heine. Había ido al telégrafo que estaba al lado.

«¿Por qué no habrá querido redactar el telegrama en la cafetería y enviarlo por un recadero? ¿No le parece suficiente un telegrama escueto, oficial? ¿Será, tal vez, una relación estable, basada en el sentimiento? Sin embargo, se habría olvidado por completo de ella si no le hubiese recordado el telegrama. Y esa Rondolfina… tendré que preguntarle por ella. Tal vez no debiera hacerlo. Es algo íntimo. ¡Dios santo, parezco una chiquilla! Puedo, debo… Hoy tengo derecho a todo, hoy pierdo derecho a todo. ¡Te han echado a perder esos artistas, querida Camila! Pero ¿y éste? ¿Y Relinquimini? ¡Qué lejana imagen! ¡Desde la primavera! ¡Todavía antes! ¡El encuentro del Año Nuevo! Pero jamás le sentí cerca de mí… ¿Y éste?…»

—¿En qué piensa, Camila?

—Y usted, Enrico, ¿por qué está tan triste? No se apene, le dejo en libertad. Hay telegramas que se dictan a un lacayo. Envíe uno así a su casa, sólo pierde tres horas; por la noche sale de Ferrara un tren para Venecia y otro para Milán, su retraso no pasará de…

—¿Por qué me dice eso, Camila?

—¿Por qué está tan triste, Enrico? Cuénteme algo de Rondolfina.

Heine se estremece y se pone en pie de un salto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Está él aquí? ¿Estuvo aquí durante mi ausencia? ¿Dónde está? ¿Dónde?

—Se ha puesto usted pálido, Enrico. ¿De quién me habla? Le he preguntado por una mujer, ¿no es cierto? ¿Acaso pronuncié mal su nombre? ¿No será Rondolfino? Todo depende de una vocal. Siéntese. Nos están mirando.

—¿Quién le habló de ella? ¿Sabe algo de él? Pero ¿de qué modo pudo llegar hasta usted? Aquí estamos por casualidad, quiero decir que nadie sabe que estamos aquí.

—Enrico, nadie estuvo aquí y no pasó nada mientras usted fue al telégrafo. Le doy mi palabra de honor. Pero esto a cada minuto que pasa se hace más y más interesante. ¿Son dos, entonces?

—¡Es un milagro! Inconcebible para la mente… Estoy a punto de perder el juicio. ¿Quién le sugirió ese nombre? ¿Dónde lo oyó, Camila?

—Lo oí esta noche, en sueños. Pero ¡Dios mío, si es la cosa más corriente del mundo! No me ha contestado a mi pregunta. ¿Quién es Rondolfina? En serio, ¿quién es?

—¡Oh, Camila! ¡Rondolfina es usted!

—¡Que actor tan repleto de mentiras! ¡No!… ¡No!… ¡Déjeme!… ¡No me toque!

Ambos se levantan de un salto. Camila es todo movimiento, su decisión es impetuosa, irrevocable. Tan sólo les separa la mesita. Camila se aferra al respaldo del sillón, algo se alza entre ella y su decisión, algo ha penetrado en su interior y lleva en espiral, como en un tiovivo, la cafetería tan pronto hacia arriba, como hacia los lados… ¡Está perdida! ¡Debe arrancar, arrancar el collar!…

Por idénticos surcos nauseabundos gira, desfila velozmente una sucesión de rostros…, barbitas agudas…, monóculos…, impertinentes… que más numerosos a cada segundo se clavan en ella; las conversaciones en todas las mesitas confluyen sobre aquella malhadada mesita. Camila la distingue todavía, se apoya aún, tal vez pueda pasar… Pero no… La mal armonizada orquesta pierde el compás…

—¡Camerieri, agua!

VI

Una ligera fiebre la estremece.

—¡Qué habitación tan pequeña!… Sí, sí, está bien así, gracias. Descansaré un ratito más. Es la malaria y… además… Tengo una casa

grande, pero usted no debe dejarme. Puede repetirse en cualquier momento. ¡Enrico!

—¿Qué, querida?

—¿Por qué no dice usted nada?… ¡Ah, no, calle, es mejor así!… ¡Ah, Enrico! Ni recuerdo siquiera si hubo hoy una mañana… ¿Están aquí?

—¿Quién, Camila?

—Las flores. Hay que sacarlas por la noche. ¡Qué aroma tan penetrante! ¿Cuántas toneladas pesan?

—Ordenaré que las saquen… ¿Qué hace, Camila?

—Voy a levantarme… Sí, yo sola, gracias. Ve, ya pasó todo, basta con ponerse de pie… Sí, hay que sacarlas, pero ¿dónde las ponemos? Espere, pero si yo tengo una casa entera en la plaza de Ariosto. Desde aquí se verá, seguramente…

—Ya es de noche. Creo que ha refrescado algo.

—¿Por qué hay tan poca gente en la calle?

—Tss, se oye cada palabra.

—¿De qué hablan?

—No lo sé, Camila. Creo que son estudiantes. Estarán de jarana. Tal vez hablen de lo mismo que nosotros.

—¡Suélteme! Se han parado en la esquina. ¡Dios mío, ha tirado al pequeño por encima de su cabeza! Otra vez el silencio. ¡Qué extrañamente se filtra la luz por entre las ramas! No se ve la farola. ¿Estamos en el último piso?

—¿Qué dice, Camila?

—¿Hay algún otro piso encima de nosotros?

—Creo que sí.

Camila se asoma por la ventana y mira hacia arriba, hacia el panel colgante.

—No… —Pero Heine no la deja terminar—. No hay nada —repite liberándose de él.

—¿Qué miraba?

—Creí que había allí un hombre con la lámpara puesta en la ventana y que lanzaba a la calle hojas diminutas y sombras, quise que alguna cayera en mi mejilla y ofrecí mi rostro. Pero no hay nadie.

—Lo que dice, Camila, es pura poesía.

—¿De veras? No lo sé. Allí está, junto al teatro, donde el esplendor es violáceo.

—¿Quién, Camila?

—¡Vaya una pregunta! Mi casa, no quién. Pero mis ataques… Si pudiéramos hacer algo.

—Tiene reservada una habitación.

—¿De veras? ¡Qué solicitud! ¡Por fin! ¿Qué hora es? Vamos a verla. Siento curiosidad.

Abandonan el número ocho sonrientes y emocionados como escolares que asediaran Troya en un caballo de madera.

VII

Mucho antes de que llegara la mañana del nuevo día, las locuaces campanas católicas comenzaron a parlotear anunciándola a empujones desde las volteantes hormas, repartiendo sus frías reverencias. En el hotel sólo velaba una lamparilla. Se encendió en cuanto resonó ácremente el teléfono y ya no volvieron a apagarla. Fue testigo de cómo el somnoliento vigilante corrió hacia el teléfono, dejó el auricular en el soporte después de un breve altercado con el que llamaba y se perdió en las profundidades del pasillo y de cómo, pasado un cierto tiempo, emergió de sus semioscuras entrañas.

—Sí, el señor se va esta mañana; si es tan urgente le llamará dentro de media hora; tenga la bondad de dejarme su número. Dígame por quién ha de preguntar.

La lamparilla siguió encendida cuando de un pasillo transversal pasó al central con caminar sonámbulo, en calcetines y abrochándose sobre la marcha, el hombre del número ocho, como se le nombró por teléfono. La lamparilla se hallaba justamente enfrente de aquel número. Para llegar al teléfono, el hombre de la habitación número ocho tuvo que dar un paseo por el corredor y el punto de partida se hallaba en un lugar aproximado a los números ochenta. Después de un breve intercambio de palabras con el vigilante, cambiada ya la expresión del rostro, antes inquieta y preocupada, por otra de indolente despreocupación y curiosidad, tomó decidido el auricular y una vez cumplido todo el ritual técnico halló a su interlocutor en la persona del redactor de «Voce».

—¡Oiga, esto es imperdonable! ¿Quién le dijo que padezco de insomnio?

—¿No habrá topado con el teléfono por error subiendo al campanario? ¿Qué me está repicando? ¿De qué se trata?

—Sí, me he detenido por un día.

—El lacayo tiene razón, no les dejé mi dirección ni pienso dejarla.

—¿A usted? Tampoco. Además ni pensé siquiera en publicarlo y mucho menos hoy, como usted supuso.

—No le hará falta jamás para nada.

—No se acalore, señor director; tenga, en general, más sangre fría. A Relinquimini no se le ocurrirá siquiera pedir su mediación.

—Porque no le hace falta.

—Vuelvo a recordarle que su tranquilidad es preciosa para mí. Relinquimini jamás perdió ningún cuaderno.

—Pero, permítame, aunque esta sea la primera expresión inequívoca que emplea. No, decididamente no.

—¿Otra vez? Bueno, lo admito. Pero es un chantaje en los límites tan sólo del número de ayer del «Voce». Y, además, fuera de sus límites.

—Desde ayer. Desde las seis de la tarde.

—Si pudiera usted percatarse, aunque sólo fuera en parte, de lo que germinó sobre la levadura de tal invención, calificaría todo ello con un epíteto aún más incisivo que, sin embargo, estaría aún más lejos de la verdad que aquel que tuvo la amabilidad de brindarme.

—Con mucho gusto. Hoy no le veo ningún impedimento. Henrich Heine.

—Así es.

—Me es muy grato oírlo.

—Pero ¿qué dice?

—De muy buena gana. ¿Cómo podemos hacerlo? Lamento mucho tener que irme hoy. Venga a la estación. Pasaremos una hora juntos.

—A las nueve treinta y cinco. Aunque el tiempo es una cadena de sorpresas. Más vale que no vaya.

—Venga al hotel. Será más seguro. O bien a mi casa. Por la tarde. Con frac, por favor, y traiga flores.

—Sí, sí, señor redactor, es usted una pitonisa.

—O mañana en las afueras de la ciudad, en la plazoleta de los duelos.

—No sé, tal vez no sea una broma.

—Y si está usted ocupado durante esos dos días, vaya mejor al camposanto pasado mañana.

—¿Usted cree? —¿Usted cree?

—¡Qué conversación tan extraña, ni carne ni pescado! Bueno, adiós, estoy cansado y quiero volver a mi habitación.

—¿No le oigo? ¿A la ocho? ¡Ah, sí, sí, al ocho! Es una habitación maravillosa, señor redactor, con un clima absolutamente peculiar, hace ya más de cinco horas que reina allí la eterna primavera. Adiós, señor redactor.

Heine, maquinalmente, gira el interruptor.

—¡No apagues, Enrico! —resuena en la oscuridad desde el fondo del pasillo.

—¿¡Camila!?

Vías aéreas

I

A Mijaíl Alexéievich Kuzmin

La niñera dormía a la sombra de una morera secular apoyada en su tronco. Cuando la enorme nube malva se alzó sobre el borde del camino, haciendo callar hasta a los grillos que chirriaban de calor en la yerba, y en los campamentos respiraron aliviados los tambores, los ojos de la tierra se nublaron y la vida cesó en el mundo.

—¡Aquí, aquí! —vociferó la pastora semilela del labio leporino, que precedida de un joven buey arrastraba su pierna magullada y agitaba una vara silvestre con la velocidad del relámpago. Había surgido entre una nube de polvo desde aquella parte del jardín donde sólo había desperdicios: yerba mora, ladrillos, alambres rotos, penumbras podridas.

La pastora desapareció.

La nube ojeó los secos y bajos rastrojos. Se extendían hasta el mismísimo horizonte. La nube se encabritó ágilmente. Se extendían incluso más lejos, pasados los propios campamentos. La nube bajó las patas delanteras, cruzó plácidamente el camino, trepó silenciosa a lo largo del cuarto carril de la vía muerta. Los arbustos, destocadas las cabezas, avanzaban tras ella a lo largo de todo el terraplén. Fluían, haciéndole reverencias. Ella no les respondía.

Caían bayas y orugas del árbol. Se desprendían apestadas por el calor y afondadas en el delantal de la niñera ya no pensaban en nada.

El niño llegó a rastras hacia el grifo del agua. Hacía tiempo que se arrastraba y prosiguió su avance.

Cuando por fin llueva y los dos pares de raíles vuelen a lo largo de los torcidos setos, salvándose de la negra noche metida en agua que ha descendido sobre ellos, cuando enfurecida les grité a toda prisa, sin dejar de correr, que no le tengan miedo, que la llaman chubasco, amor y alguna otra cosa, les contaré que los padres del niño secuestrado habían limpiado su piqué desde el día anterior y era muy temprano aún, cuando con ropas de

inmaculada blancura, como si fueran a jugar un partido de tenis, cruzaron el oscuro jardín y salieron hacia un poste con el nombre de la estación en el momento justo que la panzuda locomotora surgió tras los huertos e invadió de remolinos de humo amarillo, asfixiante, la pastelería turca.

Se dirigían al puerto para recibir al guardamarina que antaño la amó, era amigo del marido y regresaba aquella mañana de un viaje de prácticas alrededor del mundo.

El marido estaba ansioso por iniciar a su amigo en el profundo sentido de la paternidad que no le había cansado todavía. Así suele suceder. Un hecho simple nos enfrenta, casi por primera vez, con el encanto del sentimiento genuino. Es tan nuevo para nosotros que en el encuentro inminente con un amigo que dio la vuelta al mundo, lo ha visto todo y tiene, al parecer, mucho que contar, se nos figura que él será el oyente y que asombraremos su mente con nuestro incesante parloteo.

Al contrario que a su marido, a ella le atraía, como el agua atrae al ancla, el estrépito metálico del jaleo portuario, la ocre herrumbre de los gigantes de tres chimeneas, los granos que fluían bajo el claro chapoteo de los cielos, las gorras marineras. Sus motivos eran distintos.

Llueve, diluvia. Voy a cumplir lo prometido. Sobre la zanja crujen las ramas del nogal. Dos figuras corren por el campo. El hombre tiene barba negra. El viento agita la melena desgreñada de la mujer. El hombre, que viste un caftán verde y pendientes de plata, lleva en brazos a un niño extasiado. Llueve, diluvia.

II

Supieron que había ascendido a alférez de navío ya hacía tiempo.

Son las once de la noche. Se aproxima a la estación el último tren que llega de la ciudad. Harto ya de gemir, ahora, al tomar la curva que le conduce a su destino, recobra la alegría y se agita diligente. Aspira todo el aire de los alrededores juntamente con las hojas, la arena y el rocío absorbidos por sus depósitos a punto de estallar. Se detiene, palmotea y calla, esperando el fragor de la respuesta, que debe llegar a él desde todos los senderos. Cuando ésta llegue a sus oídos, la dama, el marino y el civil, todos de blanco, dejarán el camino para seguir un sendero y surgirá frente a ellos, tras los álamos, el deslumbrante disco del tejado cubierto de rocío. Caminarán hacia la tapia, cerrarán ruidosamente la cancela, y sin que caiga ni una gota de agua de los

canalones, parhileras y cornisas que se mece en sus orejas como juguetones aretes, irá desapareciendo, a medida que se acerquen a la casa, el férreo planeta. De pronto, el estruendo del tren se acrecienta en la lejanía, se reviste durante cierto tiempo de silencio, engañándose a sí mismo y a los demás, para desparramarse después en una lluvia de agonizantes y menudas pompas de jabón. Se sabe luego que no es el tren, sino el mar que se divierte lanzando cohetes de agua.

Sale la luna por detrás del seto que rodea la estación. La vista de aquel panorama puede parecer la invención de un poeta muy conocido y constantemente olvidado, panorama que ahora, además, suele regalarse a los niños por Navidad. Recordarán que precisamente esa tapia la han visto en sueños y que entonces se llamaba el extremo del mundo.

Junto al porche bañado por la luna, blanqueaba un pequeño cubo con pintura y se veía una brocha apoyada en la pared con los pelos para arriba. Abrieron luego la ventana que daba al jardín.

—Han blanqueado hoy —dijo la mujer en voz baja—. ¿Lo nota? Vamos a cenar.

De nuevo reinó el silencio. Sin embargo, duró poco. Se armó, en la casa, un alboroto increíble.

—¡Cómo que no está! ¿Bajo el árbol? ¡Levántate ahora mismo y explícalo todo con claridad! ¡No chilles! ¡Suelta mis manos, por amor de Dios! ¡Santo cielo, qué es esto! ¡Mi Tosha, mi hijito! ¡No te atrevas! ¡No te atrevas! ¡Desvergonzada, miserable, indecente! —Los sonidos dejaron de ser palabras, se fundieron en gemidos, se cortaron, se alejaron. Ya no se oían.

La noche finalizaba. Pero el amanecer aún estaba lejos. Cubrían la tierra, como almiares, formas estupefactas por el silencio. Reposaban. La distancia entre ellas había aumentado en comparación con la del día. Como si quisieran descansar mejor, las formas se dispersaron, se alejaron. Diríase que los friolentos prados se comunicaban entre sí, resoplaban silenciosamente, intercambiaban sonidos como relinchos bajo unas gualdrapas transidas de sudor. De vez en cuando alguna de aquellas formas resultaba ser un árbol, una nube o bien algo conocido. Pero en la mayoría de las veces eran confusas aglomeraciones sin nombre. Estaban como mareadas, y en ese estado de semiconsciencia apenas si eran capaces de decir si había llovido recientemente, si ya había cesado la lluvia o bien se disponía tan sólo a caer y ya empezaban las primeras gotas. A cada momento eran precipitadas del pasado al futuro, del futuro al pasado, como la arena en las ampolletas que se vuelven con frecuencia.

A una distancia lejana a ellas, como ropa que una ráfaga de viento hubiera arrancado de las vallas al amanecer llevándolas sabe el diablo adónde, se divisaban confusamente en el otro extremo del campo tres figuras humanas, mientras que en la parte opuesta a ellos rodaba, se revolvía, el rumor siempre evaporado del lejano mar. Ellos eran llevados tan sólo del pasado al futuro y jamás los volvían atrás. Vestidos de blanco corrían de un lado para otro, se inclinaban, se erguían, saltaban a las zanjas, desaparecían de la vista, aparecían luego en otro lindero, en distinto sitio. Cuando estaban muy separados entre sí, hablaban a gritos, agitaban los brazos haciendo señas que eran interpretadas cada vez de errónea manera; volvían entonces a moverse de otro modo, con mayor ímpetu y fastidio, con mayor frecuencia, dando a entender que como las señales no habían sido entendidas, quedaban anuladas, que no regresaran, que siguieran buscando donde estaban. El ardor armonioso de aquellas figuras daba la impresión que habiéndoseles ocurrido jugar de noche a la pelota, la habían perdido y rebuscaban ahora en las zanjas para encontrarla y seguir jugando.

Entre las formas que reposaban no soplaba nada de viento; el amanecer parecía próximo y posible, pero al mirar a las personas que en impetuoso torbellino se alzaban sobre la tierra, cabía pensar que la pradera había sido sacudida, desgreñada por el viento, la oscuridad y la angustia, como peinada con un peine negro de tres púas.

Existe una ley según la cual no nos puede ocurrir a nosotros aquello que les pasa a los demás, lo que a ellos les sucede de continuo. Los escritores se han referido a ello más de una vez. Es irrefutable mientras nos reconocen los amigos, pues suponemos reparable la desgracia. Cuando la conciencia de su irreparabilidad se adueña de nosotros, los amigos dejan de reconocernos y como confirmación de la regla nos hacemos distintos, es decir, nos convertimos en seres que están destinados a quemarse, arruinarse, a ser llevados ante los tribunales o al manicomio.

Las personas que no habían perdido aún la cabeza atosigaban a la niñera pensando, probablemente, que del ardor del castigo dependía que al entrar en la alcoba vieran, con un suspiro de alivio, al niño en su cuna, devuelto al hogar por las proporciones de su desesperación y angustia.

La visión de la cuna vacía arrancaba la piel de su voz. Pero incluso con el alma rota, en su búsqueda por el jardín, primero, y luego cada vez más y más lejos de la casa, seguían siendo seres como nosotros: buscaban para encontrar. Las horas, sin embargo, iban pasando; la noche cambiaba de fisonomía, ellos también cambiaban y ahora, a su término, eran seres totalmente

irreconocibles, habían dejado de comprender por qué pecados y para qué el destino cruel les seguía arrastrando, llevándoles de un lado para otro en una tierra en la cual nunca más verían de nuevo a su hijo. Hacía mucho tiempo que tenían olvidado al alférez de navío, que había trasladado su búsqueda al otro lado del barranco.

¿Se debe, quizá, a esa observación discutible que el autor oculte a sus lectores lo que él conoce tan bien? Ya que él, mejor que cualquier otro, sabe que tan pronto como abran las panaderías y se crucen los primeros trenes, el rumor del triste acontecimiento recorrerá todas las dachas, indicando, por fin, a los liceístas gemelos de Olguino a dónde deben llevar a su amigo sin nombre, el trofeo de su victoria de la víspera.

Por debajo de los árboles, como por debajo de gorros profundamente embutidos, emergían los primeros brotes de la mañana todavía somnolienta. Amanecía por partes, con intervalos. El rumor del mar desapareció de pronto como si jamás hubiera existido; el silencio era todavía mayor que antes. Una brisa dulzona, cada vez más frecuente, venida no se sabe de dónde, agitaba las filas de los árboles, unos tras otros; su plateado sudor salpicaba las vallas, pero volvían a sumirse en su sueño, recién interrumpido. Dos diamantes singulares relucían por separado, independientemente, en los profundos nidos de aquella semioscura bienaventuranza: el pajarito y su gorjeo. Temeroso de su soledad, avergonzado de su insignificancia, el pajarito, distraído y somnoliento, incapaz de coordinar sus pensamientos, trataba con todas sus fuerzas de diluirse sin dejar rastro en el infinito mar del rocío. Y lo conseguía: ladeada la cabecita, cerrados fuertemente los párpados, se delectaba con el silencio, avergonzado por la estupidez y tristeza de la tierra, alegrándose de haber desaparecido. Pero le fallaron las fuerzas. Rompiendo de pronto su resistencia y traicionándole por entero, su gorjeo sonoro se encendió como fría estrella siempre a la misma altura, siempre con el mismo dibujo; los trinos elásticos se dispersaron igual que rayos punzantes, sus armoniosas salpicaduras parecían asombradas y temblorosas como si hubieran derramado un plato con un ojo enorme y asombrado.

Empezó a clarear con mayor unanimidad. Una luz blanca, húmeda, llenó todo el jardín. Se adhería sobre todo al muro recién enlucido, a los senderos cubiertos de grava y a los troncos de aquellos árboles frutales embadurnados con solución sulfatada, blancuzca como la cal.

De regreso del campo, la madre del niño, con la muerte pintada en el rostro, atravesó el jardín arrastrando las piernas. No se detuvo, se dirigió con pasos vacilantes a la parte posterior de la casa, sin darse cuenta lo que pisaba

y en qué se hundían sus pies. Los surcos, que descendían y ascendían, tan pronto la hacían subir o bajar, como si su agitación necesitara ser sacudida. Cruzó la huerta y se acercó a la parte de la tapia, tras la cual se veía el camino a los campamentos. Hacia ese lugar se dirigió el alférez de navío dispuesto a saltar la valla para no tener que dar la vuelta por el jardín. El Oriente, bostezando, le llevaba hacia la tapia como la vela blanca de una barca muy ladeada. Ella le esperaba sujetándose a los balaustres de la barandilla. Quería decirle algo y tenía preparado del todo su breve discurso.

En la orilla del mar, igual que arriba, se percibía la misma proximidad de la lluvia recién caída o inminente. ¿De dónde podía proceder el rumor que se había sentido durante toda la noche al otro lado de la vía férrea? El mar yacía enfriándose como el fondo mercurizado de un espejo y tan sólo en sus bordes se movía y sollozaba quedamente el agua. Amarilleaba el horizonte con luz maligna y enfermiza. Eso podía perdonarse a la aurora que se adhería a la parte posterior de un establo enorme, emporcado en cientos de verstas, donde en cada momento podían enfurecerse las olas y alzarse desde cualquier parte. Ahora trepaban sobre su panza y apenas si se rozaban unas con otras, como un rebaño infinito de cerdos negros y relucientes.

Detrás de unas rocas, el alférez salió a la orilla. Caminaba con paso rápido y animoso, saltando a veces de piedra en piedra. Lo que le habían dicho arriba le dejó estupefacto. Levantó de la arena un fragmento plano de ladrillo y lo tiró al agua; la piedra rebotó oblicuamente como si estuviera engrasada y emitió un sonido infantil casi imperceptible, propio de aguas poco profundas.

Cuando desesperado y perdida la esperanza de encontrar al niño regresaba a la dacha, acercándose a ella por el lado de la pradera, Lelia, desde el interior del jardín, corrió hacia la valla cuando él ya estaba a punto de saltarla y le dijo rápidamente:

—¡Ya no podemos más! ¡Sálvalo! ¡Encuéntralo! ¡Es tu hijo!

Cuando él la sujetó por la mano, ella se desasió y escapó. Saltó la valla, pero no pudo encontrarla por ninguna parte. Levantó otra piedra y así, sin dejar de tirarlas, comenzó a distanciarse y desapareció detrás del saliente de una roca.

Tras él continuaron moviéndose y viviendo sus propias huellas. También ellas querían dormir. Era la arena, que removida por sus pasos, se volvía de un lado a otro, se desmoronaba suspirando, buscando la forma de tumbarse lo más cómodamente posible para dormir de una vez con toda tranquilidad.

III

Han pasado más de quince años. Anochecía en la calle, pero las habitaciones estaban a oscuras. Era la tercera vez que la dama desconocida preguntaba por el ex oficial de la marina Polivanov, miembro de la presidencia del comité ejecutivo provincial. Un soldado de aire aburrido respondía a la dama. Por la ventana del vestíbulo se veía un patio abarrotado de montones de ladrillos bajo la nieve. En sus ocultas profundidades, donde antaño hubo una fosa aséptica, se alzaba ahora una montaña de basura no recogida desde hacía mucho tiempo; el cielo parecía allí un seto salvaje crecido en las laderas de aquel amasijo de gatos muertos y latas de conserva, que resucitaba en primavera, cuando se fundía la nieve y, tomando aliento, comenzaba a exhalar las primaveras pasadas y la libertad de las gotas, de los gorjeos y el estruendo de los hierros removidos. Bastaba con apartar la vista de aquel rincón y mirar hacia arriba para sorprenderse de ver lo nuevo que era el cielo.

Su actual capacidad de repartir el estruendo de los fusiles y cañones durante las veinticuatro horas del día desde el mar y la estación, había desplazado a un pasado remoto el recuerdo del año mil novecientos cinco. Alisado por el incesante cañoneo que como un rodillo pasaba de un extremo a otro, se le veía ahora definitivamente apisonado y muerto, hosco y taciturno. Sin moverse, parecía llevar a alguna parte, como sucede en invierno con la cinta de las vías férreas que se va desenvolviendo poco a poco.

¿Qué cielo, pues, era aquel? Incluso de día evocaba la imagen de la noche que veíamos en los años de nuestra juventud y durante las marchas. Hasta de día saltaba a la vista, y, visible en toda su infinitud, se saciaba, también de día, con la tierra devastada, abatía a los somnolientos y ponía en pie a los soñadores.

Eran las vías aéreas por las cuales, como trenes, partían todos los días las rectilíneas ideas de Liebknecht, Lenin y unas cuantas mentes más de su talla. Vías establecidas a un nivel suficiente para cruzar todas las fronteras, sea cual fuere su nombre. Una de ellas, ya tendida en tiempos de guerra, conservaba su antigua altitud estratégica, impuesta a los constructores por la naturaleza de los frentes por los cuales fue trazada. Era un viejo ramal militar que en cierto lugar y a unas ciertas horas había cruzado la frontera de Polonia, después la de Alemania y aquí, a su mismo inicio, a la vista de todos, se salía de los límites del entendimiento mediano y de su paciencia. Pasaba por encima del patio y asustaba al cielo por la extensión de sus designios y su abrumador

volumen, como asustan siempre a las líneas férreas los barrios extremos que huyen de ellas a la desbandada. Era el cielo de la Tercera Internacional.

El soldado decía a la dama que Polivanov no había regresado aún. Se percibían en su voz tres clases de tedio. El tedio de un ser que habituado a vivir en medio de una suciedad húmeda se encuentra ahora, de pronto, envuelto en polvo seco. El tedio de un ser que en los destacamentos de protección y requisa se había acostumbrado a que las preguntas las hacía él y respondía una señora como aquella, confusa y asustada; sentíase aburrido, además, porque el orden del coloquio modélico estaba aquí invertido. Y, finalmente, era el tedio ficticio que confiere un sentido corriente, habitual a hechos realmente extraordinarios. Sabiendo perfectamente lo inconcebible que debía parecer a esa señora el orden establecido en aquellos últimos tiempos, fingía no comprender sus sentimientos como si jamás en su vida hubiera respirado otro aire que el de la dictadura.

Entró de pronto Polivanov como arrastrado por una correa que tirasen unos pies gigantescos. Pasó directamente al primer piso, trayendo consigo el olor a nieve y al silencio de las no iluminadas calles. El soldado detuvo al recién llegado, como se detiene a un tiovivo en plena carrera, sujetándole por algo que resultó ser una cartera.

—Han venido —le dijo— del campo de prisioneros.

—¿Otra vez por lo de los húngaros?

—Pues sí.

—Pero si ya les dijimos que a base de papeles el grupo no podía irse.

—De eso le estoy hablando. Comprendo muy bien que se trata de barcos. Así se lo expliqué.

—Bueno, ¿y qué?

—«Nosotros —dijeron— lo sabemos, no es preciso que nos lo digan. Lo vuestro es prepararnos los papeles para que esté todo en perfecto orden y puedan embarcar. Todo lo demás se hará como es debido». Quieren el local.

—Está bien, ¿qué más?

—Nada más. Sólo quieren los papeles y el local, eso dicen.

—¡Ya lo sé! —le interrumpió Polivanov—. ¡A qué viene repetirlo! No me refiero a eso.

—Desde Kanatka han traído un pliego —dijo el soldado nombrando la calle donde se hallaba la Checa; acercándose a él, bajó la voz hasta convertirla en un susurro como si se hallasen en un relevo de guardia.

—¡Qué dices! ¡Vaya! No puede ser —exclamó Polivanov con voz indiferente y como distraído.

El soldado se apartó de él. Ambos permanecieron silenciosos durante unos instantes.

—¿Trajo usted el pan? —preguntó de pronto el soldado con acre entonación, ya que por la forma de la cartera no precisaba respuesta—. Está aquí una… ciudadana que quiere verle.

—Bueno, bueno, bueno —pronunció Polivanov con el mismo tono distraído.

La correa de los pasos gigantes se estremeció al extenderse. Se movió la cartera.

—Tenga la bondad de pasar —dijo a la dama, invitándola a entrar en el despacho. No la reconoció.

Comparada con la oscuridad del pasillo, reinaba allí una total penumbra. Ella avanzó detrás de él y se detuvo al otro lado de la puerta. Debía haber, seguramente, una alfombra a lo largo de toda la habitación, porque después de dar dos o tres pasos, él desapareció de pronto y sus pisadas volvieron a oírse en la parte opuesta a la penumbra. Se oía cómo apartaba una bandeja con vasos, restos de pan seco, azúcar, partes de un revólver desmontado, lápices. Sin hablar, Polivanov tanteaba la mesa con la mano, moviendo y tirando algunas cosas, en busca de las cerillas. La imaginación acababa de investir aquel despacho con cuadros, llenándolo de armarios, palmeras, bronces, trasladándolo a una de las avenidas del antiguo Petersburgo; sostenía con la mano extendida todo un puñado de lucecitas para iluminar la longitud de la perspectiva cuando, de pronto, sonó el teléfono. Su tintineo vacilante, que hacía pensar en el campo o en algún rincón perdido, le hizo recordar de inmediato que el hilo telefónico procedía de una ciudad hundida en la penumbra más completa y que todo ocurría en una provincia que se hallaba en poder de los bolcheviques.

—Sí —respondía un hombre mortalmente cansado, con entonación descontenta e impaciente, tapándose seguramente los ojos con la mano.

—Sí, lo sé, lo sé. Tonterías. Compruébelo por teléfono. Tonterías. Hablé con el Estado Mayor. Hace ya una hora que Zhmerinka responde. ¿Es todo? Sí, iré y se lo diré. No, dentro de unos veinte minutos. ¿Eso es todo?

—Y bien, camarada —se dirigió a la visitante con la caja de cerillas en una mano y una gotita azulada del encendido azufre en la otra.

Entonces, casi al mismo tiempo que el ruido de las cerillas caídas y desparramadas, resonó la clara voz susurrante de la mujer, llena de angustia.

—¡Lelia! —gritó Polivanov fuera de sí—. ¡No puede ser! Perdone… Pero ¿es usted Lelia?

—Sí… Sí… Deje que me tranquilice… ¡Dios me ha traído! —musitaba Lelia, ahogándose y llorando.

De pronto, todo desapareció. A la luz de la alcuza se encontraban frente a frente un hombre agotado por la falta de sueño, con una corta chamarra desabrochada, y una mujer recién llegada de la estación, que no se había lavado en mucho tiempo. La juventud y el mar parecían no haber existido jamás. A la luz de la alcuza su llegada, la muerte del marido y de la hija, de cuya existencia no tenía idea y, en una palabra, todo lo relatado por ella antes de que él hubiera tenido tiempo de encender la luz eran la verdad real y abrumadora, que hacía desear la muerte al propio oyente siempre que sus sentimientos no fueran simples palabras. Al mirarla a la luz de la alcuza recordó de inmediato aquella historia que había impedido que al verse se hubieran abrazado en el acto. Sonrió involuntariamente, asombrado por la persistencia de semejantes prevenciones. A la luz de la alcuza se derrumbaron todas las esperanzas forjadas por Lelia sobre el aspecto del despacho. El hombre que tenía enfrente le pareció, a su vez, tan ajeno a ella que no podía adjudicar ese sentimiento a ningún cambio. Con tanta mayor decisión empezó a exponer el asunto que la había traído y de nuevo, como aquella vez, lo hizo de memoria, ciegamente, como si cumpliese un encargo ajeno.

—Si en algo aprecia la vida de su hijo… —empezó a decir.

—¡Otra vez! —estalló Polivanov y rompió a hablar, hablar, hablar rápidamente, sin detenerse.

Hablaba como si estuviera escribiendo un artículo, empleando el «porque» y las comas. Se paseaba por la habitación y se detenía, abría los brazos, manoteaba. En las pausas, fruncía el entrecejo y se frotaba, alisaba los pliegues formados en el puente de la nariz, como un foco de inagotable indignación, con encarnizamiento cada vez mayor. Le rogaba que dejara de pensar que las personas valían menos que sus invenciones y que se podía jugar con ellas a su antojo, en sus propios intereses. La conjuraba con todo cuanto había de sagrado para ella que no repitiese jamás semejantes fantasías, sobre todo después de haberle confesado por sí misma que le había mentido. Decía que incluso si admitiese tal absurdo, el objetivo que se hubiera propuesto conseguir, sería del todo inverso. Es imposible convencer a un hombre que aquello que momentos antes no tenía y aparece ahora de pronto supone un hallazgo, y no una pérdida. Se acordó del sentimiento de libertad y despreocupación que experimentó entonces, cuando supo que le había mentido, cómo perdió de inmediato el deseo de recorrer zanjas y hondonadas y sintió deseos de darse un baño. Así pues, dijo, tratando de ser sarcástico,

incluso si volvieran al pasado y fuera preciso buscar de nuevo a algún miembro de su familia, él se molestaría tan sólo por ella o por Y o Z, pero de ningún modo por sí mismo o por sus ridículas…

—¿Ha terminado usted? —preguntó Lelia, dejando que se desahogara—. Tiene razón. Negué cuanto le dije. ¿Será posible que no lo comprenda? Admito que mi conducta fue vil y pusilánime. Estaba loca de alegría por haber encontrado a mi hijo. ¡Y de qué modo tan maravilloso! ¿Se acuerda? Después de ello, ¿podía tener el valor de destruir mi vida y la de Dimitri? Me retracté por eso. Pero no se trata de mí. Es su hijo. ¡Si usted supiera en qué peligro está ahora su vida! No sé ni cómo empezar. Se lo contaré todo por orden. No volvimos a vernos desde aquel día. Usted no le conoce. ¡Es tan confiado! Eso le perderá algún día. Hay un miserable, un aventurero, Dios le juzgará, un tal Neploshàiev que fue compañero de Tosha en la Academia Militar…

Polivanov, que en aquel instante recorría la habitación, se detuvo como clavado en el sitio y dejó de oírla. Había pronunciado un nombre que, entre otros muchos, le susurró el soldado. Conocía el asunto. Estaba enterado de aquella causa. No había esperanza para los inculpados y todo dependía de que se fijase la hora.

—¿Había actuado con nombre supuesto?

Lelia palideció al escuchar su pregunta. Significaba que él sabía más que ella y el asunto era peor de cuanto se había imaginado. Olvidó en qué campo se hallaba, y creyendo que todo el mal radicaba en el nombre ficticio, trató de justificar al hijo de algo que no tenía ninguna importancia.

De nuevo, dejó de oírla; se dio cuenta que su hijo podía ocultarse bajo cualquier nombre que conocía por los documentos; de pie ante la mesa llamaba ni él mismo sabía adónde, hacía indagaciones, y de comunicación en comunicación se adentraba más y más profundamente en la ciudad y en la noche, hasta que por fin se abrió el precipicio de la última y definitiva información veraz.

Miró en torno suyo. Lelia no estaba en la habitación. Le dolían terriblemente los ojos, y cuando recorría el despacho con la vista flotaban ante él torrentes de continuas estalactitas. Intentó fruncir el entrecejo, pero en vez de ello se pasó la mano por los ojos; las estalactitas bailotearon y comenzaron a disiparse. Se sentiría mejor si los espasmos no fueran tan frecuentes y silenciosos. Poco después la encontró. Yacía como una muñeca enorme, que no se había roto, entre el taburete de la mesa y la silla, en aquella capa de

virutas y basura que en la oscuridad, y antes de desmayarse, había tomado por una alfombra.

1924



BORÍS LEONÍDOVICH PASTERNAK (Moscú, 29 de enero de 1890 - Peredélkino, 30 de mayo de 1960). Poeta y autor ruso, es una de las figuras más significativas de la literatura rusa. Nació en el seno de una familia culta de origen judío y estudió en las universidades de Moscú y de Marburgo (Alemania). Estudió además música durante su juventud, aunque la abandonó para dedicarse a la poesía.

Su primer libro de poemas fue *El gemelo entre las nubes* (1914), al que siguieron otros, como *Por encima de las barreras* (1917), *Mi hermana, la vida* (1922) y *El segundo nacimiento* (1932). A pesar de que la influencia del simbolismo de finales del siglo XIX, con su énfasis en el misticismo, la estética pura y el impresionismo, resulta evidente en su obra, estos poemas revelan una nueva estética basada especialmente en inusuales asociaciones de imágenes y en una mirada filosófica a la naturaleza y la historia. Estas obras le consagraron como un magnífico poeta de la Rusia de su tiempo, aunque los críticos literarios de tendencia comunista le reprocharan el que su poesía no siguiera la línea establecida por el realismo socialista, lo que hizo que después de 1932 pudiera publicar sólo dos colecciones de poemas, *En trenes de la mañana* (1943) y *La vastedad terrestre* (1945). Hubo de ganarse la vida llevando a cabo traducciones, bastante notables, de las obras de Shakespeare, Goethe y Verlaine.

Su única novela, *Doctor Zhivago* (publicada originalmente en Italia en 1957), fue rechazada por las editoriales soviéticas por su velada crítica del comunismo en su país, pero mereció el reconocimiento internacional después de su publicación en Occidente, hasta el punto de que se llegó a traducir a 18 idiomas y se adaptó para el cine. La novela narra una historia de vagabundeo, aislamiento espiritual y amor, y presenta una visión panorámica de la sociedad rusa en los años de la Revolución de 1917. El protagonista, el doctor Zhivago, es un intelectual cuya sinceridad, convicciones religiosas e independencia de espíritu chocan de frente con la teoría y la práctica del régimen soviético.

Pasternak ganó y aceptó el Premio Nobel en 1958, pero fue denunciado como traidor por varios grupos comunistas soviéticos, tras lo cual anunció públicamente su voluntad de no partir al exilio y rechazó el premio. Murió el 30 de mayo de 1960, cerca de Moscú. *Doctor Zhivago* se publicó por fin en la Unión Soviética en el año 1987 debido a la recién inaugurada «apertura» (en ruso, glasnost) política del presidente Mijail Gorbachov, y su autor fue rehabilitado oficialmente. Entre sus restantes trabajos se encuentran la autobiografía *Salvoconducto* (1931) y un libro de memorias publicado en 1957.

Notas

[1] *Mentirosa*. (En francés en el original.) <<

[2] Diki, en ruso, significa salvaje. <<

[3] Las referencias aprobadas, las ferocidades, bestialidades, que en ruso significa… (En francés en el original.) <<

[4] Pruebe otra vez. Comience. (En francés en el original.) <<

[5] Arshim y vershok son antiguas medidas rusas equivalentes, respectivamente, a 0,71 metros y 4,4 centímetros. <<

[6] Antiguas medidas rusas. <<

[7] Lérmontov, Mijaíl Iúricvich (1814-1841). Gran poeta ruso. **<<**

[8] Río del Cáucaso, cantado por Lérmontov. <<

[9] ¿Fue Pedro el que robó la manzana? Sí. Fue Pedro quien robó… (En francés en el original.) <<

[10] Escuche, mañana. (En francés en el original.) <<

[11] Diminutivo de Uliana. <<

[12] Predara familia de colonizadores rusos: en tiempos de Iván el terrible extendieron los límites del Estado moscovita hasta los Urales. <<

[13] Tabaco de calidad inferior. <<

[14] Antigua medida rusa equivalente a 1,6 km. <<

[15] Novelista rusa (1871-1919). <<

[16] Seremos amigos. Estoy segura de ello. (En inglés en el original.) <<

[17] «Gut», bien en alemán. <<

[18] «Well», bien en inglés. <<

[19] Fortificaciones medievales que rodeaban en otro tiempo la ciudad de Moscú. <<

[20] Parque y bosque en los alrededores de Moscú. <<

[21] Juego de palabras intraducible. «Vinovata» significa «culpable». <<

[22] Nombre de Polonia antes de su reparto en 1918, entre Rusia, Prusia y Austria. <<

[23] Personaje de Crimen y Castigo, de Dostoievski. <<

[24] Suvorov no, otro… (En inglés en el original.) **<<**

[25] Siempre lo olvido… (En inglés en el original.) <<

[26] Terrible. No puedo repetirlo. ¿Cómo lo pronuncia? (En inglés en el original.) <<

[27] Nombre de una pieza para piano de Schumann. <<

[28] ¿Es usted, amigo? (En inglés en el original) <<

[29] No se atreverá usted… (En inglés en el original.) **<<**

[30] Acérquese, no quise ofenderle. (En inglés en el original.) <<

[31] Poema de Pushkin. <<

[32] Lo admito con respecto a los criados, pero qué puedo pensar si… (En francés en el original.) <<

[33] ¿Soy acaso su confidente? (En francés en el original.) **<<**

[34] «Noticiario Ruso». <<

[35] Según dice Pasternak en una carta, el nombre de «Relinquimini» es un pseudónimo-emblema: «permanece-queda» es la traducción aproximada de esta forma verbal latina. <<

[36] (En italiano en el original.) <<

[37] (En italiano en el original.) <<

[38] (En italiano en el original.) <<

[39] (En italiano en el original). <<

[40] (En italiano en el original.) <<

[41] (En francés en el original.) **<<**

[42] ¡Viva! (En italiano en el original.) <<

[43] Bribón. <<

[44] (En italiano en el original.) <<

[45] (En italiano en el original.) <<